

A 50 años de la Asociación Nacional de Usuarios Campesinos de Colombia  
-ANUC-

**Alfonso Cuéllar S. y Juan de Dios Torres R.  
Dos hombres y una misma historia**

Heladio Moreno M., Compilador / Luis Bernardo Díaz G., Editor

**UNIVERSIDAD PEDAGÓGICA Y TECNOLÓGICA DE COLOMBIA UPTC  
GRUPO DE INVESTIGACIÓN JUSTICIA SOCIAL PRIMO LEVI**



A 50 años de la Asociación Nacional de Usuarios Campesinos de Colombia  
-ANUC-

**Alfonso Cuéllar S. y Juan de Dios Torres R. (q.e.p.d)**  
**Dos hombres y una misma historia**

Heladio Moreno M., Compilador

Luis Bernardo Díaz G., Editor



**Uptc**<sup>®</sup>  
Universidad Pedagógica y  
Tecnológica de Colombia

**UNIVERSIDAD PEDAGÓGICA Y TECNOLÓGICA DE COLOMBIA UPTC**  
**GRUPO DE INVESTIGACIÓN JUSTICIA SOCIAL PRIMO LEVI**

## Autores

Heladio Moreno M., Compilador

Luis Bernardo Díaz G., Editor

GRUPO DE INVESTIGACIÓN JUSTICIA SOCIAL PRIMO LEVI UPTC

## Corrección de Estilo

María del Pilar López Patiño

## Diseño y Diagramación

Diana Abril Villamizar

## Impresión y Encuadernación

Editorial JOTAMAR S.A.S.

Calle 57 N° 3 - 39

Tunja - Boyaca - Colombia

## ISBN:

Primera Edición, Diciembre 2021





## CONTENIDO

<b>Introito</b> .....	9
Capítulo I	
<b>Silla de ruedas, vejez y abandono</b>	
<i>Juan de Dios Torres</i> .....	13
Capítulo II	
<b>Mi infancia en Turmequé... Mi juventud en Bogotá</b>	
<i>Alfonso Cuéllar</i> .....	39
Capítulo III	
<b>Alfonso y Juan de Dios</b>	
<i>Alfonso Cuéllar</i> .....	57
Capítulo IV	
<b>Cuarto congreso y las agonías de la ANUC</b>	
<i>Alfonso Cuéllar</i> .....	67
Capítulo V	
<b>La violencia religiosa y política en Turmequé</b>	
<i>Alfonso Cuéllar</i> .....	83
Capítulo VI	
<b>Mi infancia en Nuevo Colón</b>	
<i>Juan de Dios Torres</i> .....	95
Capítulo VII	
<b>Qué vaina ser uno viejo I</b>	
<i>Alfonso Cuéllar</i> .....	103
Capítulo VIII	
<b>Qué vaina ser uno viejo II</b>	
<i>Alfonso Cuéllar</i> .....	125
Capítulo IX	
<b>Testimonios sobrevivientes</b> .....	129
<b>Conclusiones</b> .....	159





## INTROITO

Por Luis Bernardo Díaz G., Editor  
Coordinador Grupo de Investigación Primo Levi

La Asociación de Usuarios Campesinos -ANUC- tuvo dos hombres en su seno que hicieron historia: Alfonso Cuéllar y Juan de Dios Torres (q.e.p.d.). El segundo infortunadamente fallecido en pandemia por el Covid-19, unido a una diabetes que lo esclavizó los últimos años. El profesor Heladio Moreno recopiló estos importantes argumentos que sirven para recoger parte de la historia viva de Colombia de un sector que tradicionalmente ha sido el gran olvidado de las políticas públicas: el campesinado.

Como dijo el maestro Armando Suescún (q.e.p.d.) en su último libro: “El problema de la tierra, en vez de corregirse, se agravó. En 1961, año en que se intentó hacer una reforma agraria, que al poco tiempo se frustró, el 64% de la tierra agrícola era poseída por el 3% de los terratenientes y el 60% de los campesinos tenían solo el 4% de ella. Pero entre 1990 y 2005, los paramilitares hicieron una gigantesca contrarreforma agraria que despojó de sus tierras a millones de campesinos a quienes les usurparon más de 8 millones de hectáreas. En estas condiciones, los terratenientes que antes tenían predios superiores a 2.000 hectáreas, mientras los minifundistas, con predios inferiores a 1 hectárea, tan solo poseen 1,3 millones de hectáreas. La concentración de la tierra es mayor. Una empresa extranjera, La Fazenda, es dueña de una extensión de 40.000 hectáreas en Puerto Gaitán (Meta), dedicada a la producción agrícola y pecuaria. El indicador Gini, que mide la concentración de la tierra indica que en Colombia es de 0,91, es decir, uno de los más altos del mundo”.

Y continúa el Maestro: “No es gratuito pensar en que el detonante más visible de la guerra en Colombia, además del narcotráfico, sea la propiedad de la tierra; por ello el primer punto del Acuerdo de Paz entre el Gobierno y las FARC fue ese. Sin embargo, el gobierno de Iván Duque le ha colocado todo tipo de trabas al desarrollo del Acuerdo, pues han sido los partidarios del No, en el Plebiscito por la Paz, quienes persisten en volverlo trizas. Según Absalón Machado: “Es tan crítico, problemático, conflictivo y delicado el

problema rural, que sectores conservadores de la sociedad hacen política con la tragedia de los despojados de la tierra y los desplazados por el conflicto rural. Y la hacen no para ayudarlos y defender sus derechos, sino para generar dudas y ponerles trabas a los procesos de restitución de tierras, atravesando palos a la rueda a la Ley de Víctimas. Buscan modificar la Ley a favor de sospechosos ocupantes de tierras despojadas durante el conflicto armado, alegando buena fe exenta de culpa, desvalorizando de paso el papel que tiene en el contexto la situación del despojo y apropiación de las tierras, usando todo tipo de argucias y violencias". (*La Guerra de setenta años. El conflicto armado colombiano 1946-2016*. P. 329).

Es indudable el difícil papel que ha jugado la ANUC como organización campesina en Colombia. Durante los años 80 acusaron a varios de sus líderes e integrantes de la Organización Revolucionaria Popular ORP, de haber cometido el crimen de Gloria Lara de Echeverry. Fueron tan infundados los argumentos, que paradójicamente la ORP había sido disuelta 3 años antes del asesinato. Entre los acusados estaban militantes del Nuevo Liberalismo como Miguel Gamboa López y Emperatriz Santander Cancino, así como la docente Betty Suárez y otros destacados integrantes de la ANUC.

Investigaciones posteriores, hechas por abogados calificados, indicaron que bajo tortura, en la Brigada Militar les fue arrancada una "confesión" de un crimen que jamás cometieron. Posteriormente, Amnistía Internacional les colaboró para conseguir el asilo político a todas las víctimas de este asqueroso montaje. Miguel Gamboa López, por ejemplo, residió en Austria, donde se dedicó a la docencia y cuenta con el título de doctor de la Universidad de Graz, en Austria. Era imposible imaginar que un asesino tenía semejante cargo. Una cruel ironía. Es un destacado académico, que sufrió lo indecible por razones de Estado.

Es claro que el crimen lo cometió Iván Darío Murcia, quien utilizó las siglas de la Organización Revolucionaria Popular ORP para que involucraran a los dirigentes. Luego él volaría con explosivos unas paredes en la cárcel Modelo y se fugaría con sus compinches, con el fin de secuestrar al empresario de la Texas, Kenneth Bishop.

40 años después se dicen estas verdades. Antes era peligroso. Fabio Mojica y su esposa fueron torturados en el Cantón Norte de Bogotá y todo esto sucedió bajo el régimen de excepción denominado Estatuto de Seguridad Nacional en la dictadura Turbay-Camacho Leyva. Miguel parece volvió a Colombia y trabaja en una importante universidad en el Caribe.

Juan de Dios Torres también negó todo lo que los medios y los militares dijeron. La hija de Gloria Lara en un libro dice que ha habido impunidad en el crimen de su madre y que los dirigentes de la ANUC son los culpables. Juan de Dios, en una entrevista privada, manifestó que ese era el dolor de hija y que por ese dolor no podía expresarse racionalmente frente a

la verdad de lo acontecido. Además, era la hija del famoso empresario Fabio Echeverry Correa, uno de los hombres más ricos del país y convenía echarle el agua sucia al movimiento popular que reivindicaba la tierra para los campesinos. Doña Gloria era heredera de una de las familias más ricas de Colombia, descendiente de don Oliverio Lara. Sin embargo, Rodrigo Lara Bonilla, mi amigo, familiar de ellos, cayó como Ministro de Justicia bajo las balas asesinas del Cartel de Medellín.

Ya en el ámbito personal, Juan de Dios Torres me colaboró en los 90 en la creación de Juristas Sin Fronteras Colombia –Jurisfron–, cuando como estudiante de derecho frizando los 60 años desarrollamos una serie de tareas tendientes a defender los Derechos Humanos. Fue muy comprometido. Desgraciadamente, la diabetes lo atacó de manera inclemente y perdió sus piernas. Luego el Covid le dio el último batacazo, olvidado en una Clínica en Bogotá.

En este libro se presenta una trayectoria casi autobiográfica de personajes que han jugado un papel trascendental en la vida del país. Gloria a la Memoria de Juan de Dios Torres, agradecimientos a Alfonso Cuéllar, un dirigente emblemático de la ANUC y un reconocimiento especial al profesor Heladio Moreno con quien hemos compartido en el Nuevo Liberalismo y posteriormente en el departamento de Boyacá. Él impulsó este trabajo, que esperamos contribuya a la historiografía de los movimientos sociales en Colombia.

Notas del Editor



# Silla de ruedas, vejez y abandono

Juan de Dios Torres

---

Amarrado a la oscuridad de mi destino vine a parar al Puente de Boyacá. Vivo en un laberinto muy parecido al que sufren los grandes hombres en su momento final. El círculo de mi destino se cerró demasiado rápido y hoy, amarrado a esta silla de ruedas, contemplo mi pierna amputada por la acción de la diabetes que desde hace quince años me persigue con saña. Esta fría comarca, cuna y taller de la libertad, recibió lo que queda de mi cuerpo y a falta de una familia protectora, algunos compañeros de la época de mi grandeza me brindaron una precaria hospitalidad.

Estudí en la Facultad de Derecho de la Universidad Cooperativa, casi a los sesenta años, me llenaron de argumentos legales para justificar las luchas que emprendí desde joven y que no tenían otra finalidad que combatir la injusticia y ayudar a los seres oprimidos de mi patria.

Por eso, el día que mi profesor de literatura, en el colegio, me leyó fragmentos del Quijote de la Mancha, me identifique con ese noble caballero andante que en medio de sus locuras buscaba que la maraña de su despeinada cabellera le permitiera entender el mundo que lo circundaba. Así emprendió su viaje hacia esa ínsula desconocida donde el reino de la verdad brillaba como una manada de cocuyos en una noche oscura.

La silla de ruedas traquetea peor que mis cansadas articulaciones y el olor a orina sale incontrolado y fermentado por entre el nido de mis piernas. Cuando falta la insulina, un mareo desorbitado sacude mis entrañas y mi cabeza da más vueltas que perro amarrado. El tramadol y el diclofenaco enmascaran mis dolores físicos y la nostalgia reverbera sus angustias en este corazón agotado. Tenía razón Miguel Delibes cuando en su novela *La Hoja Roja* describió los días finales de ese anciano como una cadena de recuerdos y quejas doloridas a la vida que poco a poco se le escapaba.

Con todo el poder de mis días de gloria, nunca planifiqué ni me imaginé cómo llegaría a ser mi vejez. La carroza de los años con sus reinas y princesas, prisioneras en sus recuerdos, pero con sus ruedas chirriando más que los goznes de una puerta sin grasa; me hacen recapacitar y haciendo esfuerzos sobrehumanos, la memoria chorrea sus bondades que quiero se impregnen como huellas digitales.

Estoy asilado en una pieza de cuatro por cuatro metros, con un baño adaptado para mis necesidades y una ducha para que el agua, más fría que las tripas de un pescado del ártico, que rebana mis suciedades como cuchilla en mantequilla. Esos olores que aquí entre nos, mi olfato ya no reconoce, pero la señora que me trae la comida, limosnas de un caritativo corazón, se tapa la nariz y no disimula el asco que le produzco.

Ella no entiende que la próstata también ya le está mamando gallo a esta desvencijada estructura humana que un día hizo tronar su justiciera voz en todos los confines de la tierra. Miro las muletas que me dieron en la clínica para que ensayara hasta poder caminar sin ayuda de la silla de ruedas, pero este par de piernas artificiales no ayudan mucho, pues ya me he pegado como cuatro porrazos porque las malditas tienen unas puntas de caucho resbaladizo que al contacto con el piso húmedo tiemblan como gelatinas.

Los aparatos de radio y televisión que hace un año me regalaron unos vecinos, fueron perdiendo su nitidez hasta solo dejar oír y ver la zumbona mancha de una mala señal. Entonces así pasan los días, sin diversión alguna; porque los libros, la gran pasión de mi vida, a falta de unas gafas, mis cansadas pupilas se niegan a reconocer. Por consiguiente, me dedico a contemplar en el sol del crepúsculo, las piedras donde una vez fue capturado el general Barreiro por dos arrojados muchachos y ¡hoy! qué jironía! la historia las recuerda como las piedras del invasor y no con el nombre de sus liberadores.

Trato de reconstruir cronológicamente mis memorias, pero la contundencia del olvido nubla las facultades que una vez fueron mi gran fortaleza. Busco entre una maleta que asoma sus narices en un rincón del cuarto, pero solo encuentro fórmulas médicas, historias clínicas, la afiliación a una EPS que por poco me deja morir. También están allí unas declaraciones ante el personero y la comisaria de familia de Ventaquemada donde denuncié a mi hermano por abandono de un adulto mayor y por robarme una finca que le entregué por medio de una escritura de confianza y él se apropió alegando que me pagó el crédito del ICETEX con el cual culminé mis estudios de Derecho, pero mi título se quedó en el despacho del decano de la facultad, porque la diabetes que me atacó de una manera artera y contundente no me permitió recogerlo.

Una libreta de color más gris que la tragedia que estoy viviendo me pone en contacto con una parte de mi pasado, frente a los nombres de una legión de amigos clandestinos, ocultos en la amnesia de mi memoria, despacio, voy recopilando pistas sobre los principales hechos que rodearon mi vida; en un teléfono celular de esos que llaman la flecha, porque lo usa cualquier indio, hay datos que arrojan evidencias de lo vivido.

Un vecino me regala una recarga e intento llamarlos. La primera que contesta es una señora ya mayor, exalcaldesa de un pueblo vecino a quien serví con mucho celo cuando ejerció su alta dignidad, ella y su marido, candidato a político, aspirante a empresario y habilidoso chef que actualmente ofrece sabrosos platos a los clientes de su restaurante, me visitan y generosamente me traen cada ocho días frutas, mogollas chicharronas, mojicones rompe-pechos y hasta vestidos que usaba el hombre cuando su barriga era un poco más prominente que hoy.

Tienen la paciencia para escucharme y a través de ese monólogo me ayudan a deshilvanar la rueda que tiene enredado mi pasado. Se pasan horas conmigo y cuando se marchan dejan en el cuarto las fragancias de una tal Carolina Herrera y de un señor D'orsay. Entiendo el sacrificio que hacen al aspirar mis pedos y la fetidez de mi orina.

También logro ubicar a un escritor que estuvo conmigo en los mejores años de mi esplendor, me visita y entre charla y charla ubico en mi memoria a un amigo que por acción de mis influencias en el Ministerio de Minas en el 2010 le recuperé un título minero para explotar oro en una serranía del Guainía, diligencias que había comenzado a tramitar desde 1960, después de la amnistía que el gobierno de Gustavo Rojas Pinilla decretara a la guerrilla liberal. La mayoría de exmilitantes se amnistió y otros fueron asesinados a traición, pero Fonseca Galán, que así se llamaba el dueño del título, después de ser senador de la República por el Partido Liberal huyó a París, donde lo encontré una noche después de una conferencia que dicté en el tribunal Russell, en 1980, en medio de una ofensiva para castigar al dictador Pinochet y buscar ayuda para las organizaciones campesinas de Colombia, de la cual era su coordinador general.

Entonces, entre brandy y brandy, me contó sobre la mina de oro, regalo de una tribu indígena de la región a donde había llegado acompañando la rebelión de, no sé si era un oficial del ejército o un médico de nombre Tulio Bayer; me dijo que la licencia reposaba en los anaqueles del Ministerio pero que como él no estaba interesado, por razones obvias, la había cedido a un amigo suyo que vivía en otra parte. Regresé al país y me puse como peón pago a buscarlo hasta que al fin lo encontré. Le entregué los papeles que me había dado mi amigo en París, fuimos a la oficina y recuperamos la licencia, organizamos la Cooperativa de Mineros de Colombia a la cual afiliamos a unos 200 campesinos que también conformaban unas

cooperativas agrícolas, herencias del viejo INCORA y de su hija: la Central de Cooperativas de la Reforma Agraria –CECORA–.

Luego de comprar herramientas, hamacas, mosquiteros y provisiones, en el aeropuerto Vanguardia de Villavicencio los vi emprender viaje a lo profundo de la selva. Cuando comenzaron a trabajar no pude asistir a semejante hazaña porque mis antiguos compañeros del movimiento campesino –que dirigí por casi una década–, iniciaron un juicio de responsabilidades por los manejos económicos dados a la plata aportada por los europeos, los gringos y los asiáticos para la causa, hecho que me llevó a la cárcel La Picota por casi tres años.

Mi amigo, el escritor, con toda la paciencia del mundo me escuchó esta narración que le hice en tres entregas: la primera, frente a la piedra de los Libertadores en el Puente de Boyacá; la segunda, en un viaje a Sogamoso a escuchar al candidato De La Calle en la campaña presidencial de 2017; y la tercera, la vez que me llevó a su pueblo a pasear y que por cuenta de las muletas casi me rompo la cadera. Allí, le comenté que vía telefónica había contactado a un amigo que me recibiría la semana siguiente en la capital y que me daría el dinero necesario para reconstruir la Asociación Campesina, para ponerme en un tratamiento intensivo y financiar unos proyectos de producción agrícola indispensables en estos momentos de crisis alimentaria.

Convinimos que me llevaría a la capital, pero los días deshojan sus granos de maíz lenta y parsimoniosamente y él no aparecía. Será que su oficio de Concejal no le permite cumplir su palabra, pero me enoja porque la solución a todos mis problemas está ahí, pero ese gran vergajo no viene y el dinero de tan bonita oferta se esfuma de la misma forma que se esfumaran mis deseos de pasar a la historia si alguien escribe mis memorias. Claro que es bueno recordar que el día que me caí frente a su casa fue él quien trajo la ambulancia, me llevó al hospital, ayudó a tomar una placa radiográfica, pagó la droga que me formuló el médico y gestionó mi afiliación a una nueva EPS. Sería un descaro pedir más.

La noche que sufro es tan fría como si mis huesos estuvieran en una nevera, el viento ulularía sus amenazas por los resquicios de la ventana, trayendo las voces de los centenares de muertos de la batalla de Boyacá, que, aunque sucedió hace doscientos años, todavía vagan por las sombras de ese campo histórico; los perros aúllan a la distancia, al igual que yo, sus penas y dolores, mis pies, perdón, mi pie, no se calienta con nada, me pongo tres calcetines, pero estos pareciera que tuvieran hielo entre sus fibras. Recuerdo que cuando era chiquito sufría los mismos fríos en mis extremidades, entonces mi madre las forraba con una ruana de lana y santo remedio, me dormía tan rápido que enseguida comenzaba a roncar despertando a los seis ocupantes de la alcoba.



Continúo hojeando la agenda y aparece el nombre de un ilustre abogado, elegido concejal de Bogotá en los tiempos del Nuevo Liberalismo y en la cacería de brujas que continuó después de las temerarias actuaciones del M-19, resultó implicado por el solo aroma de una sospecha. Con una orden de captura encima me enteré y le pasé la onda, salió despavorido después de que en mi apartamento preparamos los papeles para su salida furtiva del país.

Por intermediación de Felipe González del PSOE, muy amigo mío, le conseguí asilo en España y una beca para estudiar en la Universidad de Salamanca, donde se graduó con honores. Posteriormente regresó al país, resolvió sus líos judiciales y hoy es decano de una prestigiosa universidad. Mi amigo escritor en su vehículo me lleva allí y establezco contacto con él. Me abraza muy emocionado y en sus ojos se dibuja la llama de la gratitud. Nos despedimos y me promete ayuda en esta crisis que amenaza no solo robarme la vida sino extirpar también mis recuerdos.

Igual que el anterior y muy amigo de este amigo era Fabio M., un librero de la calle 19, quien no escapó a tiempo y cayó en una redada por la simple sospecha de ser el jefe de los libreros y de los vendedores callejeros y que al allanar su vivienda le encontraron miles de libros y revistas de marxismo, novelas del boom de escritores latinoamericanos, Pekín Informa, China Reconstruye y los periódicos Voz Proletaria y Revolución. Este hombre fue llevado a las mazmorras de las caballerizas de Usaqué y sometido a las más terribles torturas, por poco lo matan. Como era amigo nuestro, a pesar de su cercanía con el Eme, le proporcionamos tres abogados y después de dos meses de arduo trabajo se logró su libertad, salió de la cárcel más flaco que silbido de culebra, pálido y exhausto se reunió con nosotros en el café automático y nos relató tan horrible experiencia.

En la agenda los nombres se suceden, pero no hay manera de ubicarlos. Hoy algunos son ilustres académicos o periodistas, famosos abogados, burócratas con muchas influencias, casi todos me deben favores y muchos de ellos estarían dispuestos a recompensarlos, entonces un nombre atrae mi atención y mi cerebro sufre un calambre al recordar una de las acciones más temerarias que realicé... el Pekinés. Oficial retirado del Ejército, entrenado por los gringos para la lucha anti guerrilla y profundo conocedor del terreno de la región esmeraldera del occidente de Boyacá. No recuerdo su nombre, pero era uno de los asesinos más despiadados de la zona de Muzo y Coscuez. La justicia lo acusaba de haber cometido cerca de trescientos asesinatos. Lo perseguían sus enemigos y unos cien soldados del Ejército colombiano. Estaba cercado, pero seguía siendo fuerte y poderoso.

Acababa de pasar una de las tantas guerras entre clanes que se libraban cada cierto tiempo: Víctor Carranza, Gilberto Molina, El Mexicano, etc. El Pekinés tenía su propio ejército y buscaba posicionarse como gran capo y

para ello escogió la zona limítrofe entre Muzo y Coscuez, en las estribaciones de la cordillera. El M-19 hacía dos años que estaba desmovilizado y después de su contundente triunfo en las elecciones de la Constituyente de 1991, sus banderas y el carisma de sus dirigentes eran un trofeo que la democracia mostraba con orgullo. La ANUC seguía existiendo en el papel. Sus dirigentes hacíamos esfuerzos sobrehumanos para revivirla, pero la suerte estaba echada y no había forma de recomponer ese desmadre, entonces un amigo del occidente de Boyacá me contó sobre la terrible situación del Pekinés y la luz del entendimiento iluminó una estrategia para buscar recursos y recomponer la organización campesina.

Viajé a Chiquinquirá acompañado de dos amigos de confianza y del jefe esmeraldero. Nos instalamos en un humilde hotel y contactamos emisarios para que nos recibiera. El gancho era una propuesta para ponerse al día con la justicia aprovechando que el gobierno y el M-19 redondeaban el proceso de entrega de los excombatientes guerrilleros. La idea, que había socializado con Raulito, (Germán Rojas Niño), un líder de los subversivos, era incluir al Pekinés en esa lista, hacerlo pasar por guerrillero y liberarlo de sus responsabilidades penales a cambio de una fuerte suma de dinero. Esta estrategia sería puesta en marcha años más tarde con lujo de detalles por los paramilitares en el proceso de negociación de paz en el gobierno de Álvaro Uribe.

Después de quince días de angustiante espera, el sujeto dio el visto bueno y en un Nissan nuevito, sentados al lado de cuatro de sus hombres de confianza iniciamos el recorrido pasando por Maripí, Caldas, La Hoya del Río Minero y Coscuez. Yo había escuchado sobre las terribles condiciones de la topografía de esa zona, pero eso era una cosa y otra andar por entre los tremendos fangales que no caminos de mulas, el campero siempre con la doble puesta y acelerado a fondo transmontaba la montaña y apenas asomaba el hocico un peñasco se veía otro más alto e inexpugnable. Luego de doce horas de camino llegamos al campamento del Pekinés. Un caserío de madera y tejas de zinc camufladas y ubicado frente a las bocaminas de donde extraía sus tesoros.

Vimos el rancho, los alojamientos, las cantinas, las oficinas de los capataces y del jefe y en las crestas de los riscos, los cañones de los fusiles brillando con el sol de la tarde. Fuimos conducidos a unas habitaciones con paredes de tablones de cedro, ventilador y botellas de whisky enfriándose en neveras de petróleo, nos enseñaron las duchas y nos invitaron para que en una hora visitáramos al jefe que nos esperaría en su búnker. Más tarde, un grupo de hombres malacarosos, vino por nosotros y nos empujaron dentro de una cómoda habitación con todos los lujos posibles; sentado en una mecedora apareció un tipo de metro y medio de estatura, con dos pistolas al cinto, un sombrero pelo de guama alón y una copa de whisky en la mano.

– Con que usted es el mentado Juan de Dios Torres Ruiz, Secretario Ejecutivo de la ANUC, el hombre que hace temblar a los terratenientes de este país con solo pronunciar su nombre.

– Mucho gusto, mi capitán, es un verdadero placer estar en sus dominios. En nombre del campesinado colombiano presento mis respetos a uno de los hombres más valerosos de esta región, hijo como nosotros de campesinos y creyente de Dios, del Papa y de la religión católica.

– Gracias mijo, gracias, pero siéntense, díganme ¿que desean tomar? y cuénteme... ¿cuál es el motivo de su visita?

Y a partir de ese momento el tipo duró dos horas escuchando, le esboqué los principios de la ANUC frente a la defensa de los campesinos pobres y medios, la política de la organización sobre el tema de la tierra, la forma como nos organizábamos para enfrentar el poder de los terratenientes, cómo nos financiábamos y las dificultades por las que estábamos pasando. El hombre bajaba más trago que cañería destapada, se tocaba el ala de su sombrero y asentía, acariciaba nerviosamente las cachas de oro de sus pistolas y solo una vez llegó a decir algo como:

– Muy bien. Muy bien, ustedes son unos verracos.

A eso de las nueve de la noche una fuerte gritería nos despertó del ensimismamiento, pues yo juraba que su silencio era muestra de que lo estaba convenciendo, entonces el tipo rezongó:

– ¡Ay hijueputa!, se me olvidaba que mis hombres le tienen preparada una fiesta al jefe de los campesinos de Colombia. Hagan el favor y me acompañan.

Salimos a descampado, la noche iluminada por una luna rodeada de esmeraldas nos roció de frente con una brisa cargada del oxígeno de esa selva tropical húmeda. Nos acomodaron en un palco decorado con manteles blancos y jarrones de flores, junto a mí estaba el Pekinés, ya tenía los cachetes y los ojos rojos de tanto meter licor, a la derecha mis amigos y a la izquierda otros invitados.

Un animador presentó un grupo de música ranchera y se prendió la fiesta, más de quinientos hombres y mujeres bailaban, bebían y gritaban; sus ponchos de vistosos colores y sus botas media caña llenas de barro azotaban el piso y berreaban como si fuera el juicio final, de pronto, el hombre arrimó su boca a mi oído:

– Bueno, a lo que vinimos, vamos. Voy a comenzar, luego usted da un saludo a nombre de la gente que representa, ni mierda de chistar una palabra sobre los objetivos de su visita... No, mejor diga que viene por negocios, que defiende a los empresarios y a la producción nacional y que nos desea mucha suerte contra nuestros enemigos.

Y dicho y hecho, cuando el hombre se levantó, trastabillaba de la borrachera, ordenó silencio y soltó un chorro de voz tan potente que yo nunca la había oído ni siquiera al mejor de los agitadores campesinos, enseguida intervine e hice exactamente lo que él me ordenó, luego hablaron los demás y sirvieron la cena: costilla de chivo al horno, papas saladas, arroz y ensalada de aguacate con tomate, desfilaron bandejas con jugo de guanábana, naranja, guayaba y postres de muchos sabores.

Entre charla y charla la conversación se deslizaba en tono muy jovial, pero cuando comencé a hablarle del respeto a la vida, de los derechos de las personas, de que la biblia hablaba de los diez mandamientos y que el principal era: no matarás, que la ley del talión no tenía nada de cristiano y que la avaricia y la lujuria eran pecados a la luz de las doctrinas del Señor, sentí que su conciencia entraba en conflicto con unas creencias que aceptaba pero nunca practicaba, que sabía de su existencia pero el ruido de la guerra las había sepultado. Su rostro se arrugaba, gesticulaba, se tocaba el bigote, se quitaba y ponía el sombrero y hasta noté que sus manos, frente y sobacos sudaban copiosamente.

La crisis existencial que estaba pasando se le notaba por encima de la ropa. Todo por cuenta de mi discurso cristiano, bien aprendido desde los tiempos en que predicaba en el púlpito de la iglesia de Nuestra Señora de la Antigua de mi natal Nuevo Colón.

De pronto el tipo explotó. Eran las once de la noche, sacó sus dos pistolas y las desocupó: una en el vientre de las nubes y otra en las profundidades de la noche. Y se armó el zaperoco. En segundos aparecieron en el escenario unos diez tipos armados con ametralladoras, frente al palco se alindaron más de cien pistoleros blandiendo sus Browins y Berettas y noté que cerraban un candado de protección a los lados y por detrás de nosotros. De repente el tipo se calmó, ordenó guardar las armas y seguir la fiesta, como por arte de magia los fierros desaparecieron debajo de los ponchos, el cordón de seguridad se diluyó y todo volvió a la normalidad.

– ¿Y qué...de qué veníamos hablando...? Dirigió su mirada al piso, tendió su mano y me sacó de debajo de la mesa, miró burlonamente mi cara y mi cuerpo y estalló en una sonora carcajada cuando notó que me había meado en los calzones.

La fiesta continuó y muy tarde la noche, bien comido y mejor bebido, me retiré a dormir. Al otro día después de tremendo desayuno y una bolsita

con piedras verdes que escurrió en mi mano nos despedimos, regresamos por esa insufrible trocha y ocho días después en una habitación del Hotel Tequendama, Raulito, el Pekinés y yo sellábamos nuestro trato. Con lo que recibí, reactivé los comités de educación en algunas zonas y después de un intenso debate en el comité ejecutivo, me prohibieron volver a realizar operaciones de esa envergadura

El volumen de su charla era tan intenso que subía y bajaba de tono de acuerdo con lo que iba narrando, pero de pronto, el volumen de su aparato fónico bajó hasta hacerse inaudible, sus labios farfullaban vocablos ininteligibles, la saliva salía como perdigones de su boca y la lengua golpeaba su paladar como si fuera el tambor viejo de un aborigen, entonces se dio cuenta de que había perdido su caja de dientes, pero al mirar al piso la encontró revolcándose entre la arena, la recogió, la medio limpió y se la incrustó entre su maxilar.

– Desgraciada, no es la primera vez que me hace esa mala pasada.

Su corazón late con pasión acelerada, después de terminar la narración llegó una olla de sopa que le trajo la vecina y estalló en una incontrolable rabia porque esta no era alimentación para diabéticos...

– Carajo... esta mierda de comida me va a matar, es ración de marranos, no de humanos enfermos como yo... Pero, gimoteando bajó la cabeza y confesó desconsolado: es gratis y es lo que me merezco por estúpido y por no preparar mejor mi puto destino.

Estamos en campaña electoral. La lucha entre la izquierda, el centro y la derecha por la conducción del país está que arde. Un día vino al restaurante de mi protectora, la doctora Gloria Flórez, antigua colaboradora de la ANUC en la zona de Cundinamarca, ella junto con el líder campesino César Pachón, convocaron una reunión y por accidente llegué a allá. Ella me reconoció y después de un abrazo rompe costillas me dejó participar en la reunión. Al final me pidió que hiciera un breve resumen sobre la problemática agraria del país; y –como estoy enfermo de la diabetes y la próstata, pero no de la lengua ni de la mente– me fajé un discurso que dejó cerrada la faena para sus aspiraciones al Congreso.

La doctora Gloria y Cesar Pachón salieron elegidos y están apoyando a Gustavo Petro para la presidencia de la República. Aunque a Gloria los Evangélicos le tumbaron después la curul. El tipo me gusta y como todo viejo chocho que no tiene más que hacer, me dedico a hablar con cuanto amigo me encuentro de las garantías que para los campesinos y la gente del pueblo encierra esa candidatura. Un día vino un estudiante de la UPTC y me mostró un pantallazo del facebook donde aparecían enjuiciando a Petro porque supuestamente él y el M19 fueron los asesinos de Gloria Lara de Echeverri. Un ramalazo de indignación y de rabia concentrada sacudió

todas mis células. Cómo son de imbéciles... dije, no saben realmente lo que ocurrió. Lo sé porque ese suceso fue definitivo para la liquidación de la ANUC.

Gloria Lara de Echeverri, hija mimada de la alta burguesía, fue secuestrada por una banda de plagiadores comunes y corrientes dirigida por un abogado de nombre Iván Darío Murcia Rojas y como la familia no pagó, la asesinaron el 28 de noviembre de 1982. En primer plano, un diario amarillista de la capital publicó la foto de la doctora, a la sazón directora de la DIGIDEC del Ministerio de Gobierno y una bandera del M-19 como presunto responsable del plagio. Días más tarde, los culpables fueron capturados, pero los militares desviaron la investigación, ordenaron a la gran prensa que ignorara ese hecho y vino el golpe maestro. Tomaron la foto que como prueba de supervivencia los secuestradores habían enviado a la familia e hicieron un montaje similar al del periódico, pero en vez de la bandera del Eme, pusieron la bandera de la Organización Revolucionaria Popular ORP, una organización clandestina presuntamente vinculada a la ANUC y actuaron en consecuencia.

Terminaban los tiempos del presidente Julio César Turbay Ayala y comenzaban los de Belisario Betancur, el poder de los militares era total, las torturas estaban al orden del día, las desapariciones y los seguimientos eran normales para cualquier dirigente popular que como nosotros teníamos serias contradicciones con el establecimiento. La inteligencia militar se había infiltrado en la ANUC hacía mucho tiempo y estaba al tanto de lo que sucedía en el día a día de esa organización, sabían de la existencia de la ORP como grupo armado de choque creado para proteger la vida de los líderes campesinos frente a la ofensiva de los terratenientes, sabían que estábamos organizados como partido político y siguiendo la tradición del marxismo leninismo pensamiento Mao Tse Tung también soñábamos con la toma del poder por la vía armada y con el apoyo de grandes organizaciones de masas como la ANUC.

Varias veces fuimos sorprendidos en reuniones secretas, como la vez que en 1979 nos cayeron a una casa del páramo en La Calera, donde estábamos discutiendo la ideología, las tácticas y las estrategias de lucha, con las que pensábamos dotarnos para defendernos de la ofensiva que los terratenientes nos hacían por todo el país. En la huida dejamos varios documentos clave como los estatutos, la revista Combate, un proyecto de bandera de la naciente organización. Los militares sabían dónde estaban nuestras bases de operaciones en la costa y en el interior del país, quiénes éramos los responsables de cada frente de trabajo, sabían que desde que arrancó la primera campaña presidencial de Galán, varios de nuestros líderes la apoyaban y fueron elegidos senadores, representantes, diputados y concejales a nombre de la Democracia Popular (DP), una tendencia al interior de la ANUC. En las postrimerías del mandato de Belisario Betancur el despelote político se volvió tendencia, el narcotráfico se posesionó del

poder, los militares y el DAS en abierto contubernio con ellos hacían de las suyas. Fueron los días más terribles para el movimiento popular y para sus dirigentes.

El secuestro de doña Gloria Lara y su posterior asesinato, fue el papayazo perfecto para que la cúpula militar, socia de los terratenientes, cobrara viejas cuentas con la ANUC. Se inició la cacería de brujas, pero... oh sorpresa, esta se concentró en las figuras que tenían peso parlamentario. Fueron detenidos Miguel Gamboa, Representante a la Cámara y Emperatriz Santander, diputada a la Asamblea, ambos por la circunscripción electoral de Cundinamarca, asesores de la ANUC e impulsores de la ORP. Con ellos cayeron varios profesores del Distrito: Gloria Medellín, Betty Suárez y Diana Giraldo; de la Universidad Nacional, Hernando Franco; activistas de base como Tadeo Espitia, Fredy y Wilberto Rivera, Miguel Ángel Vargas, Alberto Penilla, Víctor Manuel Rojas, Graciela Inés Acosta y Hernán Rafael Lora y dirigentes de la costa como Froilán Rivera Mesa, miembro del Comité Ejecutivo y su hermano Robinson, todos pertenecientes a la tendencia que al interior de la ANUC se conocía como la Democracia Popular.

Presos del terror, la dirección de la ANUC ordenó a ejecutivos y activistas irse a la clandestinidad. Como no atraparon a más sospechosos se ensañaron contra los prisioneros, en los cuartos de tormento del BINCI de Puente Aranda, bajo la dirección del general Hernando Díaz San Miguel, todos confesaron bajo tortura su participación en el secuestro y crimen, pero más tarde en los juzgados se retractaron.

La gran prensa dio amplio despliegue al juicio y exasperados no hallaban cómo explicar a la opinión pública esta realidad, que era un montaje y que iban a condenar a unos inocentes. Fue entonces cuando apareció la famosa doctrina del General Nungo que sostenía que era preferible condenar a un inocente que dejar libre a un culpable. Finalmente, cogidos en la mentira hicieron un trato con los detenidos y los enviaron al exilio a Europa con la condición de nunca más volver; sin embargo, todavía los familiares, los militares y periodistas amigos de la familia siguen sosteniendo la tesis de que los asesinos de doña Gloria fueron los líderes de la ANUC.

Una anécdota muy curiosa la refiere nuestro escritor amigo que en ese tiempo era miembro de la Junta Directiva de la Asociación Distrital de Educadores ADE, simpatizante de la organización, cuadro en ciernes de la ORP y quien para huir de la cacería de sospechosos se refugió en una hacienda del municipio de Pore, entre las costas del Río Pauto y el Río Tocaría, aprovechando la hospitalidad de don Félix, su gran amigo. Una madrugada cuando descabezaba su último sueño en la hamaca guindada en el patio, llegó una patrulla del DAS Rural, rodeó la casa y ordenó a todos salir con las manos en alto. Previa identificación y luego de escuchar las explicaciones del dueño de la casa, nos ofrecieron disculpas:

– Lo que pasa es que estamos buscando una pandilla de abigeos que ayer se robó quinientas reses de un hato vecino.

Su mujer y sus hijos, una vez que los agentes se marcharon se aferraron a su cuello llorando de la emoción, el susto fue tan verraco que durante las siguientes noches no pudieron pegar ojo.

La última reunión conjunta de las tendencias mayoritarias que convivían en el seno de la organización campesina se dio en una finca del área rural de Pereira a comienzos de 1980. Fue una reunión muy tensa. Las contradicciones entre el sector dirigido por Miguel Gamboa y Emperatriz Santander que sostenían que la ANUC en ese momento era como un limón exprimido, que su vida útil ya había pasado y que era necesario hacer cambios muy profundos tanto en la ideología en la táctica y la estrategia, como en los líderes, cuadros y activistas, porque la millonada que se había gastado en su educación ya no estaba dando resultado.

El sector mayoritario del Comité Ejecutivo no estaba de acuerdo y asociaba estas acusaciones a un reflejo de lo que estaba sucediendo en el Partido Comunista Chino, donde, después de muerto el camarada Mao Tse Tung, se inició una purga en su interior que llevó a la expulsión de un sector denominado La Banda de los Cuatro y que encabezaba la esposa del difunto líder, la famosísima Chang Chin.

Como la línea política de los líderes de la ANUC, así como la de todos los sectores del campo M.L. pensamiento Mao Tse Tung, estaba adscrita *ad Referéndum* a lo que sucedía en el Partido Comunista Chino. Ya imaginarán el despelote que se vivía en todas las organizaciones políticas y gremiales afectas a esta ideología. Desde el mismo día de la llegada de las delegaciones al sitio del encuentro, cada sector ocupó habitaciones lejos del otro, se tomaron férreas medidas de seguridad pues cundió la noticia que se iban a meter las FARC para cobrarnos muy caro la campaña de desprestigio por estar vinculadas al Social Imperialismo Soviético. Otro día dijeron que era el ELN, por no acompañarlos en su guerra y por no colaborar con sus cuadros y al tercer día se regó el chisme de que no, que realmente era el EPL, quien se tomaría el lugar para hacer un juicio revolucionario a antiguos camaradas que los habían abandonado y ahora estaban tirando línea en la organización de los campesinos. Pero en tres días de deliberaciones ninguno de los anteriores se metió, lo que sí quedó en el ambiente fue la profunda división y el odio hacia quienes no pensaban igual que nosotros.

De ese encuentro se consolidaron las dos tendencias que marcarían el final de la ANUC: Pepe Gamboa y su grupo, quienes montaron toldo alrededor de la Democracia Popular y con ellos se fueron el bloque costeño y otros líderes del interior del país; el otro sector se alinó en torno a Alfonso Cuéllar y a mí, y a la mayoría del Comité Ejecutivo, pero a estas



alturas del paseo, los vicios de liderazgo se habían adueñado de nosotros y nadie fue capaz de hacer un *mea culpa* y corregir el camino, el dogmatismo y el sectarismo eran los más graves, pero también estaba el vanguardismo, el campesinismo y el caudillismo, pero en todos los jefes estaba metido como un cáncer, el machismo.

¿Cómo era posible que no se criticara el hecho de que nosotros podíamos ir de lado a lado conquistando muchachitas aprovechando el aura de grandeza que nos acompañaba?, dejando hijos aquí y allí, dilapidando la solidaridad de la iglesias cristianas y evangélicas, de agencias que apoyaban la lucha de los pobres del tercer mundo y de gobiernos amigos como el de Suecia y Suiza, de España, Francia y Noruega, pero sobre todo de los chinos, pueblos solidarios que fácilmente se fueron desencantando al ver la gazapera en la que estábamos incursos.

Y tengo que confesar que hasta yo mismo disfruté esa ventaja que nos daba la vida. Recuerdo que al consolidarse el poder de nuestra tendencia en el Comité Ejecutivo, una estudiante de Derecho de la Universidad Nacional empezó a asistir a las reuniones que celebrábamos en la casa campesina y a manifestar su deseo de acompañarme a todas partes. Los compañeros me advirtieron que pilas, que esa niña tan hermosa podía ser una infiltrada del Ejército, del DAS, de la CIA, etc. Todo era posible, por eso la rechacé, pero ella más terca que una mula, seguía en su intento de seducirme, hasta que un día, sin poder evitar probar el bocado que se me ofrecía, la llevé a una reunión de la junta departamental del Tolima en Chicoral, donde soportó las deliberaciones de tres días y gozó las noches de placer que vivimos después de asistir a las comilonas y a las bebetas que nos ofrecían los organizadores.

La chica me sorprendió porque dominaba al dedillo los fundamentos ideológicos de nuestra política, conocía a la mayoría de nuestros amigos y simpatizantes que estudiaban en ese claustro. Así fue como entre charla y charla quedó embarazada y por la presión de la familia saqué un apartamento por los lados de La Soledad y nos fuimos a vivir. El problema era que como no le podía dedicar tiempo, aparecieron los líos y cierta vez en una rabieta como las que les suelen dar a las mujeres celosas, me gritó que yo era un pobre imbécil, que había caído redondito en la trampa que me puso el EPL y el Partido Comunista M.L., pues su función era lograr que fuera a parar a esa organización.

Me contó que otras mujeres cumplían misiones similares, acompañando a Jaime Vásquez, Alfonso Cuéllar, a Pepe Gamboa y demás ejecutivos. También me advirtió que me cuidara de fulana, zutana y perenceja, porque ellas sí eran infiltradas del enemigo. Ante tremenda confesión, hicimos una reunión de emergencia y por primera vez se discutió el papel de esas mujeres en la organización, aunque nunca se puso en tela de juicio nuestra debilidad más grande como hombres y cómo caíamos redonditos ante esas

trampas, y a la manera irresponsable de gastar el dinero de la organización en putas y en mujeres de bien, pero que eran un lastre para la organización.

La chica se aburrió y como las abandonadas, se fue por el mundo creyéndose amada, recordando a un hombre y acariciando un hijo, el cual nunca lo reconocí, ni me preocupé por su manutención. Después vendría una monja española que llegó como voluntaria a trabajar en la ANUC, la hice mi amante y la llevé a vivir conmigo, quedó embarazada, nació el niño, le di el apellido, pero al corto tiempo desencantada de mi papel como marido volvió a España y se casó con un amigo de su infancia. Cada vez que iba a Europa pasaba por la casa que quedaba a las afueras de Barcelona, veía a mi hijo y charlábamos largo rato, pero un día fui a buscarlos y ya no vivían allí, los vecinos me dijeron que se habían trasteado y no habían dejado razón alguna de su paradero. Jamás volví a saber de ellos. Luego vendrían una sueca y una danesa, Olga C. y otras damas de grandes familias, estudiantes de la Javeriana, los Andes y la Nacional, quienes, sin poner atención a mis rasgos chinoscos, atraídas por el espejismo de mi poder político y de la inteligencia de la que hacía alarde, llegaron a ser secretarias del Comité ejecutivo y fieles esposas, hasta que se aburrían y se iban.

Muchos placeres pasajeros, muchas mujeres, muchos orgasmos a la sombra del poder, muchos hijos, y qué... solo y proscrito por las fuerzas del destino. Estoy bebiendo a punta de suspiros las cuotas de la deuda que cargo encima. La soledad me lleva a la reflexión, las largas noches de insomnio mirando para el techo y oyendo los vehículos que raudos pasan por la autopista, con la bilis metida debajo de la lengua y el temor de que muy pronto me tocará someterme a una diálisis para salvar mis riñones o que de pronto esta maldita diabetes ataque mi otra pierna. Con esas dudas paseo mis angustias por las estrechas calles de esta cama, olorosa a orina y excrementos, sin que una mosca amiga venga a servirme de interlocutora para desahogar las penas que le estoy dictando a las sombras de la noche.

Recordar las épocas de grandeza en estos momentos de crisis es un paliativo para las torturas que sufre este desvencijado cuerpo. Recuerdos bonitos como aquellos amarrados a gestas democráticas lideradas por mí. Hazañas como la toma del poder al interior de las cooperativas de reforma agraria Cecora, que en los departamentos tomaban el nombre de COAGROS. Pues bien, todas esas cooperativas estaban en manos del gobierno, ejecutivos y trabajadores eran cuotas de los gamonales de los partidos tradicionales. Entonces, como una directriz del Comité ejecutivo los afilados campesinos se organizaron y en las asambleas departamentales comenzamos a asaltar el poder, sacar de los cargos claves a la burocracia oficial y tomar esos puestos. Al comienzo fue un éxito, los compañeros más cualificados se dieron a la tarea de llevar a la práctica las políticas de la dirección, pero su falta de capacitación administrativa y contable los llevó a tomar decisiones fatales.

Para aumentar la participación en las asambleas gastaban más de lo mandado, cobraban cuotas de afiliación muy bajas, cayeron en el favoritismo y el clientelismo en el otorgamiento de créditos y en muchos casos fueron a parar a la cárcel acusados de malos manejos. Para atajar semejante debacle se me antojó la idea de dar ejemplo de cómo se dirigía una organización de ese tipo. En una asamblea general de COAGRO Boyacá, hice que me nombraran gerente y me tocó presenciar cómo los bancos cooperativos como Financiacoop y algunos privados se devoraban los haberes de los campesinos organizados.

Nos remataron una finca de cien hectáreas en el páramo de La Rusia que en un gesto solidario nos había donado un oficial retirado del Ejército, se robaron el ganado que teníamos pastando, embargaron las existencias de maquinaria agrícola y hasta los supermercados donde la gente compraba sus víveres fueron arrasados sin piedad; lo más doloroso fue ver la manera en que las autoridades se llevaron presos a los miembros del Consejo de Administración acusados de robo continuado; afortunadamente, por la acción oportuna de nuestros abogados, fueron liberados.

La crisis llegó a ser tan grave que el gobierno no tuvo otra opción que liquidar esas cooperativas, dejando a los campesinos muy mal parados en esta tentativa de volverse empresarios y de crear opciones donde la economía solidaria fuera un contrapeso a la furia neoliberal que ya asomaba sus fauces en el panorama de la economía de América Latina.

En mi rol de Secretario Ejecutivo de la ANUC durante la década del setenta y parte de los ochenta, me tocaba viajar por América Latina buscando la solidaridad de las organizaciones campesinas y el hecho de que en cada congreso o junta nacional se hicieran presentes delegaciones campesinas de México, Perú o Chile evidencia mi positiva labor como relacionista público. Decía un clásico que la solidaridad es la ternura de los pueblos y en ese idioma nos comunicábamos con nuestros hermanos latinoamericanos y cuando había que darles la mano se la extendíamos con todo el amor del mundo. A las giras por Europa de vez en cuando hacía que un ejecutivo nacional me acompañara de acuerdo con el mapa de los conflictos que se dieran en ese momento. Una vez me acompañó Froilán Rivera Mesa, de la Costa Atlántica; en otra ocasión, José Reyes Prado de la Costa Pacífica; o Noel Montenegro de El Eje Cafetero o también José Martínez Guchuvo de los Llanos Orientales, líderes con una gran formación política producto de la educación que se impartía en las escuelas de cuadros que estaban regadas por todo el país y a las que les dedicábamos mucho tiempo y dinero porque ahí estaba la clave del éxito en la confrontación contra el gobierno y los terratenientes.

Existen miles de anécdotas vividas en los palacios presidenciales y en las embajadas de España, Francia, Suecia, Suiza, Dinamarca o Bélgica, a donde acudíamos buscando entrevistas con los primeros ministros o los

embajadores para contarles las tragedias y las luchas de los campesinos colombianos, dejarles la Carta Campesina, órgano de expresión de la ANUC y sin saber hablar inglés o francés buscábamos la manera de comunicarles nuestras necesidades económicas para la subsistencia de la organización. El hecho es que en esos casi veinte años de peregrinación nunca nos vinimos con las manos vacías. Especial recordación y agradecimiento con las iglesias luteranas y católicas de algunos de esos países, los cuales recogían limosnas para enviar a los campesinos colombianos, se inventaban campañas de solidaridad en dólares, francos, pesetas, libras o marcos, que llegaban vía giros bancarios y que utilizábamos de la mejor manera.

Conservo un especial recuerdo de la Escuela Viajera de una ONG danesa, que varias veces nos visitó y ayudó a resolver problemas en Nariño, en el Eje Cafetero, en la zona de María la Baja, en la Mojana sucreña o en Puerto Boyacá, a donde llegaron veinte jóvenes, hombres y mujeres, a acompañar a los campesinos en la instalación de una tubería para un distrito de riego. Había que ver a esas mujeres de casi dos metros de estatura levantando entre dos, tubos de la petrolera, de casi seis arrobas y acomodarlos en las zanjas, labor que nosotros entre cuatro varones casi nos era imposible. Fueron cientos de extranjeros los que llegaron con el programa de la Escuela Viajera a trabajar en Colombia, al lado de los campesinos.

En la zona de Río Negro en Puerto Boyacá, en una hacienda que administraba el negro Quiñones, se puso en marcha un experimento digno de admiración. Un profesor del Distrito, amigo de la organización, montó una escuela de idiomas donde los daneses aprendían el español y los campesinos aprendían nociones básicas de francés o inglés. Era hermoso ver a los labriegos hasta altas horas de la noche repitiendo los vocablos y las oraciones de las profesoras danesas y al otro día en medio de un calor de más de cuarenta grados, entre las doce y las dos de la tarde, a la sombra de una ramada nuestro profesor dictándoles clases de español, garrapateando palabras y frases en un tablero con una tiza blanca como en cualquier escuela primaria.

Varias promociones de extranjeros, hombres y mujeres, llegaron a prestar solidaridad, pero algunos resultaron enamorándose de las y los colombianos y hasta se quedaron a vivir en el país. En la zona de La Victoria (Caldas), José, un hombre de uno sesenta de estatura resultó viviendo con una danesa de casi dos metros, tuvieron hijos y compartieron hogar casi veinte años, al cabo de los cuales ella se aburrió del machismo y la guachonería del hombre y se marchó.

En este esfuerzo sobrehumano por recordar, a veces una imagen reclama su presencia y urge rescatarla del olvido, pero esta vez es tan borrosa que ya no sé a ciencia cierta si sucedió o no. En el año 1975, el Comité Central del Partido Comunista Chino cursó invitación formal a dos delegados del Comité ejecutivo de la ANUC para ir a una entrevista con el

camarada Mao Tse Tung. No, qué problema tan verraco. Fue como destapar la cañería de los infiernos pues todos, los doce ejecutivos querían ir, al fin, después de una semana de deliberaciones nos ingeniamos un mecanismo que permitió escoger a los dos viajeros. Pero aun después de estar en firme nuestra designación nadie se resignaba a quedar por fuera y replanteaban la situación cada vez que podían.

En medio de esos campanazos de la memoria que como ráfagas de luz iluminan las tenebrosas noches del olvido, recuerdo que viajamos en un vuelo de Air France de Bogotá a París y allí establecimos contacto con la Embajada China. Dos de sus diplomáticos durante ocho días nos dieron un curso de mandarín, nos instruyeron en las reglas de la diplomacia, las costumbres y algunos consejos sobre atuendo y vestimenta. Mientras tanto, en nuestros tiempos libres, visitamos la Tour Eiffel, el Museo de Louvre, bebimos café en el Moulin Rouge, nos tomamos fotos en los Campos Elíseos con un ejemplar de Liberation en las manos y saludamos a Jean Paul Sartre y a su esposa Simone de Beauvoir, quienes nos previnieron sobre las costumbres de los políticos chinos, claro que este acto de desobediencia estuvo a punto de dar al traste con nuestra misión, pues a los chinos no les gustaba la filosofía de este existencialista loco.

Vísperas del viaje a Beijín, la seguridad de la Embajada nos requisó las maletas y nos hizo devolver unos libros que llevábamos como regalo a nuestros camaradas. En el cuarto del hotel quedaron durmiendo unos libros que la censura no permitía entrar al país por ser considerados peligrosos, solo nos dejaron llevar un tomo de *La Larga Marcha* de Simone de Beauvoir y las últimas revistas de China Reconstruye, que desde Colombia se nos habían enredado en el equipaje.

Y aquí comienzan a dibujarse borrosos los recuerdos... tal vez porque nuestro arribo coincidió con uno de los momentos más turbios que sufrió la revolución china. En el aeropuerto de Beijing fuimos recibidos en medio de un ambiente tenso y una neblina espesa por una delegación del P.C. chino e inmediatamente trasladados al hotel. Por la noche después de la cena nos llevaron a un fastuoso teatro a ver la Opera de Pekín, una espectacular producción, algo nunca visto por nosotros y que reflejaba la riqueza del arte y la cultura de ese hermoso país. Pero en los rincones del olvido que hoy me atenaza, no recuerdo si esa o a las noches siguientes presenciamos *La cantante calva*, *Las criadas* o *La casa del té* y si fue en ese teatro o en la Casa del Sol, el todo es que, ahora en medio de esa bruma, aún no sé si asistimos aquí o allá, solo sé que al igual que lo expresa Sergio Pitol, a quien también le pasó lo mismo, solo quedó en el subconsciente, el espectáculo de unos hombres y mujeres voladores, vestidos con una verdadera sinfonía de telas de todos los colores, personajes decorados como con plastilina y no con polvos de maquillaje, máscaras deformes, coloridas y violentas donde algunos hacían de reyes, otros de tigres, monos, dragones y guerreros, princesas, concubinas y esposas donde se notaba la Chan Chin y la banda de

los cuatro tratando de atacar a los otros hasta finalmente ser destripados por una turba de enloquecidos militantes.

Todavía los veo volando por los aires en actitud circense dejándose poseer en sus lechos, encendidos de pasión, saltando y disfrutando los orgasmos del poder, ejecutando pantomimas y gritando en idiomas inexistentes. Era una ópera vivida en los infiernos de la lucha de clases que a la sazón se vivía en el torrente sanguíneo de la Revolución Cultural y que años más tarde alcanzaría unos ribetes tan devastadores para imponer de manera oficial los pensamientos del camarada Mao, de su vicepresidente Chou En Lai, su secretario Deng Ziao pin y del Mariscal Chou Ten.

Esta visita real o ficticia a las entrañas de la República Popular China nos dejó ingratos sinsabores. Creo que se logró muy poco para ayudar a los cuadros que estábamos entrenando en la Azul, en la serranía de San Lucas, sur de Bolívar, para proteger a las zonas de influencia y a nuestros líderes de los sicarios de los terratenientes.

Creo que estas fueron algunas de las causas de las posteriores desavenencias con quien fuera mi mano derecha en la organización. Desconfianza, revanchismo, afán de protagonismo, no sé, lo cierto fue que a partir de allí las cosas no funcionaron como venían y la ayuda llegaba a cuentagotas, precisamente en los momentos en que, en Europa, el ímpetu solidario hacia el campesinado colombiano comenzaba a decaer.

Estas vivencias se desgajan de una memoria que empieza a flaquear. Lamparazos de recuerdos se entrelazan desesperados como los dedos de la mano que se buscan cuando el frío de la tarde los tortura, pero más puede la terquedad y a fuerza de obligar a la facultad de evocar, a escurrir las gotas de lo vivido, su producción logra cuajar algunos recuerdos muy concretos.

Las hojas de mi diario vuelan por la acción de la brisa que recorre los años de mi existencia y en borrosas crepitaciones me ubican ante lo vivido, pero el esfuerzo realizado me deja exhausto y pierdo el hilo del tiempo, chispazos de recuerdos flotan a la deriva y en mi cráneo refulgen las imágenes de los días vividos al lado de la más rancia aristocracia de la socialdemocracia europea y compartiendo la pobreza de los campesinos más humildes de mi patria a lo largo y lo ancho de la escarpada geografía del país.

Y aprovechando que hoy mi memoria es como agua jabonosa que deja escurrir fácilmente los recuerdos, concluyo que lo que le estoy dictando a mis memorias es como la crónica social de una vejez desamparada, de la soledad sin recompensa moral, humana, afectiva y completamente alejada de posibles recompensas económicas. Siento que el pasado pesa más que el presente y que el futuro es un ave afónica de tanto gritar miles de verdades, pero ya sin plumas ni alas. Pienso que mis uniones maritales fueron un

culto al amor pasajero, al diálogo frustrado entre unas emociones siempre de afán y al sexo como una diversión, rápida y sin compromisos.

Todos estos recuerdos a fuerza de exprimirlos llenan el hueco de una soledad que la siento vibrar cada vez que pellizco mi piel para cerciorarme que aún vivo, que todavía palpitan mis ganas de hacer algo productivo por mi patria, así mis pies y mis sentidos se nieguen a colaborar. Veinte años atrás mis pies se calentaban como si un horno los animara, las medias se empapaban con el sudor que la acción producía, pero hoy ...qué ironía, las medias están tan frías como si cubrieran los pies de un difunto. El hielo las taladra y mordisquea mis pies dejándolos entumecidos.

Y en momentos en que la mente no tiene nada que hacer, mis ojos se dirigen a las manos y contemplo su piel verdosa, parecida a la de un sapo mareado y casi desmadejadas descansan sobre las piernas, más frías que pajarito paramero; manos que nunca se cansaron de aletear en las tardes de gloria cuando arengaba a multitudes furiosas por tanta injusticia acumulada pero que hoy se engarrujan ante mis ojos sin ganas de hacer nada, frías, húmedas y surcadas por lentas venas azules.

Hasta la rutina se vuelve algo tan desesperante, que ensayo cosas que hacía cuando niño, cuando la inocencia y el afán de experimentar me llevaban a prácticas inverosímiles que terminaban castigadas por el rejo embravecido de mi padre. Ahora, con el pan del desayuno elaboro bolitas pequeñas y se las tiro a los perros para que su jeta mágica vuele y las capturen por el aire; o al mediodía, cuando la cocinera me trae ese remedo de almuerzo, la dejo que voltee la espalda y comienzo a jugar: un bocado para el Juan y otro para los perros, solo así la comida desaparece en volandas y al terminar recibo la agitación agradecida de la cola de los canes, que por instinto siempre llegan a la hora de las comidas a compartir las papas, los huesos y los granos de arroz y una charla amena con esos incondicionales amigos.

Pero a veces esos verriondos animales se vuelven predecibles. Una tarde correteando por el patio en mi silla de ruedas vi a un copetón que aterido temblaba parado en el gajo de un árbol. Lo cogí, lo amaestré y compartí con él las migas de pan y algunos granos de arroz, pero un día el pájaro dejó de cantar y salió volando por la ventana. Entonces llegaron unos perros y un gato de la vecindad, pero no a brindarme su afecto sino a degustar las sobras que les tiraba, con ellos entablaba largas horas de conversación y los animalejos se quedaban mirando el pedazo de pan que tenía en la mano, pero apenas se lo lanzaba salían corriendo con movimientos del rabo como diciendo que en esta vida todo es por interés. La vida repite los ciclos de juego... recuerdo que cuando niño hacía estas y otras travesuras y apostábamos con mis hermanos a ver quién les mamaba más gallo a los perros de la casa.

Y se vienen en tropel episodios de la infancia... recuerdo que mi madre acostumbraba que yo durmiera con un pijama de terciopelo, pero ahora por obra y gracia del frío que congela me toca dormir con el pijama, con un suéter de lana y unos calcetines tan gruesos como tapetes, todo esto para ver si entre las sombras de la noche, el calor me permite conciliar el sueño. Pero estoy a punto de creer que me enfrió no tanto por la temperatura del medio ambiente, sino porque mi mente y mi cerebro se están enfriando y contagian de hielo las células de mi cuerpo.

De niño me maravillaba esa secreta y extasiante capacidad de la maestra para coger las letras y las palabras y alinearlas en el tablero o en una hoja de papel para fabricar fábulas y cuentos que nos obligaba a aprender en medio de la modorra de la tarde y ahora de viejo me duele ver cómo al intentar leer, los ojos hacen como un corto circuito y me impiden leer esas grafías, que aburridas salen corriendo del alcance de mi retina destemplada.

Desde niño tenía la manía de hurgarme los oídos con un palito para sacarme la cera y de introducir en mis fosas nasales el dedo índice lleno de tierra negra para sacarme los mocos duros, las mogollas, les decía, pero a diferencia de esos viejos tiempos ahora me los como no sin antes reparar que nadie me esté viendo. De joven trataba de imaginarme cómo sería cuando fuera viejo y ahora que lo soy, sueño lo bueno que hubiera sido permanecer joven toda la vida.

Una tarde, sin razón aparente un zumbido se metió entre un oído, entonces recordé que cuando joven una vez desfilando por la carrera séptima acompañando una marcha de los estudiantes de la Universidad Nacional que protestaban por el asesinato de uno de sus compañeros, un policía de la fuerza disponible me pegó en un oído con un escudo de plástico reforzado y me noqueó. Invariablemente cada año por la misma época aparece ese extraño ruido, parecido al que hace un zancudo cuando aterriza en la cavidad de la oreja, pero ahora además de zumbar siento un vértigo que año tras año se manifiesta con toda crudeza.

Y aquí voy llevando la vida a trancas y a mochas... decía mordiendo un durazno que un amigo le había llevado de Nuevo Colón y hablando cada vez más fuerte con su amigo invisible...

Nunca imaginé que la edad y las enfermedades me fueran a cobrar tan duro mi forma de vivir. No se imaginan la sensación que experimenté cuando la orina comenzó a salirse sin permiso, los fuertes dolores de mi uretra cuando hacía los esfuerzos por expulsarla y la gran bandida se negaba a salir, o cuando sentía que mi vejiga estaba a punto de explotar e iba al baño y no tenía nada. Ahí es cuando uno siente que esta mierda de vida se esfuma como agua entre los dedos y las lágrimas de impotencia caen por las mejillas igual que los chorros de mias en las noches frías y solitarias que lo dejan a uno más mojado que chicuelo en un charco. Y lo



más verraco es esa maldita humedad que a cada rato se siente entre las piernas y hace que las manos y las axilas suden de física vergüenza.

Parado frente al espejo intento arengar a los sufridos campesinos para invitarlos a soltar las cadenas de la opresión, pero mi voz sale a chorros disparejos. Es como un bordoneo melancólico que entre notas agudas y graves se cuele por mi nariz y sale más gangosa que las palabras de Turbay Ayala, además me da mucha rabia porque la lengua semiparalítica se niega a expresar lo que procesa mi mente. Mis brazos otrora fuertes y expresivos capaces de llevar a la acción a miles de personas; hoy, delgados y exangües se levantan como dos sombras espectrales entre las nieblas de la tarde y solo bailan como si fueran un monigote desesperado. Y si hago un poco de esfuerzo para obligar a mi voz a actuar siento que algo insidioso reptar por mi garganta y un cosquilleo como si una manada de pulgas caminara por allí, me obliga a frenar el torrente de palabras y casi enseguida un acceso de tos taladra los vericuetos de mi pecho.

Por la mañana, cuando los primeros rayos se meten por las rendijas de la ventana, froto mis ojos y borro las lagañas que se acumulan en los párpados, prendo el televisor para enterarme de las noticias y una nube borrosa y multicolor se mete entre la pantalla; afortunadamente mis oídos aún captan esos mensajes mentirosos y gracias a ellos complemento la versión de los hechos, y mientras llega el desayuno cojo un periódico que un amigo me trajo la víspera y las letras salen corriendo a carcajadas y no se dejan alinear para descifrar su contenido, mis pupilas arden y a los pocos minutos se niegan a comunicar lo que dice ese mugroso papel.

¿Será que me estoy quedando ciego? Creo que sí, porque la maldita diabetes lo primero que castiga es la facultad de la visión. Mis ojos hoy día no son más que dos pedazos de carbón inerte camino a la descomposición. ¡Qué vaina, si me hubiera dejado matar de los terratenientes no estaría sufriendo el calvario de la decrepitud!

Angustiado sonrío acremente, pero mis labios ya no dibujan la encantadora sonrisa que gustaba a las mujeres sino un *riictus* de tristeza que me lleva directo a la depresión y siento que las arrugas de la cara se ponen de acuerdo para restregarme que este cuerpo ya está en la sala de espera para la despedida final. Y de solo pensar en eso, vuelve a aparecer el frío en mis entrañas, siento que sale de las venas y se expande por músculos y nervios para escapar a la bruma de la noche a través de la piel.

Uno de viejo, al comienzo las patas le bailan, se mueve a trompicones y por cualquier cosa termina de bruceas dándole besos a las paredes o al piso; después la silla de ruedas nos permite una mejor movilidad, pero la libertad por la que toda la vida se luchó queda sumida en una infinita tristeza al no poder zafarse de ese maldito estado de esclavitud. Uno de

viejo se va llenando de rarezas, pero también de miserias y si la soledad no existiera, las cosas serían más llevaderas.

Rato después de ingerir el desayuno la sed ya golpea en la boca y uno tiene que tomar vaso tras de vaso de agua con las pastas que el médico recetó para combatir esas silenciosas espadas que por dentro nos desgarran poco a poco y la sed lo persigue todo el día y no pasa con nada. A veces me acometen unos sueños de niño donde no puedo distinguir entre el acelerado tic tac del reloj Jawaco que mi padre tenía en su alcoba y los latidos que el corazón produce en mi caja torácica. ¡Ah... Y ahora de viejo el tic tac del despertador es más lento que las aceleradas que a cada rato pega mi corazón!

¡Oh... a estas edades, cuántas esposas, cuántas amantes y cuantos hijos que dejé esparcidos por el mundo aspiran a heredar a este viejo, pero yo no tengo nada que dar y hasta el amor por la causa que tanto defendí parece que se quedó sin herederos!

Pero volviendo a las andadas, por allá en los años sesenta, en Bogotá logré establecer contactos con gente progresista que impulsaba proyectos democráticos. Asistí a la Fundación del Frente Unido, trabé amistad con el cura Camilo Torres R. y un grupo de curas como René García, Saturnino Sepúlveda, Gustavo Urrea, gran activista cooperativo y Everardo Ramírez Toro, todos pertenecientes a la escuela de la Teología de la Liberación. En la Universidad Nacional recibí las primeras clases de sociología y las bases teóricas de lo que significaba dicha teología: un cristiano comprometido con su pueblo y en lucha permanente contra los privilegios y las injusticias al punto de llegar a dar la vida para concretar estos ideales. O sea, el enfermo con hambre y la comida servida.

Después de mi paso fugaz por el seminario al que me llevó Monseñor Salcedo, asistí al lanzamiento de la Alianza Nacional Popular ANAPO donde saludé al general Rojas Pinilla y a su familia. En las manifestaciones era muy feliz ondeando la bandera azul, roja y blanca que simbolizaba los ideales del naciente movimiento. Fui Concejal de Nuevo Colón en 1964, por este partido, compuesto por líderes liberales y conservadores cansados del bipartidismo y la oligarquía y por sacerdotes afines a las ideas de renovación y cambio que propugnaba dicha corriente política.

Y entonces es cuando el presidente Carlos Lleras con la asesoría del cura Camilo Torres presenta la ley de Reforma Agraria que crea el INCORA, organismo que se encargó de estructurar la organización campesina para lo cual nombraron delegados en todos los departamentos y coordinadores municipales que crearon los comités. Así fue como durante el primer semestre de 1970 ya estaban consolidadas asociaciones campesinas en la mayoría de municipios del país.

En Boyacá, una vez nombrados los comités fuimos citados a la Asamblea Departamental para elegir dignatarios, el gobierno llevaba sus candidatos, pero por consenso me escogieron como presidente. Tal vez por mi trabajo con los curas en la Acción Cultural Popular ACPO, o porque la mayoría de esos delegados eran alumnos de esa escuela, o por la militancia en la ANAPO donde ya tenía una mínima capacitación política por mi conocimiento de la problemática rural y mis contactos políticos, por eso fue fácil echarme un discurso realista que puso por el piso las divagaciones del candidato oficialista y de los diez miembros de la junta elegimos ocho de nuestra corriente.

A los dos meses y después de un curso de capacitación sobre la filosofía y la problemática campesina y sobre las formas organizativas que quería el gobierno, en un hotel de la capital se definieron las estrategias para nombrar la Dirección Nacional. A pesar del deseo del gobierno de manipular esta elección, por consenso se escogieron los delegados que mostraban capacidad, experiencia y compromiso con la causa, unos para el comité ejecutivo y otros para la junta nacional.

Esta asamblea eligió un Comité ejecutivo provisional conformado por Jaime Vásquez, Leonel Aguirre y Carlos Ancízar Rico que venía de FANAL. Como presidente nacional se eligió a Pacho Barrios, de Betulia (Sucre), proveniente del Partido Conservador y por ser el representante de la primera organización de la ANUC que se fundó en todo el país. Como tal, en este Primer Congreso Campesino celebrado en Bogotá, el 7 de julio de 1970, tenía que leer un discurso en el salón elíptico del Capitolio Nacional a nombre del sector agrario colombiano. Nosotros le redactamos un documento que recogía la problemática agraria y el nefasto papel que cumplían los terratenientes y la clase política como una de las causas del atraso del campo.

En ese Primer Congreso se eligió una junta nacional conformada por:

Jaime Vásquez, Cundinamarca  
Francisco Barros, Sucre  
Leonel Aguirre, Quindío  
Rafael Diago R., Nariño  
Agustín Ortega, Putumayo  
Carlos Ancízar Rico, Valle  
Juan de Dios Torres, Boyacá  
Raimundo Perea, Guajira  
Pedro de los Reyes, Magdalena  
Eduardo Pérez, Meta  
Basilio Pérez, Bolívar  
Higinio Patiño, Tolima  
Alfredo Cortés Mina, Cauca  
Sixto Cerquera, Huila

Gilberto Bedoya, Risaralda  
Isidoro Bautista, Norte de Santander  
Luis E. Galvis, Cesar  
Balmiro González, Atlántico  
Arturo Isaza, Antioquia  
Antonio Poveda C., Caquetá  
Napoleón García, Choco  
Luis Ortiz, Santander  
Eliécer Marín, Caldas

La gran sorpresa antes de ingresar al recinto, fue que uno de los asesores del presidente Lleras, le hizo entrega de un discurso que tenía que leer en la plenaria de instalación de la nueva asociación. Ante la prensa, la radio y la televisión nacional el representante de los campesinos colombianos debía leer un discurso que no representara ni el sentimiento ni la problemática de los mismos, ¡qué vergüenza! Entonces lo convencimos que leyera solo la introducción del mismo y después sacara nuestro documento y lo expusiera. El hombre así lo hizo, y la cara de asombro del Presidente y los funcionarios de la mesa de honor, fue evidente cuando escucharon ese documento subversivo.

Por tanto, el Presidente tampoco leyó el discurso que tenía preparado, sino que improvisó con un mensaje donde nos prevenía sobre el maldito virus del comunismo, de la nefasta influencia de las teorías de los bolcheviques rusos y del presidente Mao Tse Tung y sobre la necesidad de mantener una estrecha colaboración entre el gobierno y la naciente organización. Pero lo que no sabían era que yo, a estas alturas, era el asesor de una organización campesina en Ecuador y otra en Venezuela y tenía muchos contactos con gente de la izquierda a nivel nacional e internacional, por lo que fue muy fácil comenzar a tejer una serie de marañas solidarias para darle a la naciente colectividad la robustez ideológica tan necesaria en el enfrentamiento que se nos avecinaba.

Teníamos que luchar contra los ideólogos oficiales que querían hacernos creer que esas pequeñas reivindicaciones de las que hablaban eran una Reforma Agraria, contra una aspereza de burócratas que desde el Ministerio de Agricultura querían manipular el devenir y el destino del campesinado, contra el negocio que querían montar con el inmenso presupuesto que habían destinado al funcionamiento.

Posteriormente, tras largas discusiones y análisis, se acordó estructurar en todos los departamentos y municipios los comités de educación, a donde iban a dictar cursos de capacitación funcionarios del Ministerio, pero también jóvenes estudiantes de las universidades locales. Y así fue como llegaron de manera orgánica las ideas de izquierda al seno de los trabajadores de la tierra. A cada curso iba el capacitador, pero también un

ejecutivo encargado de trazar la línea política de la cual nos estábamos dotando, muchas veces por fuera de los lineamientos oficiales.

Y en uno de esos cursos conocí a un joven que se presentó como asesor del INCORA para los asuntos de la Reforma Agraria. Su nombre era Alfonso Cuéllar S., a primera vista me impresionó su nariz ganchuda, afilada y la manera fácil de expresarse en un discurso muy parecido al que yo manejaba, pero en el cual no podía esconder los ribetes marxistas leninistas con los que adornaba sus ideas sobre el problema de la tierra. Más tarde me enteré de que era oriundo de Turmequé e hijo de uno de los jefes liberales más famosos de la región.

Un año completo recorriendo el país, estudiando documentos de la problemática agraria y por debajo de la ruana leyendo textos de Marta Hackneker, de Gramsci, *Historia de la familia, La propiedad privada y el Estado, El papel del trabajo en la transformación de mono en hombre, el Libro Rojo de Mao Tse tung* y de otros teóricos del socialismo científico. Todo ello nos permitió perfilar una plataforma de lucha que fue puesta en discusión en la primera junta nacional celebrada en Cúcuta en junio de 1971. Allí se enfrentaron dos tendencias que, bajo la forma de tres consignas, escondían lo que sería el hilo de las contradicciones sobre cómo resolver las problemáticas del campo colombiano. El sector de izquierda radical defendía la consigna de “La tierra sin patronos” y el sector más moderado al que yo pertenecía defendía la idea de que “La tierra es pa’l que la trabaja”. También se expresaba un sector moderado que seguía los lineamientos del gobierno. Al final ganó la segunda propuesta y se aprobó un paquete de documentos que expresaban el pensamiento de los campesinos sobre los diversos problemas y las soluciones, cada vez más distantes de las propuestas oficiales.

A partir de esa Junta Nacional se editó con regularidad el periódico *Carta Campesina*, que en un comienzo recogía la línea oficial con algunas columnas que la debatían, pero que con el paso del tiempo y con la aparición de los ideólogos de izquierda las ideas eran cada vez más distantes del pensamiento oficial. Por supuesto que esto acarreó que varias veces fuéramos citados al despacho del señor presidente y del Ministro de Agricultura a explicar estas posiciones.

Pero esos son recuerdos gratos que corretean por la pista cada vez más deteriorada de mi memoria, al fin y al cabo, los humanos nos nutrimos en nuestra vejez de lo que fue o de lo que pudo haber sido y no sucedió, pero a veces las cosas se entremezclan y uno ya no sabe qué es lo real y qué es lo ficticio. Por ejemplo, no sé por qué diablos últimamente sueño con una mina de oro a la cual tuve acceso alguna vez; recuerdo que era por allá en una selva espesa y tan húmeda como las babas de Satanás y me imagino cerrando el trato con un socio capitalista que quiere que le ceda el título minero para ir en sociedad en la explotación de ese terreno que queda en

el Guainía, o en su defecto que se lo venda, pero lo que no logro entender es por qué estando las cosas tan claras ese trato nunca se pudo realizar; y tantas ilusiones que tenía en ese negocio que con seguridad me sacaría de la miseria tan desgraciada que me atropella peor que carro fantasma y que además, me permitiría explotar al máximo la personería jurídica de aquella cooperativa de mineros que había fundado en un año de cuya existencia ya no puedo acordarme.

Otro día, mis sueños recurrentes me llevaron a Girardot a una cita con un cliente que me contrató para que le rescatara un lote que tenía en pleno centro, al ladito del camellón del comercio. Uff... que calor tan rico, un sudor tibio me acaricia el cuerpo y me produce una sensación de felicidad; pensé que, por la acción del frío del páramo, mi epidermis había dejado de funcionar, pero no... esto es real; además la idea de cerrar trato con ese cliente me llenaba la mente de un optimismo parecido al que sentía cuando me sentaba al lado de los líderes de la social democracia europea para pedir su ayuda solidaria con destino a los campesinos de mi patria.

Me parecía estar viendo ya la plata que me había prometido y que pensaba utilizar en la recuperación de mi salud y para empujar un proyecto destinado a la producción de comida que pensaba vendérselo a los chinos porque ellos en este momento están comprando toda la comida que uno les ofrezca. Esto me permitiría vivir una vejez digna, poder hacer las paces con las mujeres que quedaron a mis espaldas refunfuñando contra mi modo de ser y poder ubicar a mis hijos y darles algo de lo que nunca pude desprenderme.

Pero al día siguiente me despertaba con el pijama empapado, unas lagañas del tamaño de una lenteja, los ojos rojos y la boca más reseca que un amero. Pedía a gritos la presencia de esas imágenes, pero solo el perro negro y chiroso que me acompañaba me respondía con un ladrido de compasión. Quería rescatar esos íconos mentales y convertirlos en realidad pues era una oportunidad calva para ponerme a paz y salvo con mis ambiciones, pero no, apenas eran ráfagas de luz que iluminaban momentáneamente el terrible laberinto del olvido.

Cuando la señora de la comida venía a traerme la ración mañanera me encontraba hablando solo, peleando con ese cliente imaginario y moviendo las manos como cuando uno está dirigiendo una orquesta, entonces la vieja –sin ningún reparo– me disparaba de frente:

– ¡Ay! Juanito cuídese porque cuando uno habla solo, está abriéndole la puerta a la demencia senil y cuando se tienen esos movimientos compulsivos en las manos, el Parkinson ya nos está haciendo gestos...

– ¡Cucha hijueputa! por qué no se calla más bien... pensé y le arrebaté la escudilla del caldo con papas.

# Mi infancia en Turmequé..., mi juventud en Bogotá

Alfonso Cuéllar

---

Alfonso Cuéllar Solano, nacido en Turmequé, Boyacá, en 1939 en un hogar conformado por un librepensador, amigo de los liberales radicales, hermano de Luis Eduardo, el famoso Palo de Haba, un masón declarado; mi padre fue un líder natural y el Partido Liberal se sentía muy orgulloso de su militancia; mi madre María Antonia Solano también de ascendencia liberal, muy calmada, aceptaba la autoridad que por esos tiempos imponía el marido..

*Los perros de don Laureano  
me salieron a morder  
me quitaron medio culo  
y salieron a correr.*

Poseían una espaciosa casa en el pueblo y varias fincas en la zona rural, por tanto, formaban parte de un grupo selecto de la sociedad de Turmequé donde estaban los Jiménez, Solano, Torres, Chávez, Otálora, Suárez, Bernal, González, Cogollos, etc. Muchos de ellos con antepasados que habían luchado en la Guerra de los Mil Días al lado de Benjamín Herrera y de Uribe Uribe, gente de buena posición económica, con excelentes conexiones con los jefes liberales del Departamento y de la Nación, y que en épocas electorales hacían lo necesario para mantener la hegemonía política que manejaron por más de cuarenta años.

Mi padre, José Cuellar, en 1942 fue víctima de un accidente férreo en la estación de Ventaquemada donde perdió una pierna, y murió su hermano, el abogado Alfonso Cuéllar. José fue varias veces concejal, alcalde, juez, notario y actor principal de la resistencia que el Partido Liberal organizó para enfrentar la hegemonía conservadora encabezada por Laureano Gómez y Mariano Ospina Pérez aun desde antes de la muerte de Jorge

Eliécer Gaitán, de quien era amigo cercano y a quien trajo a Turmequé en 1947 a una manifestación después de la cual jugaron tejo, tomaron chicha, cerveza y comieron piquete.

*Mamita, mamita  
prende la vela  
quiero ver quien anda  
por la cabecera.  
Son las horas hijo  
que van de carrera  
llamando a los niños  
para ir a la escuela.*

Él y sus hermanos enfrentaron las arbitrariedades de la policía chulavita, quienes con la ayuda de los Garzón y los Vega de los 15 o 20 conservadores del pueblo, los hostigaban cada vez que podían. Una vez los emboscaron en el sitio llamado La Paradita, pero afortunadamente Carlos, el mayor, los vio a tiempo y se encendieron a plomo, veníamos a caballo y gracias a la calidad de las monturas, nos salimos del cerco y en 12 horas de marchas forzadas llegamos a Bogotá, pasando por el Alto de Los Arrieros, Villa pinzón y Chocontá. Otra vez al llegar a Turmequé junto con mi padre, la policía nos bajó del bus, nos requisó y nos obligó a desocupar el pueblo pues según ellos nos iban a matar. Un vehículo nos llevó hasta Ventaquemada, pero antes de llegar a la plaza principal mi padre detuvo el carro, se bajó y continuamos hasta la vía férrea por donde caminamos durante diez horas hasta llegar a Bogotá. Más tarde nos enteramos de que efectivamente los godos de ese pueblo nos estaban esperando para cosernos a plomo.

Días después mi tío José, dueño de la empresa de buses La Garantía y socio de Buses Rojos en Bogotá, estaba con su familia en Tunja, entonces un grupo como de veinte conservadores armados hasta la manija rodearon su casa y le dieron plomo por varias horas. El hombre se defendió como un valiente y gracias a un vecino escapó y los dejó ensayados, pero habían asesinado a su socio y hermano, Juan. Qué hombres tan bragados eran mi padre, mis tíos y esa generación de cachiporros que vivió en carne propia la nefasta época de la violencia. Qué odio tan impresionante les tocó soportar por el solo hecho de ser putos, liberales y machos.

Muchas de estas lecciones que recibí de niño me marcaron y fueron esenciales en las decisiones que me tocó tomar siendo ya mayor.

Estudí primaria en Turmequé y secundaria en Tunja y el ejemplo del anticlericalismo de mi padre y mis tíos lo vivía todos los días, alimentado con las lecturas de las obras de los librepensadores del olimpo radical Ezequiel Rojas, Vargas Vila, Rojas Garrido, el Indio Uribe, Camacho Roldán, Uribe Uribe y otros que brillaban en la extensa biblioteca de mi padre al



lado de los pensadores de la Revolución Francesa y de la Constitución de los Estados Unidos. Fui testigo de los enfrentamientos revólver en mano de mi padre y mi tío con los curas y los godos de ese tiempo. A finales de la primera mitad del siglo XX escuché al lado de mi familia la transmisión radial de los discursos de Gaitán, su mensaje antioligárquico y popular, se me pegó en la mente, lo mismo que sus consignas de lucha con las que cerraba sus discursos:

*Si avanzo, seguidme;  
Si retrocedo, empujadme;  
Si os traiciono, matadme;  
Si muero, vengadme.*

Tiempo después sufrí el intenso dolor que produjo su muerte y viví de primera mano las incursiones de los godos de Úmbita, apoyados por el sargento Garzón y los eventos relativos al golpe de estado de Rojas Pinilla a quien, por la conducta exhibida frente a la guerrilla liberal, mi padre no lo bajaba de traidor y de cobarde; sin embargo, consideraba de cierto modo a Rojas como un enemigo de los godos y allá en el fondo de su corazón lo admiraba. Esa capacidad de análisis de las situaciones era algo que me asombraba, Los liberales se reunían en mi casa a estudiar la situación y a planear las acciones a seguir y después de fecundas lluvias de ideas casi siempre sus propuestas terminaban imponiéndose.

*Los perros de don Laureano  
son dos perros colorados  
se les pelaron las turmas  
de tanto estar aplastados.*

A pesar del anticlericalismo de mi padre, mi madre María Antonia lo convenció para que yo hiciera la primera comunión, él a regañadientes aceptó y fui inscrito en el programa de preparación. A partir de ese día cuando me llevaban a misa, caso poco frecuente, me quedaba mirando los gestos que la gente hacía cuando el curita Becerra les daba la comunión y como el fraile decía que eso era el pan de la vida eterna, yo siempre me preguntaba por qué un pan tan pequeño producía efectos tan inexplicables. Pero había otra situación que me causaba repugnancia cuando visitaba la iglesia ... era ese olor a vela de cebo, a incienso y ese formalismo tan rígido que para mí era lo más aburrido del mundo, por eso el día que hice la primera comunión creo que hice el oso más descomunal del mundo.

Ese día acudieron a la ceremonia unos doscientos niños y niñas; los niños todos vestidos de paño, camisa blanca y corbatín, y las niñas, de seda blanca con encajes dorados. Estaban con nosotros los padres, familiares y padrinos, es decir que en la misa había más de mil personas, todas preparadas para comulgar. El señor Pérez cantaba y tocaba el órgano, arriba en el coro y el cura en latín oficiaba la misa, los olores concentrados

más el nerviosismo comenzaron a hacer su efecto y el mareo me hacía tener visiones, todo me daba vueltas y desperté cuando mi madre me pellizcó, pues el cura me estaba ofreciendo la hostia, en medio de cánticos de alabanza, me la colocó en la lengua y al igual que todos cerré los ojos y me dirigí a mi puesto pero cuando tragué la hostia y esta llegó a mi estómago, algo se revolvió en mi interior y empecé a vomitar, salió el desayuno y detrás de él, el cuerpo de cristo y el pan de la vida eterna... No escuché más las recomendaciones y letanías del cura y su cara de faraón iniciado, explicando los misterios de la vida y de la muerte, empuñando un cáliz de oro que me enceguecía y a su lado los acólitos agitando los incensarios, cuyo olor era el que rebullía mis entrañas y fue el culpable de que expulsara de mi estómago el símbolo del catolicismo. Aún recuerdo con una sensación de terror la carrera que pegué hasta llegar a la pared y expulsar todo lo que había en mi barriga, como también la cara de mis familiares y amigos ante ese terrible espectáculo.

Todas las familias, incluida la mía, eran muy alegres, casi todos sabían tocar tiple, guitarra y bandola y conformaban murgas para amenizar las fiestas, los bautismos, primeras comuniones y matrimonios. Al son de los bambucos, los torbellinos y las guabinas las parejas bailaban noches enteras y prolongaban esas diversiones hasta por tres días, repartían comida en abundancia y los chinos estábamos por ahí dando vueltas porque nos tenían prohibido participar, esperábamos pacientemente un descuido para entrar a la cocina y robarnos pedazos de queso, arepas de trigo tan grandes como platillos voladores, costillas de chivo o presas de gallina, gordas y macizas que llevábamos detrás de la casa para engullirlas a toda prisa y luego llegar a la sala de baile con la grasa chorreándonos los labios, prueba suficiente para que nuestros padres nos zurraran delante de la gente por abusivos. En la fiesta de mi primera comunión me divertí como nunca.

Recuerdo que a mediados de los años cuarenta apareció un ritmo que enloquecía a la gente, sus autores eran los maestros Emilio Sierra y Milcíades Garavito; se llamaba la Rumba Criolla y mientras los adultos brincaban frenéticamente, los chicos en otra pieza ensayábamos los pasos de baile con nuestras primas y vecinas para cuando nos llevaran a las romerías a Chiquinquirá o para la celebración de las fiestas patronales en diciembre o las de san Pedro y san Pablo.

Pero también estaban expuestas en la sala de las casas unas vitrolas accionadas por una manivela de cuerda que la RCA Víctor había traído para oír música en discos de acetato. En esos aparatos escuché las primeras grabaciones de Guillermo Buitrago y Bovea y sus vallenatos, pero también los tangos y las rancheras, los bambucos de Garzón y Collazos, Obdulio y Julián, el Dueto de Antaño, Los Tolimenses y la música hermosa de José A. Morales. Claro que esas melodías también se escuchaban en los aparatos de radio que las personas ricas tenían en sus casas, allí se sintonizaban

emisoras como La Nueva Granada, la Radio Santa fe, la Nuevo Mundo, la Voz de la Víctor y la Voz de Bogotá.

A mi padre le gustaba oír noticias y era una persona acomodada económicamente, tenía una filosofía de la vida y una manera muy particular de enseñarla. Por ejemplo, de niño nos mandaba a mi hermano Juan y a mí, a las fincas de su propiedad para que al lado de los obreros aprendiéramos las faenas del campo y así aprendimos a desyerbar papa y maíz, y a llevar la comida del surco para que mi madre nos hiciera los cuchucos de maíz o el cocido que tanto les fascinaba. Más tarde ya adolescente, cuando entré a la Universidad Nacional, él compró un taxi y me enseñó a manejarlo. Todos los días cumplía un turno y le entregaba las cuentas en forma muy estricta.

Cuando fuerzas combinadas de la oligarquía, los estudiantes y el pueblo derribaron al general Rojas Pinilla, en 1958, viví de ladito tan intensas jornadas. Miraba el desfile de los estudiantes hacia el Palacio de San Carlos, la piel se me ponía de gallina y bebía con ellos su rabia y su odio.

Años antes, por orden del General, el 8 y 9 de junio de 1954 varios estudiantes fueron masacrados por los soldados del Batallón Colombia, los mismos que se habían cubierto de ignominia al haber participado en la guerra de Corea. En este año terminaba el sexto de bachillerato en el colegio Santiago Pérez que quedaba a cuatro cuerdas de la Plaza de Bolívar, cuando escuchamos los disparos de la fusilería del Ejército, todos los estudiantes del colegio salimos corriendo rumbo a la carrera séptima y pudimos observar los cadáveres aún calientes de los jóvenes que habían sido tiroteados.

Por esa época murió uno de los amigos más entrañables de mi padre, don Jorge Jiménez y su familia se vino a vivir a nuestra casa en Bogotá. Su señora madre, dos hermosas adolescentes y Joselyn, un muchacho más consentido que hijo bobo. Gloria y Cecilia llegaron a mi casa a alborotar mis hormonas juveniles. Me enamoré perdidamente de Cecilia, una hermosa niña de piel de durazno, ojos claros y rostro de muñeca y no sé cómo saqué valor para ocultar ante mis padres ese horno que me consumía. Fue un amor secreto cuya fragancia me cobijó toda mi vida, más tarde cuando cientos de mujeres me ofrecieron sus caricias el rostro de Ceci relampagueaba en mis recuerdos como luciérnaga en noche oscura y ante esa evidencia mi mente viajaba a Turmequé a donde regresaron después de superar el duelo y la crisis que les acompañó.

En febrero de 1959 me fui para Bucaramanga a estudiar a la Universidad Industrial de Santander –UIS– pero al terminar el primer semestre estalló un paro y fui expulsado; allí tuve el placer de conocer a Jaime Arenas, un joven con el ímpetu para cambiar el mundo pero que la intolerancia dejó tendido en el camino en la plenitud de su vida, entonces busqué el cobijo de

la Universidad Nacional a donde llegué con el sabor de la derrota todavía fresco en mis labios.

Recién estrenado de primíparo en julio de 1960 asistí como mirón a la instalación del Primer Congreso del Movimiento Obrero, Estudiantil y Campesino (MOEC), fue el primer movimiento independiente de los partidos tradicionales que se fundó en la Universidad Nacional bajo la dirección de Antonio Larrota, un joven conservador que fue cooptado para contraponerlo a las influencias de un manzanillo liberal llamado Jorge Perico Cárdenas. Bajo la influencia de la Revolución Cubana, estos jóvenes hacían alarde de un radicalismo extremo y sus miembros se consideraban los mesías que iban a hacer la revolución socialista en Colombia. De su seno salieron los ideólogos más grandes de la lucha armada que llevaron el mensaje del marxismo leninismo a las FARC, que fundaron el EPL y más tarde el ELN. Como también reforzaron al Frente Unido, a la ANAPO y al M-19.

Tenían una visión romántica de la revolución; así como de la experiencia acumulada en las intensas jornadas de protesta contra la dictadura de Rojas Pinilla y la violencia liberal-conservadora y también sobre las prácticas sectarias y caudillistas del pasado. Sus miembros tenían contacto con los partidos comunistas de Rusia, China, Vietnam y algunos países europeos, de los cuales recibían capacitación ideológica, instrucción militar y ayudas económicas.

Debido a esas prácticas sectarias y excluyentes del MOEC, de allí se desprendieron: el MOIR, bajo la dirección primero de Francisco Mosquera y más tarde de Marcelo Torres (1961), el Partido Comunista M.L. (1961), los líderes del Frente Unido del Cura Camilo Torres (1962) y los fundadores del Ejército de Liberación Nacional (1964). Otros como Alfonso Cano, Jaime Bateman, Álvaro Fayad, Iván Marino Ospina, Carlos Pizarro LeónGómez y el suscrito, nos fuimos para el Partido Comunista a hacerle campaña a Alfonso López Michelsen y a su recién creado MRL, más tarde, nos ponemos al servicio de las autodefensas campesinas, antecesoras de las FARC.

Luego referiré anécdotas personales de cada uno de los anteriores líderes que acabo de mencionar. Por ahora voy a contar algunas vivencias a propósito de un costeño bullanguero, amante del baile, de la salsa y la música disco: Jaime Bateman. Patricia Lara luego de quien lo entrevistó cuenta que Jaime estuvo presente en la Quinta Conferencia Campesina que dio como resultado el nacimiento de las FARC y por él nos enteramos que por órdenes de Marulanda, de quien era su secretario, participó en el secuestro y posterior asesinato de ese legendario toro llamado El Barcino, semental de pedigrí que se llevaron de una gran hacienda, lo sacrificaron, se lo comieron y dejaron la historia regada en la mente de los campesinos hasta que llegó a oídos de Jorge Villamil, que le compuso uno de sus más famosos bambucos.

Para Jaime la Revolución debía ser una fiesta, por eso siempre cantaba *La ley del embudo* y hasta llegó a proponer este tema como himno de los revolucionarios de Colombia. No conocí a otro tan sagaz y tranquilo a la hora de enfrentar los peligros que un revolucionario enfrenta cuando decide tomarse el poder por la vía de las armas. Siempre reía y tenía un gran sentido del humor; le mamaba gallo a los encopetados señores del Comité Central del Partido Comunista, quienes lo odiaban por no tomar en serio la Revolución. Paz en su tumba.

Al rojo vivo estaba la polémica chino-soviética y los principiantes no entendíamos del todo sus razones. Lo que si vivimos años más tarde fueron sus consecuencias terribles para la izquierda colombiana, pues transcurrido mucho tiempo y aún no habían terminado las purgas, expulsiones, fusilamientos e infiltraciones del lado y lado de los partidos en confrontación.

En esos tiempos la Universidad era un hervidero de revolucionarios, todos con la convicción ideológica y las ganas de echarse un fusil al hombro y marchar al monte a alimentar la teoría del foco, base con la cual Fidel Castro había triunfado en la Revolución Cubana. Por allí andaban además de los anteriormente mencionados: Guillermo Sáenz, (Alfonso Cano), Carlos Romero, quien era secretario de la Juventud Comunista JUCO y cuñado de Bateman, Alfonso Romero Buj, Pedro Vásquez Rendón, entre otros. Pedro León Arboleda había sido expulsado en 1958 del Partido Comunista y había elaborado una crítica muy completa a su espíritu pasivo y revisionista, por parte de Gilberto Vieira, Álvaro Vásquez del Real y demás miembros del Comité Central, conducta influenciada por las tesis de Aníbal Escalante en Cuba y el Comité Central del PCUS de Moscú.

Su tesis central era una crítica feroz contra la inacción del Partido, su connivencia con sectores de la burguesía, su acomodamiento en las ciudades, su oposición a hacer la guerra de verdad, pues nada sacaban con tener destacamentos guerrilleros por todo el país si la orden era organizar a los campesinos, pero no hacer ofensivas militares y sobre todo su apego a los lineamientos de Moscú. Todo esto lo llevó a montar una tesis contra el revisionismo criollo a quienes no bajaba de mamertos.

Ingreso a la JUCO y comienza un intenso trabajo social en los barrios populares de Bogotá. Allí conocí al padre Camilo Torres Restrepo quien preparaba las condiciones para el lanzamiento del Frente Unido. Leí su Manifiesto y me impresionó su compromiso cristiano en favor de los pobres de Colombia. Por primera vez vi con sorpresa que lo que mi padre decía de los curas no era del todo verdad, pues frente a mí estaba un hombre que frisaba los cuarenta y cinco años, evangelizando y concientizando pobres a la luz de la Teología de la Liberación que desde Roma y Brasil aireaban prestigiosos jerarcas de la Iglesia, pero que en Colombia despertaba las más duras críticas de la gran prensa y de la curia tradicional.

La Universidad era un caldo de cultivo para preparar mentes y espíritus rebeldes. Los estudiantes asistíamos a las clases de Literatura dictadas por Jorge Zalamea, las de Filología impartidas por Patiño Rosselli, las de Filosofía a cargo de Pacho Posada y Carlos Rincón. Con el profesor Hernando Llanos duramos varios años, Darío Mesa enseñaba las tesis de Hegel y Max Weber; Orlando Fals Borda se enseñoreaba dictando sus famosos cursos de Sociología. De ahí saltábamos por nuestra cuenta y por la palanca de la curiosidad que sembraban semejantes maestros a escudriñar las ideas de Rosa Luxemburgo, George Lukács, Gramsci, hacíamos teatro, escuchábamos jazz, leíamos las primeras obras de Gabo; también a Juan Rulfo, a Freud y a Piaget y escuchábamos música de Moustaki. Contagiados de Sartre nos bebimos su existencialismo hasta los tuétanos.

Con Bateman aprendimos toda clase de novedades en agitación y propaganda y la fabricación de los cocteles molotov; un tipo que hoy es un hombre de posición y muchos millones en sus cuentas; y, el existencialismo sartriano, de Heidegger y su *Das Sein* comenzó a pasar cuenta de cobro: llegó una ola suicida de intelectuales que vestidos de negro se inmolaban escuchando jazz y dejando largas proclamas como testamento. Patricia Lara, de quien se dice que fue amante de Bateman, recoge en sus crónicas esta triste realidad.

Pero como una luz en el horizonte apareció el boom de la literatura latinoamericana y nos metimos a devorarnos su producción: *La ciudad y los Perros*, *La muerte de Artemio Cruz*, *Pedro Páramo*, *Rayuela*, novelas y cuentos que nos hicieron aterrizar en nuestra realidad y alejarnos de tantas teorías traídas de Francia, China y la Unión Soviética y que estaban cobrando el dogmatismo y la intolerancia con que se manejaban.

Más bien preferíamos contagiarnos del espíritu rumbero de Bateman y nos aficionamos al baile, a los boleros, a la salsa y al son cubano y a medida que aparecían los discos de Beny Moré, Daniel Santos, Pacho Galán y su merecumbé, el casino de la playa, Alberto Beltrán, Bienvenido Granda, Celina y Reutillo, la Orquesta Aragón y la voz fresca e inolvidable de Celia Cruz que le daba vida a la Sonora Matancera.

Bateman nos llevó varias veces a su casa en Santa Marta y nos enseñó a bailar esos ritmos antillanos y costeños, de esas enseñanzas nos convertimos en los más verracos bailadores... ¡Santo cielo! las chicas cómo se divertían con nosotros y cómo nos gozamos esos monumentos de mujeres que en nuestros brazos vivieron a plenitud ese vórtice mágico que es el baile.

Además de los profesores que nos daban clase teníamos como maestros a Mario Arrubla, Estanislao Zuleta, Carlos Federici y Rafael Gutiérrez Girardot, ellos organizaban círculos de estudio donde se ventilaban temas de sociología, filosofía, economía, historia y otras materias clave para

que nuestro papel de revolucionarios fuera completo. Nos hacían leer a Carlos Marx, Federico Engels, Lenin y las tesis de León Trotski. también escuchábamos a Gerardo Molina, Antonio García, Diego Montaña Cuéllar y Umaña Luna, quienes nos narraban experiencias de las luchas obreras que habían orientado en la Unión Sindical Obrera (USO), en Navenal y en los sindicatos de la construcción. Los maestros Arrubla y Zuleta se embarcaron en la fundación de un partido que denominaron de la Revolución Socialista. Este al igual que todos los demás se autoproclamaba como vanguardia de la revolución y hacía alarde de un sectarismo cerril, tendencias aventureras y apresuradas, así como gran inexperiencia política y organizativa.

De la JUCO pasé a las células del Partido Comunista y después de intensos debates internos donde nos medían qué tanto conocimiento teníamos de las tesis del marxismo leninismo y de la línea política del P.C. Un grupo de jóvenes fuimos enviados a Viotá y más tarde a la región del Sumapaz en la búsqueda de las autodefensas campesinas que comandaba Juan de la Cruz Varela. Tres días a pie desde Viotá, pasando por Tibacuy, Fusa, Icononzo, Cabrera y Villarrica donde las autodefensas del Partido luchaban para que los dejaran trabajar. Más tarde supimos que además de su presencia en el Sumapaz, también estaban muy bien ubicados en vastas regiones del Tequendama, sur del Tolima y parte del Huila.

A propósito del Tolima, por disposición del Comité Central viajé al Líbano junto con Iván Marino Ospina y otros a visitar pueblos de la región y contactar a cuatro bandidos que estaban asolando los campos, estos eran en orden de bestialidad y barbarie: Chispas, Desquite, Tarzán y Sangre Negra. La misión consistía en convencerlos de que dejaran esa vida desordenada, sin sentido, de venganzas y crímenes indiscriminados y se acogieran a las tesis de las autodefensas campesinas, para hacer una alianza y pelear contra un enemigo común, las tropas del Estado. Pero esto no pasó de ser una mera expectativa.

Juntos recorrimos toda la zona y solo encontramos las muestras de su barbarie: ranchos incendiados, hombres y mujeres asesinados, unos por godos, otros por liberales, pero estos pillos no se dejaban encontrar. Al fin un sábado por la tarde en una fonda de camino en medio de un grupo de hombres armados hasta las muelas y en una borrachera impresionante encontramos a Teófilo Rojas, alias Chispas. El encuentro no fue muy grato porque él sabía que lo estábamos buscando y por poco nos fusila creyendo que éramos agentes del Estado. Un lugarteniente suyo que conocía nuestro trabajo y la relación con Marulanda y Charro Negro, nos salvó y le confirmo que nosotros éramos agentes del Partido Comunista, que estábamos buscando aliados en la lucha contra el poder de la burguesía.

Compartieron con nosotros un buey que estaban asando, aguardiente, guarapo y chicha por toneladas, pero hacían bromas pesadas sobre el carácter de los comunistas criollos. Nos dejaron ir, pero a los pocos días

supimos que otros enemigos, más duros que los anteriores, andaban tras nuestros pasos. Agentes secretos del entonces capitán del Ejército, José Joaquín Matallana, muy interesado en conocer de cerca a esos emisarios comunistas que estaban en franca rebeldía contra el Estado, pero por más que hacía esfuerzos, no nos podía localizar. A punta de argucias y gracias a la ayuda de los campesinos de la región logramos escabullirnos y regresar a Bogotá, con el rabo entre las piernas.

Por esa época me tocó presenciar el enfrentamiento interno entre los líderes del PC y los comandantes guerrilleros por la posición frente a la amnistía del gobierno. Unos desconfiaban de tanta generosidad y por eso le llevaban la contraria a los jefes del Partido que ordenaban la rendición y la entrega de las armas. Recuerdo que Charro Negro, pariente cercano de Tirofijo, no estaba de acuerdo con la amnistía y el tiempo le dio la razón porque muy pronto comenzaron a ser asesinados quienes se habían entregado. La indignación nos barrió como un rayo cuando mataron a Guadalupe Salcedo Unda, el jefe de las guerrillas liberales del Llano cuando salió de la cárcel después de ser amnistiado y a las pocas cuerdas fue tiroteado por un policía conservador vestido de civil.

La vida en medio de estos campesinos no podía ser más sencilla, compartíamos las casas de ellos, comíamos lo que la tierra producía, trabajábamos en sus parcelas y en la noche a la luz de los candiles íbamos soltando nuestro mensaje revolucionario con todo el ardor y la pasión de que éramos capaces. Nos levantábamos a las cinco de la mañana, doblábamos el equipo, hacíamos ejercicios, desayunábamos y comenzaba el trabajo de adoctrinamiento político y nuestras lecciones calaban profundo porque lo que se vivía en ese momento era una guerra, no una escaramuza cualquiera. Las cosas se enrarecieron cuando en 1962 el gobierno de Guillermo León Valencia, con el apoyo de los gringos lanzó el plan Lasso e invadieron y bombardearon a Marquetalia y en 1964 lo hicieron contra El Pato y Guayabero.

Entonces se inició la gran marcha hacia El Davis y Villarrica y ahí fue donde toda la ideología revolucionaria de la cual dotamos a los combatientes sirvió para aguantar el asedio y la persecución de las tropas del gobierno. Ahí fue cuando se dieron cuenta de la importancia de tener ideas claras y estrategias prácticas para enfrentar a un enemigo mil veces más poderoso. Años después Arturo Alape, a quien le decíamos cariñosamente El Perro, escribiría unas crónicas inolvidables sobre esta gesta de los campesinos en la búsqueda de su dignidad. Todo ese acervo ideológico lo usarían Manuel Marulanda, Jacobo Arenas (Luis Morantes), Ciro Trujillo, Manuel Pascuas, Ezequiel Gallo y demás comandantes para fundar las FARC en 1964 y definir las como una organización marxista leninista que se proponía la toma del poder para el pueblo. Objetivo que por errores estratégicos nunca pudieron alcanzar.



La vida nuestra en el monte al lado de guerrilleros de base, cuyos abuelos habían peleado en la Guerra de los Mil Días, hijos de los combatientes de Marquetalia, fue una experiencia sin igual pues teníamos que codearnos con gente dura para echar pata hasta ocho días seguidos, con equipos auestas que pesaban dos y tres arrobas no de armas y municiones sino de yuca, plátano y frascos llenos de sortilegios y amuletos, pedazos del casco izquierdo de una danta que raspado se le puede administrar a una dama para enloquecerla en la cama o el polvo de la pata derecha del mismo animal para impedir que quede embarazada, el huesito del pene del cusumbo o guache que se aplica en las comidas de las mujeres para amarrarlas para siempre a nuestro lado. Pepas de chocho ligadas por un brujo como contras para que la muerte no llegue tan rápido y para hacernos invisibles ante el enemigo. Esa era la idiosincrasia de los campesinos de la guerrilla, mentes mágicas con una profunda reverencia hacia la madre naturaleza.

Este trabajo de adoctrinamiento se hacía combinándolo con nuestra presencia en la Universidad, porque después de la experiencia del Sumapaz, nos enviaron a hacer labor proselitista a las regiones indígenas de Natagaima y Coyaima. Allí tuve un enfrentamiento con amigos de Jacobo Arenas, quien apelando a su autoridad partidista imponía la ley del garrote para todos los que no aceptaran sus órdenes. Conmigo no fue la excepción y en medio de gritos, opiniones divididas y señalamientos, ordenó a sus esbirros detenerme y atarme a un palo para esperar un consejo de guerra revolucionaria donde invocando la disciplina partidaria seguramente me condenarían a muerte. El asunto no estuvo fácil y se demoraron en imponer su autoridad, ante lo cual un indígena que no estaba de acuerdo con su disciplina para perros, soltó mis amarras y me puso en libertad.

Por esos días, en la Universidad se presentó un muchacho joven, conocido de algunos compañeros y nos propuso que nos fuéramos para Puerto Boyacá a montar una guerrilla al pie de la Estándar Oil. Su nombre era Federico Arango Fonnegra, hijo de una familia rica; su padre era primo hermano de Mariano Ospina Pérez y también sobrino de la insigne pintora Débora Arango; él, recién llegado de los Estados Unidos donde había estudiado Ingeniería Mecánica, afiebrado por la Revolución, nos convenció y nos fuimos, se llevó un pesado equipaje donde iban unos cientos de libros para organizar una biblioteca con el fin de alfabetizar campesinos, con la *Lógica* de Hegel, *El Asalto a la razón* de Luckás. Tamaña utopía. Con unos militares de la base cercana había conseguido algunas armas y municiones para entrenar. Los campesinos vecinos nos daban su amistad a cambio de comida y medicinas.

El proceso iba bien hasta que se le ocurrió la fatídica idea de secuestrar a un ejecutivo de la petrolera para sacarle dinero, y se vinieron con todo; cinco guerrilleros en ciernes resistieron como ocho días hasta que gente de la región los denunció. El Ejército les tendió una trampa y cuando estaban devolviendo al secuestrado, mataron a Federico (septiembre de 1963).

Pero yo no me esperé a que concretaran esa locura porque ante la sola idea de secuestrar a alguien, sin esperar más, salí al río Magdalena y me les volé.

Llegué de nuevo a Bogotá y una noche en el café automático del centro me encuentro con Gabriel García Márquez, entonces periodista de El Espectador y medio militante del Partido Comunista, estaba con Plinio Apuleyo Mendoza. Me cuentan que están montando Prensa Latina, una agencia de noticias para propagar la filosofía y la política de la Revolución Cubana y como por entre un tubo, de la noche a la mañana me encuentro trabajando en sus oficinas de la carrera séptima con diecisiete. A Gabo lo había conocido en su breve paso por la Universidad y más tarde como reportero de El Espectador, nos encontrábamos en las recepciones, lanzamientos o ruedas de prensa y en medio de los guaros y los rones disfrutábamos de su original manera de mamarle gallo a todo el mundo.

La agencia fue la meca de la izquierda colombiana, por allí pasaron los intelectuales de izquierda de esa época: el cura Camilo, quien era muy amigo de Gabo y ambos, muy politizados y claramente comprometidos, amigos del periodista Alberto Aguirre, de Ricardo Masseti y de Rodolfo Walsh, de la entraña de Fidel y del Che Guevara, quienes habían sido capaces de descifrar los códigos de la CIA cuando se preparaba la invasión a bahía Cochinos.

Después del triunfo de la Revolución viajamos juntos a La Habana a participar en una reunión de alto nivel sobre el manejo de la agencia y de paso conocer de primera mano las experiencias de cómo manejar un país semicolonial y hacerlo saltar a una era de progreso. Pero en medio de esa luna de miel percibimos con una cierta dosis de horror la manera en que los comunistas pro-Moscú dirigidos por Aníbal Escalante, iban influyendo poco a poco en los rumbos de la Revolución.

Gabo y yo los criticábamos porque eran comunistas de escritorio y de salón, burócratas de corbata que con un discurso marxista leninista ocultaban sus verdaderas intenciones. Eran incapaces de analizar nuestra realidad concreta y en su dogmatismo solo obedecían los dictados de la URSS, dueños de un sectarismo excluyente fuimos chocando, hasta el punto que hacia 1965, un día llegamos a trabajar a la oficina y encontramos que nuestros puestos habían sido copados por periodistas mamertos, incondicionales a su servicio; con nuestras pertenencias arrumadas en un rincón, nos echaron como a perros y hasta nos robaron el sueldo de la última quincena y las prestaciones sociales. Gabo se fue para el Canadá y años más tarde nos volvimos a encontrar en Bogotá en la editorial Oveja Negra cuando siendo yo gerente, José Vicente Kataráin se convirtió en editor de su obra y después cuando con Santos Calderón montaron la Revista Alternativa, un proyecto financiado por Gabriel García Márquez y alimentado con el papel que le dieron los rusos como parte de los derechos

de autor de sus obras editadas en Moscú. Esta revista con clara tendencia de izquierda era manejada por el M-19.

Entre 1961 y 1964 sucedieron muchas cosas: En 1961 como respuesta a la política excluyente de la burguesía liberal conservadora se creó el Movimiento Revolucionario Liberal (MRL), dirigido por Alfonso López Michelsen quien además de su apoyo a la Revolución Cubana, recogió algunos elementos progresistas de la coyuntura, lo que a su vez le granjearon el apoyo del Partido Comunista Colombiano, línea Moscú. La esposa de López M., Cecilia Caballero Quijano, era prima hermana de la esposa del jefe del Partido Comunista Gilberto Vieira y fue militante de las juventudes Nazis en Berlín, cuando su padre era embajador Laureanista ante Hitler. En 1962 el general Gustavo Rojas Pinilla fundó La Alianza Nacional Popular (ANAPO) que recogía amplios sectores del Partido Conservador; comunistas desencantados y líderes progresistas de varios partidos. Con todos los partidos existentes y en lugar de unirse, en cambio, se disparó el sectarismo y el dogmatismo, mientras tanto la oligarquía en el poder avanzaba en la imposición de sus políticas hegemónicas contra la población y la represión contra cualquier asomo de protesta o de resistencia a sus políticas.

En 1962 algunos comunistas como Jaime Arenas, Víctor Medina Morón, los hermanos Vásquez Castaño y sacerdotes provenientes de la Teología de la Liberación como Domingo Laín y el cura Pérez fundaron el ELN, dieron el primer golpe en Simacota (Santander). Por esta fecha yo estaba en Caracas en un congreso estudiantil impulsado por La Causa R, un partido de la izquierda venezolana dirigido por mi amigo Alfredo Maneiro con quien más tarde asistimos a un congreso en Brasil. De regreso fuimos sorprendidos en Cúcuta con la noticia del golpe del ELN. Hospedados en un hotel de la ciudad, salíamos con nuestras maletas rumbo al terminal de buses cuando en una requisa nos encontraron unos documentos que hacían referencia a esa guerrilla y de inmediato fuimos puestos presos y acusados de ser parte de ese grupo insurgente.

Fueron necesarios tres meses y la acción de abogados prestantes como Umaña Luna y Montaña Cuéllar y del Secretario de la Curia de Bogotá el Padre Méndez, para que nos pusieran en libertad, Sin embargo, nos volvimos famosos porque nuestras fotos se pasearon por las portadas de los diarios, haciendo reír a nuestros amigos y llorar a nuestros familiares.

A finales de 1962 me enteré de que el médico Tulio Bayer, conocido de mi familia, empeñado en revivir las guerrillas liberales del Llano, reclutó a un grupo de excombatientes, la mayoría resentidos por el asesinato de sus jefes y el incumplimiento de las promesas del gobierno y los llevó para el corazón de las selvas del Vichada con la idea de montar un frente guerrillero que unido a las demás fuerzas insurgentes pudieran golpear al ejército de la burguesía. Esta iniciativa fracasó estruendosamente por la inexperiencia

y por querer educar y politizar a exguerrilleros descompuestos ya convertidos en delincuentes. Bayer murió en el destierro en París y al igual que sus compañeros, sumidos en el olvido para que ojalá nadie se entere de sus deseos de liberar a la patria de tanta porquería.

En septiembre de 1963, el 29 pleno del P.C. expulsa de su seno a Pedro Vásquez Rendón, este junto con Pedro León Arboleda y Francisco Garnica sobre la estructura ya existente del P.C. M.L. habían fundado el Ejército Popular de Liberación (EPL). Pues la moda era que a la usanza china una organización que se planteara la toma del poder debía contar con el Partido, el ejército y el Frente, como una suma de fuerzas amigas. Una célula del EPL como ejército guerrillero se fue a combatir a las riberas del río San Jorge, Llanos del Tigre, en Córdoba, una región donde no había población, era una zona apartada y tan aislada que no llegaban periódicos, ni radio y menos la televisión. El Partido y el Ejército a finales de 1964 recibieron el aval del Partido Comunista Chino, pero a sus famosas zonas liberadas solo llegaban después de largos días de camino, las obras de Mao Tse Tung y la revista *Pekín Informa*.

Hoy me pongo a pensar... cómo se iban a una zona que para algunos era un reino, pero un reino donde no había seres humanos, ni animales domésticos, ni gente para organizar, donde no se oían sino las voces de la selva, donde no se podía protestar contra el gobierno y donde ni siquiera se olía la mierda y el sexo, era una actividad solitaria practicada a escondidas entre los matorrales. ¿Qué diablos buscaban en estos reinos vacíos? Pero para la ortodoxia del Partido estas eran y lo decían orgullosos, las primeras zonas liberadas, cabezas de puente desde las cuales se preparaba la ofensiva para la toma del poder.

En 1966 introducimos en el Partido Comunista Marxista Leninista P.C. M.L. la teoría de que como en Colombia existía una sociedad semifeudal y semicolonial, la presencia de una burguesía nacional era evidente y por tanto de unas personalidades democráticas que siendo burguesas tenían puntos comunes con nosotros; por hablar en ese idioma fuimos declarados enemigos de clase, expulsados del Partido junto con Fred Kain, Sandro Jaramillo y otros, y amenazados de ser llevados a un juicio revolucionario por traicionar los ideales del Partido y del ejército, juicio que casi siempre terminaba con la muerte del acusado porque por encima de todo estaba el orgullo del comandante y la supuesta disciplina revolucionaria de la organización.

Llegué de nuevo a la Universidad y me dediqué a estudiar con mucho entusiasmo la problemática agraria de nuestra patria y descubrí que el verdadero enemigo del progreso de nuestros pueblos eran los terratenientes, quienes desde la época colonial a través de la encomienda se dedicaron a acaparar tierra y acumular, cuestión que se completó en la época de la independencia donde los generales y sus familias se hicieron

primero a la tierra dejada por los españoles y luego a la tierra de la iglesia expresada en los bienes de manos muertas que les quitó Mosquera a los curas. Ese nuevo grupo de latifundistas acapararon en un alto porcentaje la propiedad de la tierra, manteniéndola ociosa e improductiva y con un sistema de explotación basado en la servidumbre; y unos campesinos carentes de derechos políticos, económicos y culturales. Acudí a especialistas en ese tema como el maestro Hermes Tovar y al francés Pierre Gilodhes, quienes me asesoraron a fondo. Como este era un tema afín a mi formación como economista, me embebí tanto en esa tarea que por poco no me doy cuenta de que, para las elecciones presidenciales, uno de los candidatos formulaba en sus tesis de campaña dos enunciados que hasta ahora eran inéditos en la política colombiana: La lucha contra el caciquismo y el clientelismo y el problema de la tenencia de la tierra.

Como ambos temas eran afines con mis investigaciones. Poco a poco me fui acercando a los ideólogos de la campaña presidencial de Carlos Lleras Restrepo y sin saber a qué hora me encontré vinculado a su equipo como asesor de Reforma Agraria. En 1966, consolidada la victoria, nos dedicamos a recorrer el país para trabajar en la organización de los campesinos pues comprendíamos que si ese sector no se organizaba era muy difícil hablar de reformas a la tenencia de la tierra. Eso pensábamos nosotros, porque la intención de Lleras R. era contener las influencias de la Revolución Cubana y de la Revolución China en el hemisferio occidental y en Colombia, por eso, siguiendo las políticas de Washington quería un modelo impulsado por la CEPAL y la Alianza para el Progreso, donde el campo fortaleciera su capacidad productiva y se apoyara la organización de los campesinos para modernizar el Estado.

En ese trabajo de organización me movía como pez en el agua y además mis teorías sobre la existencia de una burguesía nacional iban encontrando asidero en la realidad política y social, claro está que como ya no estaba entre gente de izquierda sino en medio de ejecutivos y líderes liberales progresistas, me tocaba esconderlas para esperar el momento de blandirlas. Tres años de intenso trabajo organizando y capacitando a los líderes campesinos para que pudieran participar en el primer congreso de la naciente Asociación Nacional de Usuarios Campesinos de Colombia (ANUC). El congreso se inauguró en julio de 1970 y en uno de los trabajos con las comisiones me correspondió trabajar con la delegación de Boyacá. Ahí conozco a un joven de rasgos chinoscos, con una buena formación política y un discurso muy claro sobre la problemática campesina.

El destino acababa de presentarme a Juan de Dios Torres Ruiz, de Nuevo Colón, Boyacá. Y yo como era de Turmequé, hasta el paisanaje nos unió. Ese día almorzamos en la misma mesa y convinimos una cita días más tarde para planificar el trabajo en las entrañas de lo que más tarde sería la organización campesina más fuerte que haya existido en la historia de Colombia y una de las más importantes de América Latina.

Durante el primero y segundo congreso (Bogotá, junio de 1970, Sincelejo 1972), se logró consolidar una tendencia moderada que impidió que organizaciones y sectores de los mamertos, los socialistas, los comunistas del PC ML y de los troskistas se apropiaran de la organización. Entonces en junio de 1971 se realizó el Encuentro Nacional Campesino en Villa del Rosario de Cúcuta, donde la junta nacional aprobó la plataforma ideológica y por consenso se acordó la lucha contra los terratenientes ganaderos por ser el elemento más retardatario y feudal, y el que siempre se opondría a las reivindicaciones de los campesinos.

Dicha plataforma ideológica según Richard May (2010) es hoy ejemplo de coherencia política y de claridad ideológica para interpretar la coyuntura histórica que se vivió. Contemplaba aspectos como: independencia de la ANUC frente al gobierno y los partidos tradicionales, expropiación sin indemnización, derecho de los campesinos a organizarse, Reforma Agraria integral y democrática, límite racional a la propiedad, apoyo al proceso de cooperativización de los campesinos, dotación de servicios básicos al campo, nacionalización del crédito y seguro de cosecha, nacionalización de la importación y producción de la maquinaria y los insumos agrícolas, no a la importación de excedentes agrícolas norteamericanos (hoy TLC), elevación del salario mínimo en el campo y jornada laboral de ocho horas, integrar a los indígenas como personas con plenos derechos a los servicios del Estado. Además, asegurar los derechos de la juventud campesina, respeto a la ocupación de latifundios baldíos por parte de los campesinos, servicios básicos a las familias en las zonas de colonización, liquidación de todo tipo de servidumbre en el campo: arriendo, aparcería, porambería, medianería, etc.

Entonces los periódicos y emisoras de la burguesía elevaron la voz para denunciar una conjura del comunismo internacional porque estábamos atacando la sacrosanta propiedad privada, utilizando a un grupo de extremistas y subversivos que no hacían otra cosa que violar las leyes y la Constitución, cantinela que repiten cada vez que sus privilegios se ponen en peligro.

Esta plataforma fue ampliamente difundida y defendida inclusive por sectores de la burguesía que veían en ella la posibilidad de modernizar el campo, democratizar la propiedad y asegurar la vocación agraria de los campesinos colombianos, ya que era una herencia del espíritu progresista de Alfonso López Pumarejo expresado en la Ley 200 de 1936.

En agosto de 1973 se realizó una Junta Nacional en Florencia, Caquetá, donde la influencia de los terratenientes (los Lara Borrero, los Turbay Cote, etc.) era tal que militarizaron la ciudad y con helicópteros artillados, tropa y vehículos de combate se acorraló a los más de quinientos participantes, de no ser por las órdenes de la Presidencia y el Ministerio de Agricultura esos sujetos hubieran dado la orden de disparar sobre los campesinos.

Llegó un momento que los presos recluidos en el batallón superaban a los manifestantes de la plaza. Allí comenzó a brillar por sus dotes de liderazgo, su iniciativa y su don de gentes un joven prospecto, que aún se mantiene vigente al frente de la ANUC, se trata de Octavio de Jesús Ordóñez, un líder que ha permanecido defendiendo siempre con actitudes consecuentes en favor del campesinado.

Me olvidaba decir que ya en el año de 1972 la conciencia de los campesinos especialmente en la Costa Atlántica estaba madura para dar golpes más certeros a los terratenientes. Desde el Ministerio de Agricultura se tenía una lista de los principales terrenos baldíos que habían sido robados por los terratenientes en todo el país y nos preparamos para hacer la más grande ofensiva de la toma de predios. Las consignas se expresaban cantando *A desalambarrar*, *La Mula Revolucionaria* y *El Turbión*, y otros entonaban la consigna central *La Tierra es para el que la trabaja*.

Ubicados los predios y afinada la maquinaria organizativa de la ANUC, se dio la orden para que el 21 de febrero a las doce de la noche se produjera la más grande ofensiva de recuperación de tierras para los campesinos. Se dice que en esa sola jornada los campesinos colombianos invadieron 1.250 haciendas y latifundios improductivos, lo que representó más de dos millones de hectáreas que pasaron al poder del campesinado. Al tercer día los titulares de los principales diarios del país no hablaban de otra cosa que no fuera de ese ataque a la propiedad privada y al tesoro más grande que tenían los depredadores de la tierra en todo el país, principales responsables del atraso del campo. Y aunque en muchos municipios se logró que el alcalde controlara la situación y no reprimiera a los campesinos, no fue así en otros, donde el ejército y la policía se fueron de frente contra los invasores de tierra.

Las cárceles se abrieron de par en par, los terratenientes movían sus influencias para castigar a los infractores y la ANUC se convirtió en una organización admirada y respetada por intelectuales de izquierda, por los obreros, los estudiantes y los campesinos de otras organizaciones en Colombia y en mundo entero. Al canto de *La lora proletaria*; de Jorge Velosa y hasta *La Internacional*, los campesinos invadían las haciendas, construían sus cambuches, esperaban el golpe de la fuerza pública, iban a la cárcel y al salir, otra vez se metían a los predios.

Especial protagonismo en este periodo histórico lograron las mujeres, pues además de cuidar del hogar y los hijos, se convirtieron en soporte de los invasores, en logística y en ayuda jurídica pues ellas a instancias de la ANUC se iban a donde los abogados y con una sola súplica la defensa estaba garantizada. Y cuando les tocaba enfrentar a la policía no les daba temor porque con ellas la fuerza pública no actuaba tan duro.

La situación era tan favorable a nuestra causa, que en todo el país los maestros en las escuelas organizaban a los estudiantes y a los padres de familia para hacer colectas de dinero, recoger alimentos y realizar actividades culturales para resaltar la valentía de quienes por primera vez en cientos de años se atrevían a tocar lo que antes era un privilegio de las familias más ricas de Colombia.

El Comité ejecutivo de la ANUC a través de *Carta Campesina* y los del PC-ML. en su periódico *Revolución*, editorializaban diciendo que el tema de la tierra se había convertido en el principal obstáculo para el desarrollo del campo, que mientras el gobierno y los terratenientes no resolvieran este problema, la lucha de clases y la toma de tierras continuaría sin cesar y que la guerra como un fantasma seguirá paseándose por campos y veredas. Estas acciones se centraron en zonas de alta concentración de la propiedad de la tierra como Sucre, Córdoba y Bolívar. La lucha continuó por varios años hasta que el INCORA, concretó las empresas comunitarias, legalizó la mayoría de los predios y con el respaldo de las organizaciones locales y regionales mucha tierra volvió a ser productiva y los campesinos organizados adquirieron la importancia y el peso político que nunca antes habían tenido.

Antes del Segundo Congreso Campesino apareció una alianza entre la gente del PC.ML. y la fundación la Rosca que dirigía Orlando Fals Borda y que se proponía capacitar a los campesinos para la creación de entidades económicas, asociativas, comunitarias y autogestionarias, bajo el enfoque metodológico de la Investigación Acción y Participación (IAP), pero las posiciones hegemónicas y sectarias del Partido dieron al traste con los proyectos, pues ellos no admitían que se pudieran recibir fondos del exterior para impulsar estas propuestas. Otra idea que desbarató esta alianza fue la del sociólogo de crear un partido campesino que liderara las luchas agrarias, propuesta que la mayoría de sectores rechazó.



## Alfonso y Juan de Dios

Alfonso Cuéllar

---

Y así estábamos ya de la mano, trabajando conjuntamente con mi amigo Juan de Dios, él desde la Secretaría Ejecutiva de la organización y yo en mi calidad de asesor político y económico del Comité Ejecutivo. Con él y el resto del Comité –compuesto por Froilán Rivera Mesa, Costa Atlántica; Noel Montenegro, Zona Cafetera; José Reyes Prado, Nariño y Costa Pacífica; Octavio de Jesús Ordóñez, Caquetá; Jaime Vásquez, Cundinamarca; Rodrigo Zapata y José Martínez Guchuvo (Meta y Casanare; Óscar Sánchez, Tolima y Hernán Monsalve, Valle del Cauca–, recorrimos el país realizando capacitaciones a los cuadros de base y preparando nuevas tomas de tierra pues los campesinos le habían perdido el miedo a los terratenientes y a sus esbirros. Junto con un grupo de apoyo estudiantil universitario dirigimos tomas de tierra en Santander, Boyacá, Cundinamarca, Huila, Antioquia y otras regiones del país, pero cada día que pasaba la respuesta de la fuerza pública era más violenta, cegando la vida a decenas de líderes campesinos por osar desafiar el poder de los latifundistas.

A estas alturas después de la campaña de organización campesina ya teníamos carnetizados aproximadamente a 368.490 campesinos y constituidas 469 asociaciones municipales. A ese selecto grupo de ejecutivos los sometimos durante un año a un curso acelerado de liderazgo, de conducción de masas y de estrategias de autodefensa, dictados por nosotros y a veces por intelectuales de países amigos interesados en cualificar al más alto nivel a nuestros dirigentes.

En medio de las contradicciones cada vez más agudas con el gobierno y los grupos de izquierda radical, con Juan de Dios y todo el comité ejecutivo nos echamos al hombro la quijotesca tarea de organizar el Segundo Congreso de la ANUC y escogimos como sede a Sincelejo, por ser esta ciudad el centro de los conflictos por la tierra y donde más y mejores

comités existían. Este Congreso se realizó en julio de 1972. Días antes, en medio de la represión más feroz, la ANUC rompió relaciones con el gobierno de turno por no impulsar con fuerza la reforma agraria y por mantener un disimulado contubernio con los terratenientes. Así, libres ya de esas ataduras, nos preparamos para vérnoslas con los grupos de izquierda que reclamaban asiento en la dirección de la Asociación y personería jurídica para imponer sus criterios.

En ese Congreso se nombró un nuevo comité ejecutivo conformado por:

Froilán Rivera Mesa y Cornelio Rangel, zona norte  
Antonio Poveda y Luis Aurelio Erazo, zona sur  
Jaime Vásquez y José Raimundo Cruz, zona oriente  
Noel Montenegro y Arturo Icaza Correa, zona occidental  
Juan de Dios Torres fue el Secretario Ejecutivo, y  
Francisco Barrios y José Reyes Prado, fueron los fiscales.

Así nació la ANUC, Línea Sincelejo, para diferenciarla de la organización aupada por el gobierno y que realizó su Congreso en Armenia (Quindío), por lo cual se le conoce como la ANUC Línea Armenia, pero la diferencia no era solamente de nombre porque la segunda acataba las directrices del gobierno y su accionar no era tan beligerante como la nuestra, por eso se convirtió en una organización de bolsillo de los gobiernos de turno y se prestó para avalar las políticas agrarias del régimen a cambio de migajas del presupuesto.

Esta situación creó, según Álvaro Villarraga y Nelson Plazas, las condiciones para el retiro de cerca de miles de campesinos de la antigua ANUC, pero esta quedó con más de trescientos mil afiliados frente a unos diez mil de la línea oficialista.

La mayoría de los líderes y cuadros de la ANUC, Línea Sincelejo asumieron con elevado compromiso y conciencia de clase su papel de orientadores de las masas campesinas durante las décadas de los setenta y ochenta. Se les veía en las invasiones de tierra y en las marchas en las grandes ciudades, agitando consignas contra el Instituto Lingüístico de Verano, por la Tierra, la Democracia y la Liberación Nacional y contra el Imperialismo y sus lacayos. También nos solidarizamos con la gente que sufría las persecuciones del régimen y realizábamos actos culturales con la consigna de: *El Arte al servicio del pueblo*.

Muchos de nosotros abandonamos las comodidades de la vida en las ciudades y rompimos los lazos familiares para desplazarnos a las zonas de conflicto a trabajar hombro a hombro con los campesinos, quienes pertenecían a partidos como el PC-ML, El bloque socialista o la Unión Revolucionaria Socialista los cuales dieron muestra de compromiso al

convertirse en auténticos líderes campesinos e incluso en agricultores, sobreviviendo a las difíciles condiciones del campo.

Nuestro trabajo en la dirección de la ANUC significaba dedicación de tiempo completo, después del rompimiento con el gobierno fue necesario enviar delegados a Europa a buscar recursos, por tanto, yo estaba de gira permanente asistiendo a la formación de los cuadros en todos los departamentos, Juan como responsable de las relaciones internacionales hacía dos o tres giras por año para buscar recursos, con las ONG de Europa, las iglesias protestantes y católicas de Italia, Francia, Suecia, Suiza, Dinamarca, Bélgica y otros países donde siempre encontraba el apoyo solidario y la simpatía por nuestras luchas. El dinero no faltaba y el flujo constante de simpatizantes que querían ver en persona cómo los campesinos colombianos se enfrentaban a una clase terrateniente que a nivel mundial tenía fama de ser de las más salvajes y feudales.

Mis pocos conocimientos del inglés y mi formación académica me permitían brindar apoyo constante tanto en la elaboración de los proyectos como en las entrevistas con personajes de las embajadas y organizaciones civiles dispuestas a colaborar, siempre y cuando se demostrara que sus recursos no se iban a dilapidar. Este tipo de organización nos permitió sobrevivir frente a nuestros enemigos de clase y a las demás organizaciones de izquierda en acecho constante para sacar su tajada en protagonismo frente a las masas campesinas.

A comienzos de 1974 se dio una gran movilización en Popayán donde indígenas, campesinos, maestros y estudiantes salieron a marchar con ocasión de la reunión de la X Junta Nacional, para solidarizarse con las luchas de los hombres y las mujeres del campo. En esta Junta se creó la Secretaría de Asuntos Indígenas, en cabeza de Trino Morales, natural de Silvia (Cauca).

En agosto de 1974 se realizó en Bogotá el III Congreso de la ANUC y ya la pelea no era entre el gobierno y la organización, sino que hubo un enfrentamiento cada vez más radical entre las distintas facciones que anidaban en el movimiento campesino, especialmente nutrido por la división entre chinos y rusos en el plano internacional. El evento se efectuó en El Salitre, pero en la Universidad Nacional y en las sedes de varios sindicatos se hospedaron más de diez mil delegados de Colombia y de unos veinte países que se reunieron para definir la línea política y el plan de acción, recibir los informes del comité ejecutivo y elegir sus sucesores. El nuevo comité ejecutivo quedó conformado así: Noel Montenegro y César Castro, Jesús María Pérez y Richard May, Carlos Alméciga y José Raimundo Cruz, Víctor Pastrana y José Reyes Prado, como fiscales nacionales fueron elegidos Jaime Vásquez y Froilán Rivera Mesa.

Los asistentes también pudieron presenciar cómo la izquierda, haciendo gala de un canibalismo sin precedentes, se agarraba de los jirones en lo que poco a poco se iba convirtiendo la organización más grande y beligerante de los campesinos colombianos, pues todos la querían usar con una visión instrumentalista y como correa de transmisión para imponer a las bases su proyecto político. Dicen los testigos que quienes más sabotearon este congreso fueron los afiliados y simpatizantes de FENSA.

La intolerancia y los hechos violentos obligaron a organizar la guardia campesina, departamento por departamento y a golpes se logró poner en cintura a los revoltosos. La gigantesca manifestación en la Plaza de Bolívar congregó a unas 60.000 personas y obligó al presidente López Michelsen a recibir al nuevo Comité Ejecutivo.

Alfonso y yo, de la mano de todos los miembros del Ejecutivo, soportamos la tempestad y logramos que el Congreso avalara nuestra línea política y reeligiera el Ejecutivo casi en su mayoría, pues a diferencia de las otras organizaciones nosotros teníamos trabajo sectorizado en todo el país y la correlación de fuerzas entre los asistentes al Congreso nos favorecía.

El Congreso se salvó porque, a pesar del sectarismo rampante y de las manifestaciones anarco sindicalistas de quienes seguían con la pretensión de crear un partido agrario, excluyendo a las demás agrupaciones políticas, se aprobó una plataforma de lucha que, aunque pegada con babas respondía a una confluencia de fuerzas que mayoritariamente la aprobó. La izquierda en esos momentos carecía de la vocación unitaria tan necesaria para enfrentar a los enemigos principales, todos buscaban la hegemonía ejercida a través de la representación en el Ejecutivo o también en el reconocimiento de sus activistas políticos. Pero, para Richard May lo bueno de este congreso fue demostrar la beligerancia y el grado de politización al que había llegado el movimiento y que se sepultaron los deseos del gobierno de controlar la ANUC.

De acuerdo con Villarraga, este evento marcó el culmen del movimiento campesino y a partir de entonces el declive fue evidente. Por un lado, la política del INCORA de repartir tierras en posesión y fortalecer las empresas comunitarias y por otro, los debates sectarios entre quienes aspiraban a dirigir la ANUC y quienes la dirigían; y lo más grave, al interior del Comité Ejecutivo, muchos de sus miembros ya no asumían con igual entereza y honradez su trabajo de dirección.

En respuesta a las tomas de tierras, el gobierno de turno –apelando al estado de sitio– le dio un tratamiento como si de la seguridad nacional se tratara y se vino con toda su capacidad represiva dejando cientos de muertos y miles de detenidos en todo el país, con el ascenso al poder de Alfonso López M. los recuerdos de las políticas progresistas del MRL se fueron al traste y la respuesta al movimiento campesino fue el Pacto

de Chicoral (1975), y en unión con los terratenientes y la ultraderecha destruyó cualquier posibilidad de reforma agraria. Ese cambio brusco en el pensamiento político de López se debió, entre otras cosas, a las presiones de su familia, porque eran grandes poseedores de tierras en Magdalena, Casanare y otras regiones del país; muchas de cuyas propiedades fueron invadidas por los desheredados de Colombia. Lleras Restrepo, la burguesía nacional, la ANUC y los sectores democráticos y revolucionarios fuimos aplastados sin piedad.

La idea del gobierno era acabar con cualquier asomo de reforma, crear estímulos al sector agroexportador, paralizar los proyectos del INCORA en relación con el reparto de la tierra y montar un bloque parlamentario para dictar las leyes que fuera menester. En el parlamento la cuestión era más grave, porque los únicos representantes de la izquierda eran los parlamentarios del Partido Comunista Colombiano que jamás vieron con buenos ojos el surgimiento de una organización tan fuerte como la ANUC y a quien no le perdonaron que se erigiera como alternativa a su mamertismo y a que acuñara el término *social imperialismo soviético* para denunciar el carácter expansionista de los sucesores de Stalin, a propósito de la invasión a Checoeslovaquia por el ejército ruso, el 23 de agosto de 1968.

Alfonso y yo, siempre hemos creído que en estos aciagos momentos nos quedamos cortos. Nos faltó visión para rodear a Lleras Restrepo y al sector de la burguesía, partidario de la reforma agraria; tal vez porque nos dejamos contagiar del purismo izquierdoso que veía mal cualquier acuerdo con estos sectores progresistas. Lo ideal hubiera sido lanzar una ofensiva de movilizaciones y tomas de tierra en todo el país, aprovechar todas las simpatías del extranjero para cuajar una coalición que derrotara o al menos hiciera retroceder las ambiciones hegemónicas de la derecha; pero no fue así; y, en medio de las contradicciones internas cada vez más duras, quedamos como en una especie de hibernación, mientras los terratenientes pasaban por encima de nuestro proyecto agrario.

Aunque se hicieron tomas del INCORA en varias regiones del país, marchas callejeras y algunas tomas aisladas de tierra, los alientos no nos alcanzaron para cumplir el papel histórico que la coyuntura exigía.

En 1975, en San Pedro Sucre, se realizó el encuentro regional del Caribe para evaluar la situación y estudiar la Ley de aparcería recientemente expedida por el gobierno de López Michelsen, pero las contradicciones estuvieron a punto de salirse de madre y otra vez le tocó actuar a la guardia campesina e imponer orden y respeto. Meses más tarde nos volvimos a reunir en Tolú para revisar el mandato campesino, que con leves modificaciones fue confirmado, cuestión que sucedió otra vez cuarenta años después en Ramiriquí (Boyacá), de la mano del dirigente Jesús Pulido Vargas.

Después del Acuerdo de Chicoral apareció un grupo autodenominado: la mano negra, compuesto por alcaldes, gobernadores, políticos y terratenientes con el fin de amedrentar o aniquilar a los dirigentes de la ANUC. Fueron los padres de las tenebrosas Águilas Negras que desde la década del ochenta aterrorizan y asesinan a los líderes sociales, luchadores por la tierra y los derechos humanos y ahora hermanos putativos de los paramilitares que, así como defienden a los narcos, también protegen a los terratenientes.

Desde mediados de la década del setenta en la ANUC línea Sincelejo se evidenció una gran debilidad, una desarticulación cada vez más notoria con el sentir de las bases del movimiento campesino, esto se agravó con la aparición de pequeños grupos, todos queriendo pelear en el seno de la organización. Hicieron su aparición los sectores 21 de Febrero, afines al P.C. M.L., el sector consecuente y clasista de la ANUC, los independientes del ELN y el Movimiento Nacional Democrático y Popular MNDP. Pero mientras estos grupos se peleaban, el aparato organizativo seguía en manos del comité ejecutivo y los pequeños grupos quedaron reducidos a los activistas de las organizaciones políticas.

A estas alturas del paseo, con la plata recogida en el exterior habíamos comprado la casa campesina de la calle 39 y otra a espaldas de la Plaza de Toros donde funcionaba FIDEC, una fundación encargada de la investigación social, económica y política que estaba dirigida por Fabián Peláez y cuya secretaria era Olga Cecilia Pinilla, esposa de Juan de Dios, una mujer de extraordinarias condiciones intelectuales y entregada a nuestra causa. Se invirtió en la compra de carros para el ejecutivo, molinos de arroz, tostadoras de café, ganadería y cultivos de varias clases, experiencias económicas que resultaron en verdaderos desastres, lo que a la postre fue la causa del rompimiento del Ejecutivo y que muchos de nosotros nos metiéramos en líos con la justicia, pero además de eso, la legión de asesores crecía con Miguel Gamboa, Emperatriz Santander, un profesor de la Nacional de apellido Franco y otros intelectuales, muchos de los cuales no hicieron otra cosa que echarle leña al fuego de la división.

Juan de Dios era el responsable del manejo de la plata, pero como las donaciones internacionales se recibían por actos de buena fe, no se entregaban recibos ni se llevaba contabilidad, solo hasta comienzos de 1977 se empezaron a llevar libros y a sentar los ingresos y los egresos, tarea que desarrollaba con mucho esmero el compañero Luis Martínez, hermano de la actriz Lucy Martínez, ambos simpatizantes de la organización, quienes al igual que otras personalidades democráticas se acercaban a nosotros porque nos veían como la única esperanza de redención de los campesinos colombianos.

Para colaborar con el manejo de la Tesorería, el comité ejecutivo dispuso tomar los servicios del profesor Heladio Moreno, a la sazón directivo del

Sindicato de Maestros del Distrito; quien durante dos años religiosamente, acompañó a Juan al Banco de Colombia a recibir los giros en dólares y convertirlos en pesos que enviaban a todo el país para el mantenimiento y el transporte de los activistas y para cubrir los eventos que regularmente se organizaban en las regiones. A veces, él viajaba en persona y entregaba los recursos siempre bajo la autorización del Ejecutivo.

El profe llevaba un cuaderno donde anotaba todo. Años más tarde –en lo fino del problema con la justicia– ese cuaderno nos sirvió como tabla de salvación pues se pudo demostrar la manera como se manejaban los recursos. Allí estaban los recibos y los giros que se hacían a los líderes de la Costa Atlántica como Julio Castillo, San Pedro, Sucre; Héctor Conde, Palmito, Sucre; Abraham Laguna, Achí, Bolívar; Armando Arias, Magangué, Bolívar; Arcenes Torres, Palmito, Sucre; Abelardo Collazos, Alfonso Bolaños y Jeremías Mendoza, Florencia, Caquetá; a Pedro Torres, Carlos y Urbano Almeciga de La Calera y los hermanos Chacón en Fúquene, Cundinamarca; a Gonzalo Wolmeyer, a Eleonora Castaño y a Hernán Monsalve en el Valle; a Silvio Tapasco en Risaralda; a Daniel Ochoa en Caldas; a Florentino Montero, Luis Manuel López, Ricardo Franco, Enrique Acosta en otras regiones del país. A Hernán Quiñónez en Puerto Boyacá; a Margarita Moreno en Antioquia; a Lelio Manosalva en Santander; a Alberto Segundo Prado en Nariño; a Luis Aníbal González, Emilio Cadena y Sigifredo Coronado en Boyacá; y, a otros dirigentes que cubrían la parte gremial y política de la organización.

Ese cuaderno nos permite hoy rastrear el listado de activistas que principalmente en la Costa Atlántica recibían subvenciones de la ANUC con la plata que Juan recogía producto de la solidaridad internacional. Por ello podemos recordar a líderes como Oswaldo Amarís, Carmelo Mejía, Segundo de la Rosa, José del Carmen Martínez, Enrique Galván, Wadel Pérez, Enrique Pineda, Manuel Hernández, Enrique Acosta y Jairo de la Haya, muchos de los cuales fueron los organizadores de la noche más gloriosa de la ANUC el 21 de febrero de 1972. En esta lista faltan algunos activistas del grupo de Froilán Rivera Mesa, que por cuestiones de descuido se traspapelaron.

Juan y yo recordamos al profe porque era un buen líder sindical en la Asociación Distrital de Educadores ADE, entregado y comprometido y en los trabajos encomendados por la ANUC, fiel a más no poder. Él era clave en medio de charlas, seminarios, encuentros y confrontaciones directas, en huelgas y tomas de tierras a donde nos acompañó a lugares como Cimitarra, Santander; Tabio, Cundinamarca; Campoalegre, Huila; etc. Nos asombraba su frescura a la hora de andar con gruesas sumas de dinero por Bogotá. En una maleta amarilla y muy pequeña cargaba su memorando y la plata de la organización, nunca usaba taxi y siempre se transportaba en bus. Gracias a su buena suerte nunca sufrió un percance qué lamentar, aunque su esposa Otilia y sus hijos Vladimir y Maribel no se cansaban de prevenirlo. Siempre rendía cuentas de cada operación y como el reparto del dinero era rápido y

eficiente, no recibíamos quejas de las regiones. Un ejemplo de honestidad fue el profesor Heladio.

Otra cuestión digna de mencionar es que a pesar de la crisis que ya rondaba al interior de la organización, el trabajo con las masas no decaía. Se fundó la Asociación Nacional de Pescadores Artesanales (ANPAC) y al frente se colocó a Hernán Quiñónez, un hombre con experiencia de masas quien en la zona del Magdalena Medio dio muestras de lo que es sintonizarse con las necesidades de la gente, se alió con las autoridades y con el Obispo de la Dorada y pusieron en marcha un programa que beneficiaba a las familias de este sector desde La Dorada hasta Puerto Berrío. Varias veces fuimos a La Unión, su sitio de residencia, a dictar capacitaciones a la comunidad. En ese sitio las FARC lo apresaron, lo juzgaron como enemigo de su causa y lo condenaron a muerte, pero en la noche el hombre se subió al techo de la casa y se fugó. Suerte diferente corrió el compañero Jeremías Mendoza en el Caquetá, donde las FARC lo ajusticiaron por negarse a prestar a sus hijos para esa guerrilla.

También fundamos la Asociación Nacional de Aparceros y Jornaleros que nombró a Julio Castillo de San Pedro (Sucre) como director, sindicalizaron a cientos de campesinos que trabajaban en las haciendas y se empeñaron en una lucha por hacer que los patronos les reconocieran las garantías laborales que otorgaba la legislación. Silvio Tapasco, encargado de la organización de los indígenas, recorrió la zona de los Emberá, los Catíos y los Chamí, en la zona limítrofe entre Risaralda y Antioquia, redactaron sucesivas peticiones a la división de asuntos indígenas del Ministerio de Gobierno y poco a poco se fue posicionando como un dirigente representativo de esa población en franca disputa con la Organización Nacional Indígena de Colombia (ONIC) y otras organizaciones similares, presas en un mar de intolerancia y sectarismo.

Como Secretaria de la Mujer operaba Eleonora Castaña, ella era de baja estatura, muy vivaz y de una inteligencia sobresaliente y al lado de Margarita Moreno y de intelectuales como Emperatriz Santander, Olga Cecilia Pinilla y otras mujeres estudiantes, profesoras y amas de casa, organizaron un frente de trabajo que era el orgullo de todos nosotros. También apoyamos la creación de una asociación que aglutinaba a los fiqueros (Asofique) dirigida por Henao y Felipe Ortiz con otros muchachos del viejo Caldas, Antioquia, Cauca y Nariño.

El frente del magisterio lo lideraban en Bogotá: Rodolfo Avellaneda, Urbano Alméciga y el profe Heladio. Ellos lograron posicionar una tendencia al interior del mismo, que les permitió durante varios años ocupar cargos directivos tanto en la ADE como en la Cooperativa Codema; en el Caquetá estaban en la USURCO, Clarita y su esposo Manuel Molina; y en el Sindicato de Maestros: Leónidas Rico y Alfonso Bolaños. Y así en el Meta, Boyacá, Santander y otras regiones demostrábamos que nuestra línea política tenía



asidero en las masas y eso explicaba el proceso de expansión, a pesar de la crisis estábamos experimentando.

Todo esto se hacía gracias a la solidaridad internacional, porque en el país muy pocos se atrevían a donar un peso a la causa de los campesinos, pero como ya se dijo atrás eso no era gratuito, porque ambos, Juan y yo, nos dedicamos a fortalecer la amistad con los países y las organizaciones amigas; inclusive desde mucho antes de existir la ANUC, en 1965 viajé a China. Yo siempre le he tenido desconfianza a los países por su fama de vivos, de que se pueden burlar de cualquiera con el cuento de que el fin justifica los medios; y así fue como en la entrevista con las autoridades chinas, a Pedro le dieron un paquete grueso y salió por la puerta trasera y se perdió, los chinos dijeron que le habían dado una buena cantidad como ayuda, pero a Colombia llegó con el cuento de que solo habían sido una chichigua.

Esa vez me demoré como un mes y pude visitar la región de Yanan donde Mao había establecido su cuartel general y desde donde lanzó su ofensiva contra el enemigo. Allí pude presenciar los resultados de unas políticas discutibles. Al triunfar la Revolución, Mao ordenó repartir las tierras y así, a los pauperizados campesinos les entregaron las tierras que antes eran de los terratenientes, algunas de las cuales cultivaban parcialmente, dejaron de pagar rentas, pero ahora, con tierra pero sin herramientas, semillas e insumos, la pobreza era general. Después vino la orden de colectivizar, dentro del llamado el Gran Salto Adelante, basado en las comunas populares que aplicaban el modelo soviético. Cabe recordar que en los 60's se había producido la ruptura entre Pekín y Moscú, entonces la cosa fue peor, porque los campesinos –desconfiados por naturaleza– se negaron a compartir y trabajar con el vecino y a integrarse al proceso con el fatídico resultado de más sesenta millones de muertos, hasta que apareció la figura de Deng Ziao Ping y superando las contradicciones internas de su partido los convenció de que había que aplicar una política de reajuste, consolidación, completamiento y elevación de la calidad en la economía nacional. La tierra fue devuelta a los campesinos y se inició el reforzamiento del frente agrícola, se aceleró el desarrollo de la industria ligera y se mejoró la calidad de los productos.

Así China inició el despegue que en la actualidad la tiene como centro de la economía mundial. Claro que en 1957 la crisis había tocado fondo y en 1965, año de mi visita, ya la producción industrial y agrícola había aumentado en un 59%, igualmente, se habían logrado excelentes resultados en el campo educativo y científico. Además, no hay que olvidar que en 1964 China ya había explotado su primera bomba atómica y más tarde pondría en órbita su primer satélite.

En 1972 de gira por Europa visitamos a Gabriel García Márquez en París, en la entrevista inicial dialogamos sobre la posibilidad de que la revista

*Alternativa* fuera dirigida por la Asociación Campesina. Gabo le dio muchas vueltas a esa propuesta que, aunque estaba avalada por Enrique Santos Calderón, uno de los socios mayoritarios de la revista, para nuestro escritor la cosa no era del todo clara. Yo me retiré por motivos de agenda. Recuerdo que charlaron como diez horas y finalmente Juan se fue con una carta para el presidente de Noruega, Olaf Palme, que estaba interesado en ayudar nuestra causa, cuestión que nunca pudo concretarse. Más tarde, en 1974 otra vez juntos visitamos al Papa Pablo VI y le entregamos una colección de *Carta Campesina*, logrando con ello que en su oración dominical desde el balcón del Vaticano dirigiera una plegaria para recomendar al gobierno colombiano justicia con los campesinos. Allí conocimos a varios líderes de América Latina, militantes de la Social Democracia Cristiana, entre ellos nos saludamos con Ignacio Lula D' Silva, dirigente de los trabajadores brasileños, quien nos invitó a visitar su patria con ocasión de un próximo congreso obrero.

Al año siguiente fallecería Mao, el gran timonel, y en octubre de ese año nombrarían a Hua Kuo Feng como presidente del Comité Central y de la Comisión militar quien con la consigna: "Que se abran cien flores y prosperen mil escuelas", se propuso convertir a China en un poderoso país socialista, con agricultura, industria, defensa nacional y tecnología modernas.

Como se puede ver, en esos años de gloria, las actividades de nosotros como representantes de la organización en el extranjero eran múltiples, teníamos que cubrir el frente político para buscar ayudas y apoyos desde el poder, y en el frente económico la solidaridad que nos permitiera sobrevivir como personas y como organización.

## CAPÍTULO IV

---

# Cuarto congreso y las agonías de la ANUC

Alfonso Cuéllar

---

De regreso al país encontramos a la organización, aunque con problemas, más viva que nunca, entonces convocamos una junta nacional en Barrancabermeja, que sesionó a finales de 1976 y como decisión central se convocó al IV Congreso Nacional en Tomala (Sucre), para que sesionara a partir del 21 de febrero de 1977. Sobre decir que a estas alturas el gobierno, los terratenientes y sus esbirros estaban haciendo los mejores esfuerzos para destruirnos y había que darles una sorpresa para que aplazaran sus oscuras intenciones.

Juan de Dios nos explicaba que la región del sur de Bolívar vecina de la Mojana sucreña, era una región estratégica para la ANUC, porque en sus alrededores se había librado una dura lucha por la tierra y aun para esa fecha era un enclave con mucha gente organizada que había logrado mantener a raya a los terratenientes y a la fuerza pública. La zona escogida presentaba múltiples problemas, en primer lugar, sus condiciones geográficas cenagosas y con mucho bosque tropical. En segundo lugar, el aislamiento y la lejanía de centros urbanos importantes, con decir que el viaje en chalupa desde Magangué al sitio de desembarque en el río Cauca era como de unas 10 horas y, además, se debía emprender una caminata por la sabana de unas ocho horas para buenos caminantes, sin encontrar casas, haciendas o tiendas a la vera del camino para refrescar el gaznate, pero en honor a la verdad, eso se hizo para curarnos en salud de los saboteadores que en los tres congresos anteriores nos habían puesto en jaque y también para dar una lección a tanto intelectualoide de izquierda al que se les aguaba la boca defendiendo la lucha agraria sin conocer las duras condiciones en que a los campesinos les tocaba vivir.

Para algunos críticos esto era hacer alarde de un campesinismo desbordado, a la usanza de la teoría de los pies descalzos impulsada por el Partido Comunista Chino para educar a los intelectuales burgueses.

Bajo el mando del comité ejecutivo, directivos y activistas de Bolívar, Sucre y Cesar se pusieron al mando de la construcción de la infraestructura para las sesiones del Congreso; una universidad nos colaboró con un equipo de arquitectos para el montaje del diseño de las habitaciones y servicios básicos para unas cuatro mil personas, cifra aproximada de quiénes las ocuparían. Un equipo financiero se encargó de la planificación de costos y Juan viajó de nuevo a Europa para conseguir dinero para realizar tan monumental movilización y estadía de ocho días en tan apartada región, estrategia jamás ensayada por organización alguna.

Los demás ejecutivos, activistas y simpatizantes se dedicaron en pleno a reunir a las masas para discutir los documentos que el comité ejecutivo había preparado para la ocasión. Aunque para todos, la línea política de tipo general era aceptada, lo difícil era ponernos de acuerdo en el análisis de la coyuntura, tanto externa como interna en la que se movía la organización; sin embargo, los secretarios de cada zona recogían las sugerencias y estas se iban integrando a los informes que cada directiva debía entregar dos meses antes del Congreso para pulir las declaraciones finales y ajustar los informes.

La regional de Boyacá, de donde procede quien ahora escribe estas líneas, se puso en marcha cuatro días antes. Además de los líderes y activistas campesinos nos acompañaba mi hermana Emérita, presidenta del Sindicato de Trabajadores del Hospital Baudilio Acero, varios directivos de Sindimaestros-Boyacá y de los Sindicatos de Sofasa Duitama y Sintra Paz del Río, delegados de las provincias de Lengupá, Centro, Márquez y otras, todos en total sumábamos cuarenta delegados. Pero antes de llegar a Bucaramanga el bus se descompuso y a Emilio Cadena, el jefe de la delegación, le tocó hacer malabares para reiniciar el viaje. Pasamos por Barranquilla en pleno Carnaval y algunos de nosotros a pesar de la fatiga nos bajamos a saborear la rumba y el sabor de Curramba. A "**Cambios de valores en América y Colombia (1993-2021). Nacionalismos, racismo, hispanofobia y permisividad sexual**"

Cartagena llegamos con suficiente tiempo y, sin disimular la alegría, pues algunos era la primera vez que veían el mar, se lanzaron a sus refrescantes aguas.

Pero semejante alegría estuvo a punto de salirnos cara porque Daniel Moreno, un líder de Boyacá, anciano y en condición de discapacidad, se metió con todo y muletas y una ola atrevida se le vino encima y se las arrancó, tirándolo de bruces a merced de la corriente, unos rescatistas lo

salvaron y de inmediato se dio la orden de partida para Magangué, ciudad a la que arribamos con las primeras luces del alba.

El espectáculo que se fue formando paulatinamente, se salía de todo cálculo, pues a mediodía con un calor de 35°, había cerca de treinta mil personas en la plaza gritando las consignas centrales del evento:

Tierra, democracia, liberación nacional...  
Por una reforma agraria integral...Adelante  
Viva la Alianza Obrero Campesina y Popular...  
Abajo el imperialismo norteamericano...  
Abajo el social imperialismo soviético...  
La Tierra es del que la trabaja o la quiera trabajar...

Para quienes, como yo, ya casi éramos agitadores profesionales, corear esas consignas a plena garganta no era problema pues en los cientos de paros del magisterio ya nos habían salido callos en las cuerdas vocales, pero ver a esos campesinos que a los pocos minutos estaban casi sin voz era para pensarlo, ni siquiera la limonada fría y el raspado ponían remedio a esa afonía tan aterradora, sin embargo, todos aguantamos hasta las cuatro de la tarde, hora en que dieron la orden de dirigirnos a los muelles en el río Magdalena para embarcarnos hacia Tomala.

En el embarcadero estaban cuatro barcasas de las que usan para transportar ganado por el Magdalena. Eran enormes planchones con divisiones hechas en tubo y ganchos en el techo donde fácilmente se podían colgar las hamacas, pero como a nosotros no nos dijeron nada de eso, solamente llevábamos una sábana para cubrirnos de los fríos de la noche. Acomodaron unas mil personas por cada una y al subir nos entregaron un tamal de arroz como merienda, unos viendo el pobre aspecto de la comida lo tiraron al río, pero otros más previsivos lo guardamos en la misma mochila donde teníamos el agua, la panela, el pan y los bocadillos que por precaución habíamos comprado. Y con la brisa de la tarde más caliente que olla hirviendo, comenzó el lento desplazamiento por el río. Unos pocos logramos treparnos al techo del barco donde desenrollamos el tamal y lo engullimos. Caía la tarde y en dos planchones que venían paralelos y muy cerca se desplegó una pancarta que decía: GLORIA ETERNA AL CAMARADA MAO. No sobra recordar que este había muerto el año anterior.

Y entonces, como por arte de magia, desde las cuatro embarcaciones tronó con una fuerza inaudita ¡*La Internacional...*! los brazos en alto, con todo el volumen de la garganta, el río se estremecía y los peces asombrados salían a mirar quiénes eran los cantores de los pobres del mundo. Fue un contundente mensaje en homenaje a uno de los caudillos más grandes del proletariado universal. Luego la oscuridad se desgajó sobre esa mole de acero, las nubes tornasoladas despedían al día y nosotros en amenas charlas nos fuimos acomodando para pasar la noche navegando por el

mismo río que siglos atrás trajo a los invasores causantes de todas las desgracias de nuestros pueblos aborígenes.

Cuando la brisa fría del río comenzó a hacer estragos, me dirigí a la sala de máquinas donde aún quedaban espacios libres y allí me enrosqué en un campito que había. Instantes después un bulto humano que estaba junto a mí se destapó y se volteó para saludarme...creí que se me había aparecido una princesa árabe, pero no. Era Rosario, una líder campesina de Santander, directiva de un sindicato agrícola de la industria del tabaco quien también iba al Congreso.

La presentación no fue necesaria porque el encanto comenzó a rodear el ambiente de los sabores propios de un banquete, banquete de palabras, banquete de ideas, de reconocimiento y de respeto por esa bella mujer de ojos negros y aliento de rosas, que me entretuvo hasta bien llegada la madrugada con sus análisis y apreciaciones sobre la política, sobre el movimiento campesino, sobre teatro y poesía, en fin, si la noche hubiera tenido más bolsillos, más palabras hubiéramos depositado en ella. Al fin, tomé una de sus manos, le agradecí por esa noche tan maravillosa y el sueño me venció acariciado por las melodiosas notas salidas de su garganta y de las coquetas aguas del río.

Al despuntar el alba, el río Grande de la Magdalena o Yuma nos había empujado a la corriente del río Cauca y nos acercaba al desembarcadero: un barranco situado al nivel de las aguas; los prácticos pusieron un planchón y bajamos a tierra. Comenzaba así una de las odiseas más terribles para los asistentes al Congreso... una caminata de unas doce horas bajo el calcinante sol que castigaba a esa interminable llanura, a los intelectuales y sindicalistas de ciudad con sus zapatos marca Corona que a las dos horas de trayecto sus huellas ensangrentadas se asomaban pudibundas. La sed aumentaba a medida que el reloj se descolgaba hacia el mediodía y las reservas de agua se agotaban rápidamente. Hacia las dos de la tarde la delegación de Boyacá que comandaba la marcha divisó un enorme palo de mango, cargado con pepas amarillas y rojas, apenas para calmar la resequedad rayana en la deshidratación.

Sigifredo y los trepadores escalamos ese árbol y comenzamos a tirar frutas a los de abajo, cuando de pronto tocamos un panal de avispas y a correr. La paliza que nos dieron en la cabeza, en los ojos y en las manos quedó manchada de rojo durante varios días, pero así, bien apertrechados continuamos la marcha, combinando los mangos jugosos, con la panela, los bocadillos, el pan y el agua. Quienes sí la pasaron muy mal fueron los filipichines de ciudad que ni siquiera cachucha o sombrero tenían para protegerse de esa candelada que castigaba sus cabezas y sin una sola gota de agua o ración que compensara los chorros de sudor que brotaban sin piedad.

Nosotros fuimos los primeros en llegar al sitio de concentración. Eran las cinco y treinta de la tarde y el espectáculo que presenciábamos nos dejó estupefactos: una construcción en guadua de unos doscientos metros de largo por cincuenta de ancho y algo así como ocho metros de alto, amarrada con bejuco de montaña y muy bien distribuidas, pequeñas celdas donde dormiríamos de ahí en adelante, sin juncos, sin colchones y poniéndonle la espalda a la esterilla de guadas bien sentada. A esa impresionante construcción y a su capacidad de carga, por su innovación, resistencia y utilidad práctica a mediados de ese año la Universidad del Valle le concedió el premio nacional de Arquitectura.

Cada delegación tenía marcada la sección que le correspondía y a pesar del calor y los zancudos, se pasaban rápido las cuatro o cinco horas que nos daban para dormir. La cocina quedaba al lado y estaba provista de enormes fogones alimentados con leña donde se colocaban marmitas y gigantescas ollas para cocinar el arroz, la yuca, los plátanos y la carne que era el almuerzo y también la comida pues se servía a las tres de la tarde. Pero ese día no nos dieron comida, solo unas totumadas de limonada para refrescar la reseca garganta y a dormir.

La luna salió bien temprano y eso nos permitió ver la llegada de los demás caminantes, exhaustos, unos al borde del desmayo y otros con los pies inflamados y tan desgarrados como si los caimanes del río los hubieran acariciado con sus afiladas dentaduras. A las doce de la noche un tractor con una carreta grande recogió a los más retrasados y a quienes físicamente el cansancio y la insolación no les permitía mover las extremidades. Una comisión de médicos y enfermeras examinaba a los enfermos, los llevaban a un cuarto vecino y allí permanecían en observación. Afortunadamente, las cosas no pasaron a mayores y al día siguiente todos se integraron a las deliberaciones.

Las duchas y los baños estaban ubicados debajo de unas chozas de madera y paja de donde brotaban refrescantes chorros de agua de las mangueras que venían de un río cercano, al lado estaban los pozos sépticos y en ellos, las improvisadas tazas de ladrillo listas para que la gente hiciera sus necesidades.

El sueño fue muy reparador y a las cinco de la mañana sonó una alarma, nos dispusimos para el baño y luego, a hacer cola para el desayuno; a cada quien le habían dado dos totumas, una pequeña y otra grande; la primera para el café y la otra para la sopa de arroz con menudo que servía para arrancar el día y que llevábamos a la boca con una cuchara de totumo.

El desayuno terminó de servirse hacia las diez de la mañana y luego pasamos a la gigantesca caseta donde sesionaría el Congreso. Estaba dotada de unas doscientas sillas largas para quince personas cada una, hechas en madera y atorzadas con bejuco, donde los delegados se sentaron, pero

por ahí a la hora ya esas maderas le estaban cobrando arriendo a los traseros de los hombres y mujeres sobre todo de la ciudad, acostumbrados a sus mullidas sillas de descanso.

En la tribuna de honor se sentaron los miembros del Comité Ejecutivo, los delegados internacionales y los presidentes de las juntas departamentales. Sonó el Himno Nacional y luego La Internacional...

Arriba los pobres del mundo, de pie los esclavos sin pan  
y gritemos todos unidos... ¡viva La Internacional!  
Removemos las trabas que impiden nuestro bien  
Cambiemos el mundo de base hundiendo al imperio burgués...  
El día que el triunfo alcancemos ni esclavos ni dueños habrá.  
Los odios que al mundo envenenan, al punto se extinguirán.  
No más salvadores supremos, ni Cesar ni burgués ni Dios,  
que nosotros mismos haremos nuestra propia redención...  
El hombre del hombre es hermano, derechos iguales tendrá,  
La tierra será el paraíso bello de la humanidad.  
Agrupémonos todos, en la lucha final  
y se alcen los pueblos con valor por La Internacional.

Himno de los pobres del mundo y del proletariado cuyo ejemplo redentor aspirábamos seguir en esa hermosa mañana, a una temperatura ambiente de cuarenta grados haciendo vibrar el pecho y levantando nuestros brazos para sumarnos solidariamente a los campesinos de Colombia.

– ¿Pero ustedes saben la historia de ese canto de los proletarios del planeta? Preguntó Alfonso y sin esperar respuesta arrancó: Fue escrito en 1871 por Eugene Pottier, un insurrecto consecuente que participó en la Revolución Francesa en 1848 y elegido por unanimidad para formar parte del Consejo de la Comuna de París. Era un poema que formaba parte de *Los Cantos Revolucionarios*, obra del mismo autor, quien según Lenin murió en la miseria, pero dejó un monumento imperecedero como propaganda del socialismo mundial. En 1888 Pierre Degeyter lo musicalizó y se convirtió en el Himno de La Internacional Socialista y a partir del 8 de diciembre de 1896 fue adaptado como himno oficial de los sindicalistas y revolucionarios del mundo.

Pero la versión que se cantó hoy no es la original, pues esta decía más o menos:

Arriba parias de la tierra, en pie famélica legión.  
Atruenen la razón en marcha, es el fin de la opresión.  
Del pasado hay que hacer añicos, legión esclava en pie a vencer.  
El mundo va a cambiar de base, los nada de hoy todo han de ser.



Agrupémonos todos en la lucha final... el género humano es La Internacional.

Ni en dioses, reyes, ni tribunos, está el supremo salvador

Nosotros mismos realicemos el esfuerzo redentor.

No más deberes sin derechos, ningún derecho sin deber.

Entre 1918 y 1945 fue el himno oficial de la Unión Soviética y su letra ha ido cambiando de país en país, la versión nuestra es herencia de los republicanos de la Guerra Civil española, cuyo texto aún hoy es cantado por los militantes del PSOE que lo hacen de pie y en posición erguida, con el brazo derecho levantado y el puño cerrado junto a la cabeza y a la altura de la sien, como un homenaje en memoria de los miles de obreros, campesinos y luchadores del mundo vilmente asesinados por la feroz reacción burguesa.

Después de cantar *La Internacional* se puso a consideración el orden del día y al ser aprobado, hacia las tres de la tarde se anunció la hora del almuerzo, se repartía por delegaciones y en cada totuma iban: el arroz, la carne guisada, el plátano y la yuca, acompañados de una taza de café. Terminado el almuerzo cada uno lavó su loza y se dio comienzo a los saludos de las delegaciones, de los invitados internacionales y de los convidados especiales. A eso de las nueve de la noche pasaron a la parte cultural, por allí desfilaron declamadores, poetas y cantantes de izquierda y cerró la noche Máximo Jiménez, con sus éxitos de canciones protesta: *Dame tu lanza lancero*, *El burro leñero*, *El indio sinuano*, *Campesino organizado* y otros que hacían la delicia de los asistentes. Años después los terratenientes costeños le cobrarían este gesto solidario al lograr su condena de más de diez años, por rebelión, en una cárcel de Cartagena.

A medianoche, con el cansancio dibujado en los rostros, a punto de caernos de fatiga, nos trasladamos a nuestros camarotes y ahí quedamos postrados en la placidez del sueño, arrullados por los grillos y las chicharras, enamoradas cantantes de la noche.

Durante tres días esa fue la rutina, pero a medida que se acercaban las decisiones cruciales, la cuestión subía de tono: se dio el informe financiero y de las regiones, el informe del ejecutivo y se pasó, ya al cuarto día, a la lectura y discusión de la plataforma de lucha, cuestión que todos tenían ganas de torcer para su lado, allí estaban los socialistas de la URSS, los troskistas, los elenos, los del PC.ML., que eran los más numerosos y belicosos y, por supuesto, el sector del comité ejecutivo que lo tenía todo fríamente calculado y cuando la cosa se salía de madre, se llamaba a la guardia campesina y las cosas volvían a la normalidad.

El sábado la sesión inició muy temprano, después del desayuno vino el punto de las declaraciones, constancias y proposiciones y luego hacia las tres de la tarde, después del almuerzo, la elección del comité ejecutivo. Para

nadie era un secreto que entre los grupos políticos participantes era casi imposible que se cocinara una alianza contra la línea oficial de la ANUC, esto hizo que la reelección del Ejecutivo se hiciera por aplastante mayoría, pero, la presentación de las planchas, la sustentación de sus tesis políticas, la elección y el informe del comité electoral tardó varias horas. Eran casi las diez de la noche y en medio de una gritería ensordecedora se dio el nombre de los ganadores, vino la posesión del nuevo comité ejecutivo y la orden de marcha.

En mi larga experiencia sindical, cooperativa y campesina fue el único Congreso al que he asistido donde todos los que llegaron, se quedaron y salieron a esas horas de la noche a coger camino por esa emponzoñada sabana donde el tallo de la paja brotaba de nuevo, destrozaba zapatos y tenis de mala calidad y a quienes como yo que nos tocó caminar con la pata al suelo sufriendo todas sus nefastas consecuencias.

Esto también fue lo que le pasó a mi hermana, a quien hacia las dos de la madrugada se le rompieron los zapatos y acudió a mi generosidad para que le diera mi calzado y no se hiciera daño en las plantas de los pies. Pero quien realmente llevó del bulto fui yo, porque el remiendo que le hice a las sandalias que me regaló un amigo no resistió ni dos horas y los cordones se rompieron, las suelas abrieron sus mandíbulas y en el momento menos pensado quedé descalzo a expensas de esas mortíferas puntas de paja y pasto elefante que crecían en la llanura y penetraban en mi piel como agujas carnívoras.

Pero eso no era todo, pues sin zapatos, perdí la movilidad y al poner el pie en el suelo sentía que unas afiladas garras penetraban mis pies; además de eso, me rezagué del grupo y el sueño se encargó de lo demás. Los ojos se cerraban, pesaban como puertas de hierro y era imposible mantenerme de pie, caí al piso cualquier cantidad de veces, pero por instinto sabía que no podía dejarme vencer del cansancio, sino que tenía que caminar, caminar y así fuera en cuatro patas llegar al embarcadero antes de las siete de la mañana, pues a esa hora zarparían los planchones para el puerto de Magangué y si me quedaba de ellos la infernal llanura se encargaría de mí.

De esa fatídica noche, además de las cicatrices en mis pies me quedó un recuerdo imborrable de lo que significa la fuerza de voluntad tan necesaria para superar los obstáculos, que “hay que vencer incluso cuando las fuerzas lo abandonan, pues la tenacidad hace que el cuerpo se reponga y obedezca el reto de continuar. El cuerpo llega hasta donde la mente alcance”. Hermosa moraleja.

Antes de las siete de la mañana y al borde de la inanición y la deshidratación mis oídos creyeron oír unas bocinas que a lo lejos bramaban. Claro, eran los barcos anunciando que pronto zarparían y entonces la desesperación pudo más que la fatiga y en veloz carrera cubrí los últimos

metros, antes de llegar a la playa, donde caí desmayado. Era el mediodía cuando desperté en la proa de la embarcación, mi hermana tenía mi cabeza recostada en su regazo y el tal Emilio Cadena sostenía mis pies entre una palangana de agua fría con sal y por las comisuras de los labios caían gotas de manjares dulces, señas que me estaban alimentando con frutas.

Me tendieron en una hamaca y dormí todo el día, pero la fiebre me atacó y con ella las alucinaciones, gritaba consignas a la revolución: la tierra es para el que la trabaja; tierra, democracia, liberación nacional, y con ininteligibles palabras hablaba de Marx, Engels, Lenin y Mao, y en medio de groserías que harían enrojecer a un mecánico, mandaba, a comer mierda a la burguesía y a todos los lacayos del imperialismo y del Social Imperialismo Soviético.

A Magangué llegamos como a las siete de la noche, el bus nos recogió y emprendimos el regreso a Boyacá, a donde llegamos 24 horas después. Nadie reclamó comida ni bebida, pues todos dormimos profundamente, después de haber salido vivos de ese infierno al que nos sometieron quienes a punta de sufrimiento querían quitar nuestros comportamientos pequeño-burgueses, ah...y a fe que lo lograron, porque después de esa terrorífica experiencia la vida ya no volvió a ser la misma.

Volví a mi trabajo en la Escuela Los Alpes S.O. pero... sorpresa, me tenían una citación a la oficina de personal de la Secretaría de Educación para responder por la inasistencia a laborar durante una semana. ¡Qué problema! Pedí ayuda al comité ejecutivo recién elegido y me enviaron a Girardot, al hospital regional donde finalmente pude conseguir una incapacidad laboral que presenté ante mis patronos. La cosa se facilitó porque a la sazón yo era vicepresidente de la Asociación Distrital de Educadores y estaba en vigor un convenio para que se concedieran comisiones sindicales a quienes salíamos a representar a la organización. Sobra decir que otro compañero que tuvo idéntico problema fue Urbano Alméciga, también de la Junta Directiva y asistente al Congreso Campesino.

En una de esas noches de charlas y tertulias en la Mojana sucreña, debajo de una palmera y saboreando un aguardiente, Juan se refirió a uno de los sucesos previos al Congreso que más huella dejó en su existencia. Sucedió como dos meses antes. En uno de los desplazamientos previos llegó a Tomala a reunirse con el comité organizador y la comunidad, con el fin de repasar los pormenores de las tareas que el Ejecutivo había trazado y con gran extrañeza notó que por ahí no había nadie, dio vueltas y vueltas y ni un alma, entonces apareció un niño montado en un burro a la usanza costeña y le preguntó que dónde estaba la gente, el chico le respondió que se habían reunido de emergencia en la casa de la hacienda de un terrateniente vecino de apellido Martínez, de inmediato Juan se acordó de la clase de ser humano que era ese hombre.

Caminó unas dos horas por la sabana hasta llegar a la hacienda y efectivamente, más de cien personas estaban allí en medio de una gran agitación... tenían amarrado al terrateniente y a su esposa de un poste y todo el mundo le gritaba improperios y palabras de grueso calibre. Le informaron que días antes había sucedido un altercado entre algunos jornaleros y el hacendado pues este los recriminó por pasar por un lado de su casa rumbo a los terrenos donde estaban cosechando arroz, los obreros alegaban que no los podía obligar a dar una vuelta de casi dos horas por un camino escogido por él, mientras que el usado por los peones era más corto y menos accidentado, pero el tal Martínez haciendo gala de su altanería los amenazó diciendo que si alguien llegaba a pasar por sus predios lo mataría.

La gente creyó que la maldad del hombre no llegaría a tanto, pero se equivocaron porque días después un despistado obrero se aventuró por el camino prohibido y además recogió varias espigas de arroz que la combinada había dejado por el suelo y se los llevó en su mochila, cuestión también prohibida. Pues bien, los perros de la hacienda pillaron al intruso y dos fornidos guardianes lo sujetaron, lo ataron y lo llevaron ante el patrón, al saber que caminaba muy cerca de su casa y que llevaba arroz entre la mochila, lleno de furia ordenó que, como en la época de la esclavitud, lo azotaran y luego así, ensangrentado lo llevaran a un monte cercano y lo amarraran a un palo de vara santa para que esas feroces hormigas dieran buena cuenta de él. Dos días después, el cuerpo despedazado del hombre fue descubierto por azar y los trabajadores indignados lo soltaron y lo llevaron a la hacienda, donde obligaron al rico a hacer una fosa para enterrarlo, luego agarraron al hombre y a su esposa y procedieron a hacerle un juicio revolucionario para castigar su felonía.

Durante el juicio los trabajadores relataron todas las porquerías que les hacía, desde robarles el salario, dar órdenes para zurrar a quien se atreviera a contradecirle, hasta quitarles sus mujeres y convertirlas en esclavas sexuales en su mansión, o raptar jovencitas para llevarlas a Cartagena y prostituirlas, en fin, todo un prontuario criminal que durante muchos años realizó y por lo cual nunca pagó porque era amigo político de las familias en el poder y esto lo ponía a salvo de la justicia. Cada uno hacía sus denuncias, un tribunal tomaba atenta nota y finalmente se pusieron de acuerdo en condenarlo a muerte, expropiar sus haciendas y desterrar a su familia.

Y cuando estaban a punto de ejecutarlo, llegó Juan de Dios y como máxima autoridad de los campesinos ordenó que se repitiera el juicio. La primera observación que hizo fue darle al terrateniente el derecho a la defensa. Cuando intervino, lo hizo en un mar de lágrimas donde invocaba a Dios, pedía perdón, reconocía que se había extralimitado, suplicaba que no lo mataran y que le permitieran irse para otro país así se quedaran con la hacienda. Los más osados insistían en que había que aplicarle la justicia

revolucionaria, no perdonarlo y que como enemigo de clase se merecía el ojo por ojo, diente por diente.

Esta fórmula contaba con el beneplácito de la mayoría de los asistentes, pero ya al final Juan tomó la palabra y se despachó con un discurso de casi dos horas donde les aclaró que la moral de los campesinos organizados debía ser diferente a la de los explotadores y asesinos del pueblo, que los principios éticos de los líderes del pueblo no debían ser los mismo de sus enemigos y se debería hacer uso del respeto a la vida así el que estuviera en el banquillo de los acusados fuera el peor criminal. Les hizo ver que si lo ajusticiaban estarían poniéndole en bandeja de plata la oportunidad para que sus socios terratenientes se fueran con todo contra la organización que tanto trabajo les había costado construir y finalmente les recordó que existían otros mecanismos para que este criminal, pagara sus fechorías.

Y para redondear les dio varias alternativas con miras a darle una lección, preservar la organización y aplicar otro tipo de justicia revolucionaria, nada parecida a la que practicaba la guerrilla izquierdista, la cual hacía gala de un menosprecio por la vida, incluso la de sus propios compañeros. Finalmente, influenciados por esta lección de ética y de moral acordaron perdonarle la vida, pero acompañado de varios líderes debía ir a la ciudad y elevar ante una Notaría la cesión del predio a la comunidad, comprometerse a no tomar retaliaciones, irse con su familia para donde le diera la gana y no denunciar ante las autoridades el compromiso que en forma escrita debería firmar. En medio de lágrimas intervino la esposa y se puso abiertamente del lado de los campesinos, avaló el acuerdo y propuso que ella y sus hijos se quedarían de rehenes mientras iban a la Notaría a realizar lo pactado.

Ocho días después, jornaleros y aparceros de la región cargaron el trasteo del terrateniente quien partió con rumbo desconocido. Más tarde se supo que uno de los pabellones donde durmieron los delegados se había bautizado con el nombre del labriego que se comieron las hormigas y que la mayor parte del arroz que se consumió en el Congreso fue de la cosecha recogida en la hacienda del terrateniente arrepentido. Sobra decir que esta anécdota era una de las favoritas con la que Juan se solazaba contando hasta qué punto una organización por medio de la educación puede dotarse de una conciencia de clase que le permita al individuo tomar decisiones sin caer en las mismas prácticas de sus enemigos.

La vida seguía su curso y Alfonso Cuéllar y Juan de Dios Torres continuaban desempeñando sus funciones en la colectividad, pero pronto deberían enfrentar otras contradicciones en el seno de la organización gremial y en la parte política. Veamos... En agosto de 1978, Miguel Gamboa, Secretario del Movimiento Nacional Democrático y Popular (M.N.D.P.), junto con el profesor Franco, Félix Pastrana y otros que no ocultaban sus simpatías por el M-19, fuerza rebelde en ascenso dirigida por antiguos

camaradas de Alfonso, pero hoy en orillas opuestas –Jaime Bateman, Álvaro Fayad e Iván Marino Ospina–, produjeron un documento que desafiaba el espíritu creador de la Democracia Popular, sus objetivos y sus políticas, en beneficio de una línea política afín a este grupo subversivo.

Entonces varios concejales y dirigentes del M.N.D.P. de la costa Atlántica y otras regiones del país desconocieron estas nuevas directrices y convocaron una reunión en Tuluá (Valle), del 11 al 17 de octubre del mismo año. Las contradicciones aumentaron precisamente por ser un año electoral donde se definirían alianzas con miras a sostener y avanzar en el número de curules que ya se tenían en concejos, asambleas y otras corporaciones públicas.

La reunión se efectuó y de allí salimos prácticamente rotos a nivel político. Las repercusiones se dieron inmediatamente en el Ejecutivo de la ANUC y un año más tarde para tratar de remediar los problemas realizaron una Junta Nacional en Anserma (Caldas) con la presencia del Dr. Carlos Villamil Chaux, delegado del expresidente Carlos Lleras Restrepo y otros líderes de la llamada burguesía nacional simpatizantes de una política agraria proclive a los intereses del campesinado colombiano.

La capacidad de movilización de la ANUC todavía era muy fuerte, más de 10.000 personas en su mayoría del Eje Cafetero se reunieron para escuchar las propuestas y alternativas de esos sectores sociales y políticos con el fin de contrarrestar a los firmantes del Pacto de Chicoral, empeñados no solo en destruir la organización sino en borrar de la legislación colombiana todo tipo de normas que hablaran de reforma agraria. Las conclusiones de esta Junta Nacional permitieron cohesionar una fuerza con el sector más moderado que hacía vida al interior del movimiento, pero las huellas de la división marcaban visiblemente tanto la capacidad de movilización y acción como el peso político hacia la opinión pública.

Esto se comprueba al leer el texto de una convocatoria hecha por el Ejecutivo para realizar la Décimoctava Junta Nacional, previa a la convocatoria del Quinto Congreso Nacional. En ella se lee textualmente:

Son diez años de lucha por los pobres del campo. En defensa de los intereses del pueblo y la nación colombiana, de permanente batalla contra los traidores, oportunistas y saboteadores del movimiento y de lucha contra las tendencias de derecha y de extrema izquierda. De otro lado se sabe que las contradicciones y problemas presentados en el seno de nuestra organización han venido perjudicando en gran parte el normal funcionamiento de la ANUC y sus mecanismos de trabajo.

Hoy son muchos los compañeros que están confundidos y sin ánimo de trabajar, y además, nuestros enemigos de todas las pelambres vienen impulsando una campaña infame de calumnias y desprestigio

a la Dirección Nacional, por eso se debe continuar con las tareas de reestructurar toda la organización partiendo de los comités veredales, asociaciones municipales y departamentales; este plan y demás tareas necesitan una permanente asesoría, orientación y coordinación, en la misma forma sobre las relaciones con otras organizaciones, agrupaciones y personas tanto en el país como en el exterior.

El 20 y 21 de febrero de 1980 se realizó en Tuluá el Sexto Congreso de la Asociación Departamental del Valle y el 5 y 6 de diciembre el mismo año sesionó en Bogotá una convención nacional de la fuerza política, Democracia Popular, donde ya la división comenzaba a cobrar sus réditos. Pero si por los lados de la línea Sincelejo las cosas eran así de trágicas, no iban mejor en los sectores de izquierda radical, en 1979 se creó el Consejo de Unidad Campesina para reorganizar la ANUC, tarea que terminó en 1981 con la convocatoria del Quinto Congreso que se debería realizar un año después y para completar el desbarajuste no se pudieron poner de acuerdo ni en lo programático ni en lo político y ese famoso congreso nunca se realizaría.

En 1982 se produjo el asesinato de Gloria Lara de Echeverri y ahí fue el puntillazo final, pues de hecho la organización perdió su ímpetu y los líderes sobrevivientes iniciaron un proceso de acercamiento con la línea oficialista de la ANUC y en 1984 se reunificaron en un congreso donde nombraron un comité ejecutivo formado por líderes de ambas tendencias: Heriberto Echeverri, Dagoberto Barros, Octavio de Jesús Ordóñez, José Reyes Prado, Ancízar Ruiz Ceballos, Lisímaco Valencia Vargas, Jorge E. Lenis L., Rodrigo Ruiz A. y José Silvio Tapasco. Desde ese entonces la ANUC sirve de órgano asesor del gobierno nacional en materia de reforma agraria, sin presencia significativa en el ámbito nacional. Sin embargo, en el periódico *Carta Campesina* de ese año, aún se mantenían en la línea de defensa de una política social agraria integral, para lo cual acudían a documentos del expresidente Carlos Lleras Restrepo como el aparecido en la revista *Nueva Frontera* a comienzos de 1984 y que resumimos para ilustración de los lectores:

Decía el expresidente que: muchos de los teóricos de ahora sueltan unas frases que parecen muy originales pero que se vienen repitiendo desde la época de López Pumarejo, por ejemplo, que el país lo que necesita no es que se llene de pequeñas parcelas, por la fragmentación de las grandes fincas, sino que se dé a los agricultores ayuda técnica, crédito, abonos y se fomente la llamada agroindustria. Hace rato habíamos dicho lo mismo, denunciado que muchos han mirado el problema de la tierra solo por el aspecto de la estructura de su propiedad y de los servicios complementarios que hay que suministrar, pero además de eso, otros hemos dicho que el bienestar social en las zonas rurales debiera tener un concepto más amplio, como intentar remover los obstáculos que han

impedido adelantar la reestructuración de las leyes sobre propiedad agraria con una mayor dinámica.

También hay que recordar que la reforma agraria fue uno de los puntos recomendados por la Alianza para el Progreso y más tarde por la FAO, eso junto a la discusión del problema social agrario abordado desde la época de Olaya Herrera y la Ley 200 de 1936 o Ley de Tierras de López Pumarejo, que presionaron transformaciones que beneficiaron directamente a los arrendatarios, que fijó normas para reglamentar los predios que eran baldíos y que estableció a favor de la nación la extinción de los derechos de dominio sobre los predios rurales en los que no se ejercía posesión económica, también se habló sobre el avalúo de las mejoras con un objetivo social y otro económico, cuestión que al no cumplirse cabalmente convirtió a muchos en hombres sin tierra que deambulaban por todo el país, vendiendo las mejoras al primero que aparecía. También se hablaba sobre que la propiedad cumpliera su función social, en este caso, producir; problemas que se encuentran enumerados en cualquier texto de historia de la propiedad agraria en Colombia.

Pero también he insistido en el efecto redistributivo del poder económico, político y social que debe caracterizar a una verdadera reforma agraria, llegando inclusive a reglamentar la expropiación para convertir a aparceros y arrendatarios en propietarios. Y la extinción de dominio en los casos en que los predios no tuvieran posesión económica. Todo esto se recogió en la Ley 135 de 1961, ponencia que rendí ante el Parlamento. Desgraciadamente allí un grupo de grandes propietarios introdujo cambios sustanciales que desfiguraron, a su favor, el espíritu de la Ley y que amarraron las manos de quienes queríamos por la vía parlamentaria resolver los más graves problemas de la estructura de la tierra.

Luego vendría un terrible contragolpe con la Ley de 1973 conocida como La de Chicoral, que introdujo al estatuto original reformas sustanciales en cuanto a los criterios de explotación adecuada y de rentabilidad, aspectos que sustraen propiedades a la reforma, a pesar de eso seguimos insistiendo en que se hable de la protección y el aumento de la producción nacional, la tecnificación de la agricultura y de los servicios sociales en el campo y sobre todo el impulso a la organización campesina, elemento clave para que una verdadera reforma sea una realidad. Igualmente seguiré insistiendo en temas fundamentales como la democratización de la propiedad, principio liberal por excelencia, apoyado por la Iglesia y por muchos conservadores, solo si se aplica este principio correctamente se llegará a una verdadera redistribución del poder económico, político y social.



Y en definitiva me reafirmo en el espíritu de la Ley 135 sobre reforma social agraria donde se reformó la estructura social que buscaba eliminar y prevenir la inequitativa concentración de la propiedad rústica o su fraccionamiento antieconómico, reconstruir adecuadas unidades de explotación en las zonas de minifundio y dotar de tierras a quienes no las poseen, aumentar el volumen global de la producción agrícola y ganadera en armonía con los otros sectores de la economía aplicando técnicas apropiadas, elevar el nivel de vida de la población campesina dándole mejores servicios de asistencia técnica, crédito, vivienda, organización del mercadeo, la salud y la seguridad social, almacenamiento y conservación de los productos y el fomento de la asociatividad.

De nada serviría lo anterior sino se habla sobre la conservación, defensa, mejoramiento y adecuada utilización de los recursos naturales y el medio ambiente y me reafirmo sobre la necesidad de organizar los servicios técnicos y sociales en el campo para darle salidas al problema del minifundio y mejorar las acciones tanto de irrigación como de desecación, a través de los distritos de riego”.

– “Ese hombre definitivamente era un visionario. Nunca vi tanta coherencia en un programa de reforma agraria, si se hubiera hecho la mitad de lo que proponía, otra sería la suerte del campo colombiano...”, comenta Alfonso con una cara de tristeza que no puede disimular.

– Claro, interrumpe Juan... “Pero desgraciadamente desde la década del ochenta, el paramilitarismo, el narcotráfico y los terratenientes unidos hicieron una reforma agraria al revés y hoy con más de cuatro millones de hectáreas hurtadas a la nación y a los campesinos, la situación no puede ser más desesperada.

Hay que aclarar que ambos líderes eran devotos seguidores de las ideas políticas de Carlos Lleras, por eso trataron de plasmarlas en los documentos que a diario se producían desde el Comité Ejecutivo. Pero ante el derrumbe de la organización, los problemas se agudizaron y a finales de los años noventa se produjeron demandas penales por extravío de fondos de la ANUC y otros conflictos... Juan de Dios fue a la cárcel, igual sucedió con Alfonso. Los dos lograron salir de sus líos jurídicos y hoy continúan pensando como líderes agrarios, aunque sus precariedades y condiciones de salud no les permiten trabajar con la fogosidad de sus días de gloria.

– Alguien me puede explicar: ¿Cómo manejaron el tema de la Unidad con otras organizaciones campesinas de Colombia y el exterior?, pregunta un campesino, por allá, desde la profundidad de sus inquietudes.

– Responde José Martínez, un hombre bajito de cuerpo, quien desde muy joven ha estado vinculado a la ANUC: “La unidad para nosotros forma parte de nuestra estrategia, pues sabemos que no estamos solos en este planeta y hay muchos intereses comunes que nos unen con nuestro hermanos de clase, por eso, en 1978 fuimos gestores con FANAL, la organización campesina controlada por la Iglesia católica colombiana, del Consejo Nacional Agrario (CONA) que finalmente no funcionó por la actitud de FENSA (Partido Comunista) de copar a las malas los puestos de dirección y la representación de los campesinos, más tarde pusimos en marcha la Coordinadora Nacional de Organizaciones Campesinas, que tampoco funcionó por cuestiones ajenas a nuestra voluntad, tenemos buenas relaciones con Fensuagro y otras organizaciones del sector agrario y junto con la FENOC del Ecuador, la Confederación Campesina del Perú (CCP), la Organización Campesina de Bolivia, la Confederación General del Trabajo de la República Dominicana, con todos ellos contribuimos a fortalecer la Coordinadora de América Latina y del Caribe.

La unidad es un proceso bien complicado y nadie puede afirmar que están dadas las condiciones para la unidad orgánica, pero sí para iniciar una política de frente común, aprovechando los puntos convergentes y las reivindicaciones que aspiramos a conseguir a través de la lucha mancomunada. Por eso, además hemos procurado establecer y mantener buenas relaciones con el movimiento sindical, cooperativo, estudiantil y del magisterio, con el sector del arte y demás expresiones organizativas del pueblo colombiano.

# La violencia religiosa y política en Turmequé

Alfonso Cuéllar

---

Después de este salpicón de recuerdos Juan trae a cuento los sucesos alrededor de la fundación del sindicato de trabajadores del Hospital Baudilio Acero, de Turmequé. Corría 1979 y el clima político en la zona era muy agitado. La ANUC tomaba mucha fuerza en los pueblos vecinos y la militancia estaba muy atenta a los movimientos preelectorales. Nuestros líderes hacían contactos con fuerzas de la izquierda para impulsar una coalición que llevara a sus candidatos a la presidencia y a las corporaciones pública. Con ese fin se creó el Frente por la Unidad del Pueblo (FUP) entre el MOIR, la ANUC y otras organizaciones, pero después de tres meses de campaña el fracaso fue total. Se eligió un parlamentario y unos pocos concejales.

En Turmequé cuadramos una plancha con jóvenes de familias conservadoras como Julio Castiblanco y Carlos Muñoz y después de una campaña casa por casa, nuestra fuerza era notoria, lo que causó el pánico de los gamonales Antonio Neira y Emma de Mendoza y del cura Rito Antonio Tapias, quien desde el púlpito no dejaba de señalarme como ateo y comunista y a mi familia que profesaba otro credo religioso, de brujos y hechiceros. Fue tan dura la ofensiva de este grupo que el miedo al comunismo y a los brujos hizo que solo ochenta valientes nos acompañaran, cifra que no nos alcanzó para llegar a la victoria. Por primera vez entendí la fuerza política que puede generar el miedo cuando es encauzado a favor de unos intereses. Cincuenta años después parece que las cosas no han cambiado.

Y paralelo con la agitación electoral los trabajadores del hospital, iniciaron el proceso de consolidación de un sindicato. Se trajeron varios conferencistas expertos en el tema como el doctor Rafael Rodríguez Cristo, presidente de ASDOAS y a expertos de la Asociación Distrital de Educadores,

entre los que se encontraba el suscrito. Emilio Cadena, activista de la ANUC, se sumó al grupo de asesores. Juan de Dios y el equipo jurídico de la ANUC nos acompañó en este proceso. Luego de varios cursos de capacitación se realizó la asamblea de constitución que eligió a mi hermana Emérita como su presidenta y a Miguel Pinzón, Dany Rivera, Jorge Monroy, Ítalo Ortiz y el doctor Ariel, entre otros, como miembros de la mesa directiva. También se acordó afiliarlo a una Federación de trabajadores de la salud dependiente de la UTRABO. Preferimos entendernos con los godos antes que afiliarse al sindicato a ANTHOC, que era la asociación gremial de los mamertos, nuestros adversarios ideológicos.

Entonces la mezcla explosiva entre política y religión comenzó a fermentar. En un pueblo acostumbrado a que nada sucediera, poseedor de una mentalidad mágica y feudal, con fuertes arraigos en el gamonalismo y la política tradicional y con la religión católica como base de sus creencias, ni el cura ni los líderes políticos iban a permitir que emergieran otras fuerzas y otros pensamientos.

La campaña de desprestigio fue despiadada y de la crítica se pasó a los hechos. Un lunes, día de mercado el padre Rito Antonio reunió en la casa cural a varios de sus feligreses y después de un discurso incendiario contra los brujos y los comunistas y de hacerlos ingerir sus buenas copas de aguardiente Onix Sello Negro, los envió a hacer un escarmiento a la casa donde se reunían los hermanos de Los Estudios Astrales ante Dios, una congregación con personería jurídica que se dedicaba a la sanación y a la oración, a partir de la intervención espiritual de grandes líderes de la humanidad como Gandhi, Juana de Arco, Simón Bolívar, George Washington, Jorge Eliécer Gaitán y hasta nuestro gran líder el Cacique de Turmequé Diego de Torres y Moyachoque.

La turba bajo la influencia de ese discurso y del alcohol llegó al sector de La Capilla, a una casa propiedad de don Simón Montañez, lugar donde se reunían los supuestos brujos. Rodearon la casa, le prendieron fuego y un borracho fuera de control disparó su revólver contra el único ser vivo que a esa hora se encontraba: una perrita parida que resultó muerta en esta gran cruzada evangelizadora.

Y el fanatismo se tomó el pueblo, al grito de: ¡Brujos, comunistas, ateos!, la gente atacaba a mi madre, a mi padre, a mi familia y a los adeptos de esas nuevas creencias, les tiraban tomates, papas pichas, botellas y llegaron hasta la agresión directa. Los ofendidos ponían las quejas ante las autoridades, pero estas se hacían las de la oreja mocha. Después de este acto vandálico nos hicieron saber que más tarde irían a... “¡Volver mierda nuestra casa, pues el pueblo no toleraba más a esta clase de demonios ateos!”.

Mi hermano Héctor que a la sazón contaba con veinte años se convirtió en el vengador de la familia. Cada ocho días viajaba de Bogotá a Turmequé a cobrar venganza a quienes atacaban a los nuestros, él era el mejor jugador de fútbol del pueblo: bajito, fornido y atlético, poseedor de una pegada formidable y amigo de unos policías que jugaban en el mismo equipo. Así durante un año las riñas eran cuestión de cada rato, pero a su haber tiene haberle dado en la jeta a quienes atacaron a mi madre y a mi padre, seguir jugando fútbol como el mejor y nunca haber dado con sus huesos en la cárcel por las palizas que le daba a sus enemigos. Andaba con un grupo compuesto por Gustavo Malagón, José Antonio Moreno, Rafael Velosa, los hermanos Ramos y una docena más de alcahuetes, miembros de su equipo que le cuidaban la espalda.

Un sábado, pensando en la venganza compró una pistola en el mercado negro y antes de viajar se puso a tomar con unos amigos en el barrio Siete de Agosto, en la agencia de los buses, con tan buena suerte que llegaron unos policías y al practicar una requisita rutinaria le decomisaron el arma y si no es por la intermediación de su patrón, un sargento de apellido Mosquera, aún estaría pagando condena por el porte ilegal de armas. Sin embargo, esa noche, en el club Los Univox, protagonizó una de las peleas más famosa al noquear a cuatro de los más duros peleadores y a uno de ellos, bizco de nacimiento, le metió una trompada detrás de una oreja y lo sacó a la mitad de la calle. La policía lo declaró muerto, pero minutos después resucitó. Mi hermano fue llevado preso y al poco rato gozaba de libertad provisional tomando cerveza en otro establecimiento.

Y la violencia física y moral continuaba. Pero en la vida hay ocasiones en que suceden coincidencias espantosas. Por esos días y siguiendo orientaciones de algunos miembros del comité ejecutivo de la ANUC, se produjeron muchas deserciones de los cuarteles a donde jóvenes activistas de esta organización iban a prestar su servicio militar obligatorio. Días o noches antes del juramento de bandera se alzaban con su fusil G-3 de dotación, ocho o diez cargadores y el uniforme. Una vez en la calle se disfrazaban de mendigos, envolvían sus pertenencias en un viejo costal y a pie se dirigían desde el cuartel a alguna casa de confianza.

Y como en las ruletas de la suerte, alguien tiene que ganar ...o perder. Y justo una noche en que el grupo que nos acompañaba en esta refriega contra el cura y los políticos del pueblo, nos encontrábamos reunidos en mi casa de Turmequé, hacia la una de la madrugada alguien tocó la puerta. Solo nos quedamos Emilio, Emérita y yo, fuimos a la puerta a ver de quién se trataba. Y allí estaba, parado frente a nosotros, un pordiosero pidiendo abrigo y comida, pero como no estábamos interesados en ayudar a nadie lo mandamos por donde había venido, pero él, más rápido que un suspiro, alargó el pie, bloqueó la puerta y con un salto largo penetró en la habitación, se quitó la capucha, se limpió el rostro y así lo pudimos identificar. Era uno

de nuestros muchachos, ahora desertor del ejército colombiano y huésped obligado de mi familia. Tras de cotudos con paperas, como decía mi abuelo.

Sin otra alternativa, después de dar de comer y beber al visitante, envolvimos todo lo que traía en bolsas plásticas y las enterramos en la huerta de la casa en medio de un cultivo de maíz, papa, pepinos, arvejas, hojas de col, cilantro, cebolla y arracacha con los que mi madre en medio de la pobreza daba de comer a seis de mis hermanos menores. El joven pernoctó en casa como tres días y se marchó para una región previamente convenida a trabajar de tiempo completo con la organización campesina. Pero el chicharrón que nos dejó fue de unas dimensiones impresionantes.

Como el rumor de un ataque a nuestra casa crecía, mi padre que trabajaba en Bogotá resolvió quedarse esa semana en Turmequé a preparar la defensa; convidó a unos amigos de Teguanique, nuestra vereda natal, que formaban parte del grupo de oración y les enseñó a fabricar bombas Molotov. Vale aclarar, que mi viejo había formado parte de los sindicatos de la construcción que en la década del cuarenta, cuando acompañaron a López Pumarejo y su Revolución en Marcha, y lograron sustanciales conquistas para el movimiento obrero, conquistas que en la primera década del siglo XXI fueron arrebatadas por Álvaro Uribe Vélez y su combo.

En medio de mi trabajo como profesor del Distrito Capital y mi papel de dirigente de la ADE y la ANUC las preocupaciones por la suerte de mi familia crecían, pero cuando vislumbré el tamaño de la tragedia que se avecinaba, viajé a Turmequé y encaré al cura. La charla se dio en un ambiente muy tenso y lo responsabilicé de las consecuencias de su fanatismo, lo amenacé con denunciar sus desafueros a los medios de comunicación y a las autoridades y le avisé que si iba a mi casa con ánimo de hacer daño, allí le tenían un recibimiento especial, pues esta vez no iban a encontrar perras parida para asesinarlas impunemente.

Y lo último no eran mentiras... el domingo previo al día del supuesto ataque, más de veinte personas incluidas unos Cardozo de Teguanique, don José Castellanos y su esposa, los directores del estudio y otros, estaban en mi casa armados de garrotes, machetes, escopetas de fisto, piedra por arrumes y una buena cantidad de botellas con gasolina. Hacia las tres de la tarde la cosa subió de tono cuando apareció el recluta desertor, que sin saber quién le avisó llegó para participar, para ello se fue a la huerta, desempacó el fusil y armado con él se sumó a quienes preparábamos la defensa. Toda la noche del domingo nos turnábamos en la vigilancia. El lunes intentamos que fuera un día normal, las mujeres salieron a mercar y hacia la tarde un soplón, amigo del cura y de nosotros, nos envió un papel donde nos comunicaba que el sacerdote había dado la orden de suspender el ataque. Nos tranquilizamos un poco y la mayoría se quedó esa noche con nosotros durmiendo como las liebres, con un ojo abierto. El martes a primera hora todos regresamos a nuestros trabajos.

Pero ahí no pararon las cosas, pues el cura y los gamonales iniciaron una campaña de desprestigio contra el sindicato y contra mi hermana, al punto de traer un director de Tunja con la orden expresa de buscarle el quiebre para hacerla renunciar o despedirla al costo que fuera. Recogieron firmas entre los pacientes y entre los trabajadores acusándola de todo, pero como ella era muy responsable en su trabajo y estaba protegida por un fuero sindical, las cosas se les iban enredando cada día más.

Hasta que llegó diciembre y en una asamblea los trabajadores tomaron la decisión de jugarles una mala pasada a sus detractores golpeándolos donde más les doliera. Resulta que todos los años hacia el mes de febrero o marzo, las monjas que dirigen el hospital compraban un cerdo para engordarlo y celebrar la navidad con el cura, los gamonales y la policía, pero a los trabajadores que con su esfuerzo todos los días le llevaban la lavaza y la comida, el día de la fiesta no les convidaban ni un chicharrón.

Por eso resolvieron echarle mano al marrano, derribarlo y hacer una fiesta colectiva con los presidentes de las juntas veredales, algunos líderes de la ANUC y los trabajadores y sus familias. La noche convenida se reunieron en mi casa como cien personas y en medio de chicha, música y voladores partió la comitiva hacia el hospital para sacarlo y conducirlo al altar de los sacrificios. Quienes iban a recuperar tan preciado tesoro para el pueblo eran un celador de apellido Amaya, mi papá Anastasio, mi hermano Emel y mi primo Fabio. A las doce de la noche por la puerta de atrás del hospital sacaron el animal y arriándolo lo condujeron rumbo a mi casa. Con tal mala suerte que, al llegar al parque, el desgraciado después de forcejear logró soltar el cabezal y emprender veloz carrera hacia el centro del pueblo.

Después de media hora de cacería lo recapturaron, le amarraron la jeta para que sus chillidos no alertaran a la policía y al fin lo pudieron llevar a su destino final. La comilona y la rumba duraron tres días y además de los nombrados participaron el director del hospital y varios funcionarios de la secretaría de salud, quienes no se cansaban de celebrar entre risas y carcajadas la hazaña que estaban protagonizando.

El cura y las monjas al descubrir el faltante del cerdo instauraron demanda contra quienes lo sustrajeron, pero como hasta el juez del pueblo y su secretario participaron del ágape no les hicieron mucho caso pues ellos después de saciar su estómago consideraron que los legítimos propietarios del animal eran los trabajadores que con su trabajo y esfuerzo durante un año lo habían criado y engordado y que no era justo que otros que no habían movido un dedo se beneficiaran de esa labor. Basado en este hecho, años más tarde escribí el cuento del *Marrano Mono* que ha servido de hazmerreir de quienes se consideraban los amos y señores del pueblo y como inspiración hasta para el montaje de obras de teatro.

Aunque no todas fueron victorias porque meses más tarde los enemigos del sindicato lograron que la Secretaría les diera el visto bueno para su destitución, pero a pesar de ello, el sindicato casi cuarenta años después aún subsiste.

### **El juicio de La Azul**

Un amigo invisible desde la profundidad de los recuerdos le preguntó a Juan de Dios... ¿cómo fue el juicio político que le hicieron en La Azul ... Y Juan respondió:

– Como ya dije, las contradicciones políticas en el seno de la ANUC y del movimiento político venían agudizándose desde hacía algún tiempo; sin embargo, estas no salían a flote en parte porque la velocidad con que sucedían los acontecimientos impedía concentrarse en eso y porque había un pacto de mayorías en cuidarnos la espalda y no dejarnos llevar por el chisme y los comentarios de doble sentido, pero la cuestión estalló a propósito del manejo de los recursos. Esto se hizo oficial por allá a comienzos de la década del ochenta, cuando con las ayudas recibidas principalmente de China, creamos un grupo campesino compuesto por unos 120 hombres para que estudiaran y trabajaran en el proyecto y pudieran responder por la seguridad de los líderes agrarios y de las zonas de trabajo donde generalmente había presencia de pájaros pagados por los terratenientes para matar a nuestros líderes y activistas.

El campamento estaba ubicado en el sur de Bolívar, en la serranía de San Lucas, y para llegar había que ser todo un baquiano, porque el bus lo llevaba a uno a Bucaramanga y luego a Barrancabermeja, de allí una chalupa por el Magdalena hasta el sur de Bolívar, ahí lo esperaba un guía con una mula y la primera travesía duraba un día, de seis a seis, porque de noche era imposible transitar por lo tupido del follaje y la soledad de los parajes.

Después de doce horas de marcha, en un pequeño caserío cuyo nombre no recuerdo, pasamos la noche. Comimos carne, yuca, plátano, bebimos café y luego una hamaca doble recibió nuestros cansados huesos para que el sueño hiciera el trabajo de reparar el cansancio. A las cinco de la mañana, después de un café negro con patacones, reiniciamos la marcha a pie, porque el ascenso a la serranía imposibilitaba el tránsito de animales. Hacia las ocho, el sol con toda su fuerza caía sobre nuestros cuerpos y chorros de sudor mojaban nuestras ropas, un sombrero de paja cubría la cabeza, pero a pesar de eso en algunos momentos el calor producía intermitentes mareos que se calmaban tomando agua de los hermosos arroyos que bajaban a saludarnos.

En ese terrible ascenso no se encontraba gente y ni una casa, por tanto, el diálogo era con el baquiano; un hombre de confianza, reclutado



por recomendación de la gente de la región; joven y curtido en la lucha campesina, organizador e impulsor de muchas tomas de tierra en la región de la Mojana y estudioso de la revista *Combate*, órgano de comunicación de la ORP que llegaba regularmente a los mejores cuadros de la región. Pero me causaba extrañeza que el hombre rehuía contestar algunas preguntas sobre por qué me habían citado a esa reunión para rendir cuentas en una región tan apartada pudiéndolo hacer en Bogotá, por qué se había citado a ejecutivos de la ANUC cuando por táctica nunca se revolvían este tipo de encuentros, estos y otros detalles sembraban dudas e incertidumbres sobre el verdadero carácter de la reunión.

Más o menos al mediodía coronamos la sierra e iniciamos el descenso hacia el campamento situado en una hoyada; en medio de un bosque tropical húmedo y muy espeso. Habíamos construido una serie de barracas de madera y techo de palma donde vivían los ocupantes. Todos los días a las cinco a.m. formaban y cantaban el himno de la organización, hacían ejercicios y antes de las siete llamaban al desayuno en un salón alargado con mesas y bancos hechos con cedro y maderas de monte. También se construyeron una biblioteca y sala de estudio, varios salones de clase, un sótano donde se ubicaba la armería y se pensaba como un refugio en caso de bombardeo, los dormitorios, la cocina y las baterías de baños. El campamento no tenía luz eléctrica, pero estaba protegido por una alambrada de púas de casi dos metros de alta y cada cierto tramo ubicaban un perro más feroz que los ladridos de Satanás. En la parte de atrás había una zona dedicada al cultivo de cebolla, yuca, plátano y otras plantas destinadas a la comida; también teníamos cerdos, gallinas y piscos, bien resguardados por temor al tigrillo y otros depredadores.

Después del desayuno cada grupo compuesto por veinte hombres, se desplazaba a realizar las tareas encomendadas en relación con el estudio y el laboreo de la tierra. Al medio día después del almuerzo se realizaban dos horas de estudio y reflexiones ideológicas, se remataba la tarde con juegos y recreación; a las seis se repartía la comida y después de dos horas de estudio dirigido, la gente se iba a las hamacas y se entregaba al sueño, protegidos por centinelas que barrían todos los flancos del campamento con una rigurosidad tal, como si en ello estuviera la vida de sus habitantes.

Al arribar al campamento, mi corazón comenzó a bailar de la emoción pues con algunos compañeros hacía un buen tiempo no me encontraba, pero al flanquear sus puertas me di cuenta cuán equivocado estaba, todos mis amigos se encontraban sentados en círculo y nadie me dirigió la palabra, no me ofrecieron ni un vaso de agua y apenas me vieron se levantaron y dijeron que no se demoraban. Un guardia campesino que conocía de vieja data me tomó por el brazo y me hizo sentar en una

silla solitaria en medio del patio y se fue. Pudo más la necesidad que el miedo, me levanté y fui a una caneca donde había agua potable y tomé una totumada del precioso líquido que cayó hasta lo más profundo de mi gaxnate, cuando el fresco líquido hacía su efecto apareció el guardia, me sacudió y sin decir nada me hizo sentar de nuevo. Entonces comprendí que había sido llevado a una encerrona de consecuencias inimaginables.

Al fin alguien me alcanzó un plato con comida y limonada, miré la cara del samaritano con una expresión de agradecimiento y sin chistar nada engullí con agrado ese manjar. Un buen rato después, llegaron los ejecutivos de la ANUC, algunos me saludaron, otros farfullando expresiones de odio, dijeron algo que no entendí, se sentaron y Jaime Vásquez inició la tanda de discursos. Cada ejecutivo empleó en su carga probatoria un promedio de dos horas y como eran aproximadamente veinte personas quienes tenían que intervenir pues calculé el tiempo y en efecto la primera tanda de intervenciones llegó hasta la medianoche mientras me cuestionaba ¿De qué me acusaban?

Unos centraron sus denuncias en el desorden contable de la organización, aportaban pruebas que hablaban de multimillonarios recursos que supuestamente me había robado y que nunca había reportado; otros que había hecho alianzas en el exterior con fulano y Zutano y, por tanto, había traicionado la ideología de la organización y la causa de los campesinos colombianos y eso significaba la pena de muerte porque lo que me estaban haciendo era un juicio revolucionario, la máxima expresión de la justicia del pueblo. La segunda tanda comenzó el día siguiente después del desayuno y terminó a las ocho de la noche, en esta los que intervinieron aportaron pruebas escritas, documentos, pagarés, testimonios de militantes de las organizaciones de masas donde despotricaban de mi honorabilidad y exigían castigos ejemplares que iban desde la expulsión, la confiscación de todos mis bienes, el destierro y los más radicales, la pena de muerte.

Se notaba que esta pantomima de juicio había sido meticulosamente planeada, tomaba notas en mi cuaderno y acudía a mi memoria para buscar descargos a cada infamia que se inventaban. Cuando casi todos habían terminado sus exposiciones, intervino el compañero Noel Montenegro, quien durante dos horas y media hizo un repaso de la historia de la organización y puso en el centro del debate el compromiso y las acciones que yo había realizado al interior, para cohesionar el movimiento de masas y en el exterior para asegurar los recursos vitales para la vida de todos y el accionar de las masas en su lucha contra los terratenientes. Habló de mis sacrificios y retó a los asistentes a que demostraran que yo tenía bienes escondidos.

Para terminar, enfiló baterías contra el vicio del infantilismo, característico de las organizaciones de izquierda y esa perversión

generalizada llamada canibalismo, porque les fascinaba destruirse internamente y devorar a los mejores hombres, los más activos y los más consecuentes, que claro, algunas veces caían en errores, criticables desde todo punto de vista. Acudió a citas de Mao, a testimonios de Lenin sobre cómo resolver las contradicciones al interior de estos movimientos y finalmente pidió que en aras de la democracia me dejaran hablar, porque el derecho a la defensa era inalienable.

El coordinador de la reunión sometió a votación esa propuesta y ganó por un voto, tal sería el clima de intolerancia que quienes se mostraban como demócratas ante las masas, la carga de odio que les habían inyectado los había convertido en los más recalcitrantes que haya visto en mi vida.

Al día siguiente, con mi cuerpo aún sin bañar porque estos degenerados me tenían encerrado en un cuarto a más de cuarenta grados de temperatura, lejos del agua, con un hambre que hubiera sido capaz de comerme un toro, sediento, cansado y con la amargura del despecho clavada en mi alma, en el patio al fin me dieron la palabra.

Durante cuatro horas y media me explayé haciendo el recordatorio de la historia de la ANUC, evocando el papel jugado por cada uno de los allí presentes e incluso sacándoles en cara los favores recibidos y las inconsecuencias observadas a lo largo de su vida como líderes. Puse de testigo los informes que periódicamente sacábamos en *Carta Campesina* que siempre eran por consenso entre los ejecutivos de nuestro sector político. Les recordé las principales contradicciones que habíamos vivido y sorteado para salir *avante* ante nuestros enemigos de clase y ante los feroces sectores de izquierda quienes a dentellada limpia no les hubiera importado comerse viva la organización más grande y fuerte de los campesinos de Colombia.

Dediqué mucho tiempo a hacerles caer en la cuenta de los aciertos de nuestra línea política; el más importante, que aún estábamos vivos, que todavía teníamos un espacio en el corazón de las masas oprimidas de la patria y que en el exterior éramos la expresión más viva de las luchas agrarias no solo en Colombia sino en América Latina, donde éramos admirados no solo por los resultados sino porque habíamos sido capaces de estructurar una línea política que nos desmarcaba de los mamertos, de los socialistas y troskistas, del ELN y demás organizaciones armadas.

Frente al desorden en el manejo de los recursos les recordé que por razones propias de nuestros donantes, ellos habían solicitado no hacer público el origen de los recursos, porque no era táctico que el gobierno colombiano y los sectores de izquierda se enteraran de esas ofrendas para no generar líos diplomáticos, por eso se manejaban casi en secreto

porque ni en las actas del comité ejecutivo se dejaba constancia, pero la mayoría de ellos tenía información de cuánto y cómo se recibía y el uso que se le daba a los dineros, que se tenían pruebas escritas sobre la compra de los carros, de las casas, de las fincas, de las trilladoras de arroz, de las despulpadoras de café, de los tractores, del ganado y sobre todo de los giros realizados a los activistas y líderes de todo el país.

Como respaldo estaba el archivo que tenía organizado el profesor Heladio Moreno como Tesorero nacional de la ANUC desde 1978 hasta 1982 y que ya estaba sentado en forma contable por el señor Luis Martínez, con la asesoría de Albeiro Gil de Cali, pero que no se podía hacer público para evitar que la DIAN nos cayera y nos clavara impuestos y sanciones por las remesas y donaciones que a la fecha eran muy altas.

Pero lo más importante era que el origen y las cantidades conseguidas en Europa eran manejados como información reservada para evitar la acción de los infiltrados y esquiroles que en ocasiones habían utilizado información secreta para pasarla a nuestros enemigos y meternos en serios líos. Seguidamente di lectura a una lista de deudores, ejecutivos y activistas que habían sacado plata prestada de los fondos comunes y hasta el sol de los venados, también leí otra lista de gente que había tomado los dineros de proyectos para el emprendimiento de los campesinos y prácticamente se los habían robado y en algunos casos, aberrantes, habían terminado en las manos de las mozas y queridas, desviando el verdadero sentido de la solidaridad de clase.

Por supuesto que esto último no le gustó a nadie y uno por uno de los implicados comenzaron a dar explicaciones sobre las acusaciones y a su vez a acusarme, porque yo también había cometido indelicadezas al girar algunos recursos a mis amigas, algo que pensé, nunca se sabría.

Para terminar, hice un esbozo muy largo de las viejas costumbres de las organizaciones políticas y guerrilleras de hacerle a sus cuadros y militantes juicios revolucionarios por cualquier motivo, que para el caso de las primeras terminaban en la expulsión o en la purga individual o colectiva de quienes osaran desafiar la línea oficial del colectivo, casi siempre en manos de sus jefes.

Y sobre las organizaciones guerrilleras ni hablar, para mencionar el caso de las FARC donde cientos de luchadores que llegaron a allá con la esperanza de encontrar una escuela para la construcción de la democracia y la libertad de ideas, hallaron un muro de intolerancia donde los jefes hacían uso abusivo del centralismo democrático para impedir el debate y el disenso; bastaba recordar lo que los excombatientes decían de Luis Morantes, alias Jacobo Arenas, acusado de fusilar en juicios como estos a centenares de jóvenes, de campesinos

e incluso de viejos camaradas por el simple detalle de contradecir la línea política o no coincidir con él en los juicios sobre la realidad de su vida guerrillera y así los infelices que se atrevieran a controvertirlo siempre terminaban en el paredón. Y eso para no nombrar sino un solo caso en la organización que había usado más la justicia revolucionaria para eliminar al contrario, al que pensaba diferente.

Y como una anécdota recordé lo que me contaron una noche en París saboreando un café, donde entre risas nerviosas esa persona me dijo que había conocido el cuaderno amarillo en el cual Jacobo Arenas llevaba el prontuario de faltas, desobediencias y errores de los combatientes a su mando y cómo todos se ponían nerviosos cuando el viejo camarada comenzaba a hojear sus sucias páginas para encontrar el nombre y las faltas de los implicados; archivos que servían de prueba para que después del juicio revolucionario se terminara dictando pena de muerte. También les recordé lo sucedido en esa materia con el EPL.

Y qué no decir del ELN cuando los Vásquez Castaño enloquecieron y condenaron a muerte a Jaime Arenas, a Ricardo Lara Parada y a otros valiosos dirigentes por el crimen de controvertir sus postulados, casos narrados en forma siniestra por Milton Hernández (Bogotá, 1980) donde narra y justifica esta terrible práctica. O el caso de Ricardo Franco (Javier Delgado) del M-19, quien en el Cauca por la pelea que sostenía con las FARC y por la sospecha de una infiltración colectiva en su ejército parte del enemigo, sin mucha investigación fusiló a más de cien combatientes y los sepultó en una fosa común.

En la mayoría de los casos las ejecuciones, como en la época de la Inquisición, eran por chismes y cosas baladíes, pero en el caso de la delación, del derrotismo, la desertión, el robo de los bienes de la organización u otros delitos mayores, ahí sí era peor, la justicia revolucionaria se aplicaba a rajatabla sin derecho a la defensa y ni siquiera a la presunción de la inocencia. Dios mío, qué hubiera pasado si estas agrupaciones revolucionarias hubieran triunfado, lo del Kemmer Rouche de Pol Pot en Camboya había sido una mascarada.

Eso es lo que quieren hacer hoy aquí, frente a estos muchachos que cooptamos para colaborar en la construcción de un nuevo país donde el respeto al derecho a la vida, donde la tierra al fin pueda tener un destino colectivo, donde la construcción de las bases de una nueva democracia se sustente en el respeto a las ideas ajenas y donde la táctica y la estrategia de la organización jamás estén por encima del derecho a la vida y a la defensa, a controvertir y a establecer un tipo de justicia que así como castigue las probadas deslealtades, garantice la presunción de inocencia y la igualdad de derechos para todos.

O es que quieren parecerse a José Stalin en la URSS, a Franco en la España falangista o a Adolf Hitler en la Alemania nazi, donde los pelotones de fusilamiento siempre estaban dispuestos para matar al que los jefes dijeran solo porque su olfato no soportaba que su camisa oliera diferente. O es que me quieren torturar o aplicar la ley de fuga como también lo hace nuestro ejército nacional. Claro que yo la he embarrado, claro que he cometido errores imperdonables, claro que al igual que ustedes me he equivocado en la toma de algunas decisiones importantes, pero que conste, ante Dios, ante ese ser que la mayoría de ustedes no veneran o ante la vida de mi madre, que he tratado de hacer las cosas lo mejor posible, ojalá que este tribunal al que hoy he sido citado tenga la grandeza y el buen juicio de sopesar cada uno de los argumentos y no se equivoque a la hora de tomar decisiones. Porque sería muy grave que la muerte y el derramamiento de sangre sean el precio que haya que pagar al emprender la quijotesca tarea de ayudar a construir los sueños de igualdad a los desharrapados de mi patria.

Y en diciendo estas palabras, cerré los ojos y no pudiendo contener el llanto me senté en la silla, puse las manos sobre mis piernas y me senté a esperar. A las dos horas con los rayos del sol más bravos que perros enloquecidos, la plenaria se reunió de nuevo y leyeron el fallo: Inocente, pero... y luego leyeron una serie de recomendaciones no solo para mí sino para toda la organización. ¡Carajo, había triunfado la cordura y el sentido común! El compañero Noel, mi defensor de oficio, me abrazó y confundidos en lágrimas vimos caer la noche. A la madrugada del día siguiente cogí mis pocos bártulos y juntos emprendimos el regreso.

– Pues sí, compañero, este fue el famoso Juicio de La Azul, donde un puñado de esclarecidas mentes intentó dar lecciones de justicia, ética y moral a sabiendas de que a pesar de sus muchas virtudes, también tenían rabo de paja. ¿Y sabe qué?, amigo... con el paso del tiempo a todos se les olvidó esta macabra jornada y como si se hubieran puesto de acuerdo, niegan que esto haya sucedido.

## CAPÍTULO VI

---

# Mi infancia en Nuevo Colón

Juan de Dios Torres

---

Nací por allá en 1940, en un pueblo que desde la época de los muiscas se llamaba Chiriví, pero que sin saber por qué, los genios del pueblo le cambiaron el nombre por el de Nuevo Colón. Vine al mundo en el hogar formado por Silvina Ruiz y José Torres. De cuya unión nacimos Fabriciano, Luis Antonio, Custodia, Rosa Delia, Mercedes y mi persona. Mi padre era un conservador a ultranza, rezandero y enemigo de los liberales porque así lo ordenaban Laureano Gómez y los curas de entonces. Mi madre era una mujer de tez morena, bajita de cuerpo, buena trabajadora y de un alma tan dulce y encantadora que en su regazo nos recibía en las buenas y en las malas.

Es María la blanca paloma  
que ha venido a América  
que ha venido a América a traer la paz.  
En el fondo de una blanca nube  
se vino volando, se vino volando  
desde Portugal...

Mis padres discutían mucho porque mi mamá se oponía a que me obligara a madrugar al surco a trabajar y por eso muchas veces no me dejaba ir a la escuela, con el cuento de que lo único que servía a los hombres era aprender a trabajar con el azadón y que las mujeres debían aprender a cocinar y cuando grandes casarse y tener hijos para el cielo, porque según mi padre la escuela no servía para nada, pues él no tenía estudio y ahí iba por la vida sin necesidad de saber leer ni escribir, siempre guiándose por el principio bíblico de Ganarás el pan con el sudor de tu frente. Esas lecciones de vida las daba con el zurriago en la mano y un vozarrón como de sargento mayor. Dicha formación también la imponía a mis hermanos y

a mis hermanas, motivo por el cual todos alzamos vuelo a muy corta edad para huir de esa disciplina para perros.

Ese modo de pensar me obligó a buscar rutas de escape para huirle a la ignorancia y desde los siete años me refugié en la religión puesto que, al saber descifrar las primeras letras, el cura del pueblo me puso frente a la *Biblia* y ahí fue donde desarrollé mi verdadera capacidad lectora. Como acólito aprendí a tocar violín y armonio, acompañaba a los frailes en los oficios religiosos, cantaba en latín y recitaba versículos de la biblia en ese mismo idioma.

*Duérmete niño que tengo que hacer  
lavar los pañales y hacer de comer...  
Arrurú mi niño y duérmete ya  
porque viene el coco y te comerá.*

El clima en esos años era muy frío... en junio y julio la neblina lamía la piel de la montaña, raspaba las barbas del pasto que se ponía tan duro que ni siquiera las ovejas se lo comían. El viento a toda hora cacheteaba las hojas de pino y eucaliptos y los hacía gemir con una voz afónica y congelada.

Las ovejas y las vacas se acostaban en el piso del potrero tapizado de manteles blancos, pues creían que en posición fetal podían producir más calor en sus entrañas para poder burlarse de la nevada que envolvía sus vestiduras de lana y pelambre.

Las gibas de las montañas me recordaban esos monstruos que de niño visitaban mis alucinaciones nocturnas y que expulsaba en unas orinadas olorosas que dejaban cubierto el junco de la cama de un olor parecido a la meada de una fara.

Como mi abuelo era médico yerbatero, para burlar las férreas normas de mi hogar me iba a su casa a ayudarlo a preparar jarabes y aguas, y al monte a buscar el mastranto, el poleo, la suelda con suelda, la ruda, la manzanilla matricaria, los totes, el pronto alivio, la miel de abejas y lo necesario para enriquecer su botica a la que acudía gente de todos lados para que les curara la bronquitis, el reumatismo, el dolor de barriga y hasta el mal de madre. Ustedes no se alcanzan a imaginar cómo me divertía revolviendo el zumo de esas plantas y obligando a los perros y a los terneros a que se los tomaran para ver el efecto que hacían en sus pobres organismos, que yo recuerde era una de mis diversiones favoritas en una época en que el juego infantil estaba totalmente prohibido.

Mi padre en sociedad con el cura párroco organizaba cada año una peregrinación a Chiquinquirá para continuar con la costumbre centenaria de ir a rezarle a la Virgen del Rosario para que los campesinos se encomendaran, le pidieran por las buenas cosechas, por la salud, el dinero



y el amor. Pero a diferencia de los tiempos idos cuando se hacían a pie y a lomo de mula, estas promesas ya eran en carro.

Dependiendo de la época se montaban en la carrocería de un camión o en las cómodas sillas de un bus mochilero unas treinta personas, entre chicos y grandes, de una o más familias quienes aportaban la comida y la bebida: chivo asado o guisado, gallinas cocidas, arepas de trigo y bollos de maíz, papas saladas, ají, aguardiente rastrojero y abundante chicha empacada en barriles o zurrones de cuero que consumían incluso desde la noche anterior al inicio del paseo.

Los mayores, casi todos músicos empíricos llevaban una murga compuesta de tiple, bandola y requinto que amenizaba la fiesta con lo mejor de su repertorio de guabinas, torbellinos, bambucos y las infaltables rumbas criollas *Trago a los músicos*, *La mariquiteña*, *Que vivan los novios* y otras que hacían revolar a las parejas de rincón a rincón. Al mediodía en una fonda de camino se detenían para almorzar y hacer otra sesión de baile donde se tomaban sus chichas y aguardientes y al anochecer llegaban a Chiquinquirá a buscar el sitio para hospedarse.

Una vez instalados iban por la ciudad en plan de reconocimiento. En la posada repartían la comida, la bebida y a bailar hasta altas horas de la noche. Al otro día, bien temprano desayunaban y luciendo sus mejores prendas iban a posarse ante la Gran Señora, con toda la devoción le rezaban para que los protegiera y les concediera sus peticiones. Esas misas podían durar varias horas porque la asistencia era multitudinaria, al mediodía almorzaban y salían a pasear por la ciudad que a estas horas ya expedía unos olores nauseabundos pues en las posadas no existían servicios sanitarios y las necesidades fisiológicas tenían que hacerlas en las calles. En la tarde iban al santo rosario y de vuelta a la posada reiniciaban las sesiones de baile hasta que los mayores dijeran no más.

Pero como esas diversiones solo eran para los grandes, a los chicos no nos dejaban participar, entonces nos sentábamos a mirar cómo se divertían y fijas las miradas en los canastos de la comida, esperábamos la oportunidad para darle un zarpazo a una costilla de chivo, a una pierna de gallina, una arepa bien rellena o un buen pedazo de queso y con ese botín escondido en la camisa salíamos de la posada a engullirlo en cualquier escondite. De esas comilonas casi siempre terminábamos con una indigestión donde el vómito y la diarrea coronaban nuestros desafueros.

Al día siguiente antes de partir visitaban los puestos de dulces donde compraban lonjas de conserva y cajas de bocadillos, merengues, alfandoques, escapularios, camándulas, devocionarios, cuadros y vitelas con la imagen de la Virgen para llevarles a los caseros o a los compadres que no los habían podido acompañar. Después de almuerzo iniciaban el viaje de regreso y llegaban a casa cuando la noche estaba comenzando. Los

caseros y los vecinos se reunían para recibir los presentes y entre todos remataban las existencias de comida y bebida en una parranda que podía durar hasta el día siguiente.

De esas promesas a la Ciudad Santa resultaban mujeres embarazadas, otras con palabra de matrimonio, negocios de tierras, de ganado y compadrazgos que se respetarían por toda la vida. Al año siguiente las mismas u otras personas organizaban peregrinaciones semejantes para alimentar la devoción a la Santa Patrona, adorada desde finales del Siglo XVI, cuando se produjo el milagro de su aparición a la india María Ramos.

*Que vivan los novios, viva la alegría  
que yo vivo ahora, con la negra mía  
yo con mi negrita yo seré feliz  
allá en la casita donde le espera  
su porvenir.*

Desde muy niño participé en esas ceremonias por lo cual la confianza de los frailes hacia mi persona era total, a tal punto que a los diez años era presidente de la Asociación Juvenil de Adoradores del Santísimo y el consentido de curas y monjas, pues les ayudaba desde a preparar las hostias, barrer la iglesia y la casa cural, hasta a cocinar cuando la señora del servicio se enfermaba y los ponía a aguantar hambre. Y juro por esta santa luz que alumbraba y que ya casi no veo, que jamás robé alguna moneda de las limosnas o bebí vino a las escondidas en la sacristía, eso lo hacían los otros acólitos, pero yo no, lo juro por los huesos de mi santa madre que en la gloria está descansando en paz. Amén.

A los doce años –por encargo del cura párroco– manejaba una finca situada en una vereda cercana al pueblo y estando cursando tercero de primaria me retiré para poder cuidar la parcela, batirle el guarapo y hacerle la comida a doce peones que trabajan sembrando maíz y papas, alverjas, pepinos, calabazas y arracacha; también me tocaba ir al pueblo a traer el dinero para poder pagarles su salario los días sábados. Ahí sí recuerdo que jugaba con los perros, tirándole las sobras de comida que los obreros dejaban en los platos, claro, como nadie me miraba ni me gritaba, daba rienda suelta a mi imaginación haciendo toda clase de triquiñuelas a esos pobres animalejos.

Para una Semana Santa recibimos la visita de Monseñor Salcedo y en medio de una cadena de elogios, el cura me presentó ante este pastor. A esa temprana edad fui a parar a la Acción Cultural Popular (ACPO) y al año siguiente, después de recibir una capacitación, interno en las aulas de Radio Sutatenza; en ese municipio fui vinculado a una campaña para formar líderes juveniles, colaborar en la venta del periódico *El Campesino* y en mis pocos ratos libres, officiar como locutor de un programa de formación de jóvenes que se transmitía todos los días de seis a siete de la noche. Todas

estas acciones fueron previas al intento de Monseñor Salcedo para que yo ingresara al Seminario.

Uno de los recuerdos más gratos de esta época es el siguiente: nos ponían a probar los radios de pilas para llevarlos a los pueblos y entregarlos a la gente para que se capacitaran a través de este medio, entonces, al lado de un técnico que sabía mucho de la materia nos dábamos las mañanitas para adaptar los aparatos para oír otras emisoras, y ahí se colaron radio Santa Fe con sus programas de música en vivo desde su radioteatro, emisoras Nueva Granada y Nuevo Mundo, estaciones que transmitían radionovelas como *Los tres Villalobos*, un mensaje anticomunista producido directamente por la Curia, *La ley contra el hampa*, *Arandú*, *el príncipe de la selva* y *Felipe el calabrés*, una radionovela de piratas que salía al aire al medio día. También se nos pegaban duro las primeras transmisiones que se hacían de la vuelta a Colombia con Alberto Piedrahíta Pacheco y Julio Arrastía Brica. ¡Qué tiempos aquellos!

No sobra recordar que el trabajo periodístico en El Campesino y en la emisora tenía un triple propósito: capacitar a los campesinos en las modernas técnicas de cultivo; alfabetizarlos, pues los índices de analfabetismo eran cercanos al 50 % en Boyacá; pero, además, impulsar la doctrina social de la Iglesia para hacer conciencia del peligro comunista que irradiaba el ejemplo de la Revolución Cubana y que tenía muchos adeptos entre los jóvenes y el pueblo liberal.

Y en toda esa actividad yo era el muchacho ideal: hijo de familias católicas y conservadoras, creyente, de buenas prácticas de vida, colaborador a muerte de la Iglesia, muy amigo de curas y frailes y desinteresado trabajador de la causa pues casi no pedía nada a cambio, por eso en Sutatenza se enamoraron de mi perfil juvenil y empezaron a enviarme por todo el departamento a dictar cursos de pastoral social, de liderazgo campesino y de otras áreas, en las cuales me desempeñaba muy bien.

Al servicio de la Acción Cultural Popular recorrí todos los pueblos de Boyacá, estuve como invitado en los congresos de la Unión de Trabajadores de Boyacá (UTRABO), una federación sindical creada por Monseñor Salcedo, con la ayuda de Monseñor Jorge Monastoque Valero (cura oriundo de Turmequé), con el propósito de no dejarle la hegemonía de la clase trabajadora a la Confederación de Trabajadores de Colombia (CTC), de corte liberal-comunista; también presencié la fundación de la Caja Popular Cooperativa. Fue una época de intensa actividad donde veía la vocación de servicio de la Iglesia en favor de los campesinos y de la gente más necesitada del departamento.

Pero tanta belleza no duró mucho, después de cinco años de esta hermosa labor comencé a ver que todo no era tan bonito como lo pintaban.

Lo primero que noté y que no me gustó fue la conducta de algunos curas con respecto al trato a los niños y jóvenes, me parecía que algo no cuadraba, demasiada confianza, demasiado toque toque y chanzas de doble sentido que se hacían en la privacidad de las parroquias, otros frailes le daban duro a la cacería de jovencitas y no dejaban títere con cabeza.

Pero lo peor, si es que hay cosas peores que estas, lo descubrí en la doble moral que se ostentaba en el manejo de los recursos económicos de los programas sociales, algunas veces por despilfarro, otras por apropiaciones indebidas; no me gustó todo esto y lo denuncié ante los jerarcas de la Iglesia, con la esperanza de buscar correctivos, pero los obispos no lo tomaron así y emprendieron una campaña de desprestigio contra mi persona y después una ofensiva de aislamiento. Me sacaron de las principales tareas de formación y sin darme cuenta, un día resulté manejando el archivo de la curia en Tunja, vejado y lleno de mala fama.

Entonces, tomé la decisión de dejar eso e irme para Bogotá a buscar la sombra protectora de muchos curas amigos que había conocido en mi paso por las parroquias de Boyacá, a fe que sí los encontré y continué mi tarea fundando sindicatos agrarios e industriales y cooperativas de trabajadores donde aún yo llevaba el mensaje social de la Iglesia.

Y un día, sin darme cuenta, en un recodo del camino, tuve conciencia de que la infancia y la juventud ya se habían marchado, que ya era un hombre hecho y derecho, que ya me había enamorado varias veces pero que aún no tenía claro mi proyecto de vida y decidí que tenía que estudiar, tener una profesión estable, formar un hogar y una familia, ser como los demás hombres... y esa tarde, tomándome unas cervezas con unos amigos, tracé una raya al estilo de vida que llevaba y me propuse arrancar por otros senderos.

Pero las circunstancias de la vida me impidieron cumplir esos propósitos porque luego vino la política y después la ANUC y me hicieron desviar mi curso y ese joven provinciano comenzó a ver que las alturas no eran solo para los cóndores y armado de las alas de la confianza y la seguridad, levanté vuelo buscando las regiones inhóspitas del servicio al pueblo, y en esas estoy todavía porque las nubes a las que llegué aún son oscuras y la soledad no me deja ver el horizonte. Sin embargo, de esa época juvenil quedan algunos recuerdos que se salen de las enseñanzas de la Santa Madre Iglesia y lo ponen a uno de frente ante el mundo sin saber qué hacer. Por esa época en el campo se sembraba bastante maíz, trigo, cebada y papa, para esas labores se necesitaba mucha mano de obra, masculina y femenina. En esos convites se ingería bastante guarapo y al finalizar la jornada la mayoría de los peones estaban muy borrachos y sucedían cosas como la siguiente:

Un día el patrón ordenó a Cristina, mocetona de unos diez y ocho años que se preparara para jugar a las adivinanzas, le ordenó que sin doblar las rodillas se agachara y colocara el dedo índice estirado entre la tierra y que dijera con él;

Adivina, mi adivinador, qué tengo en el pensamiento.  
Al terminar la frase, los más avispados del grupo le gritaban:  
Que el dedo lo tiene abajo y el culo lo tiene al viento.

Por supuesto que la explosión de risa de los presentes era incontenible y las burlas a la pobre chica interminables, máxime porque quienes estaban cerca de la muchacha al momento de agacharse se daban cuenta que no tenía interiores y su trasero quedaba expuesto a las miradas morbosas de los presentes.

Cristina desde muy niña me atraía, por eso siempre buscaba su compañía y cuando mamá me preguntaba la razón de mi conducta le contestaba que era mi novia y que cuando fuera grande me casaría con ella. Mamá se reía de mis ocurrencias, pero con el pasar del tiempo ella creció y a mí se me desarrollaron los instintos de macho y me gustaba acercarme a ella para contemplar sus senos de pera, redonditos y erguidos y sus pezones de caramelo derretido. Ella no era indiferente a mis coqueteos y permitía mis miradas libidinosas, hasta un día que estábamos trayendo agua de la mana tomó mi mano y la llevó a sus pechos para que los saboreara. Ese día sentí un ramalazo de calor por mi cuerpo y algo duro y grande tomó posesión de mi entrepierna. Los jueguitos continuaron y una tarde que no había nadie en casa llenamos una vasija con chicha y nos fuimos para entre el maíz y entre toques y retoques la muchacha se subió la falda, cogió mi miembro viril y lo introdujo en el lugar más caliente que yo hasta esa fecha había visitado. Y otra vez esa sensación de felicidad me golpeó por mucho tiempo hasta que mi mamá se dio cuenta de esas jugarretas e hizo que se llevaran a Cristina para Bogotá a trabajar en una casa de familia.

Pero como Cristina no era la única muchachona que trabajaba en esos menesteres de la agricultura, los muchachos nos dábamos a la tarea de figonear a donde iban a orinar las jornaleras, al principio, escondidos en los matorrales, dejábamos que orinaran y cuando se marchaban corríamos a coger la tierra que había quedado impregnada de sus orines y la olíamos o la probábamos a ver a qué sabía y apostábamos a quien lograra la erección más grande y prolongada. El asunto se complicó porque ellas se dieron cuenta de nuestra curiosidad y un día nos cayeron por el flanco trasero y nos colocaron contra los palos, nos preguntaron que si era mucha la curiosidad que miráramos, se subieron las faldas y pudimos contemplar la ensortijada cabellera de sus entrepiernas, muy excitados extendimos nuestras manos para palpar esa selva prodigiosa, pero muertas de la risa salieron corriendo. Eso hizo avivar más nuestras arrecheras y la vaina se solucionó porque después venían a orinar de una en una y escogían a

su muchacho favorito y a los demás nos sacaban corriendo. Todo iba tan bueno y tan bonito hasta que el patrón se enteró y las despidió a todas, dizque por putas. Y claro, a nosotros también por descuidar nuestras obligaciones laborales, pero sospechamos que fue más bien porque nunca lo convidamos a él.

# ¡Qué vaina ser uno viejo (I)!

Alfonso Cuéllar

---

El calendario va deshojando sus páginas vertiginosamente y las realidades de ayer son como fognazos que la memoria se encarga de digerir por esa rara capacidad que los viejos tenemos de asociar las vivencias pasadas con las vivencias de la cotidianeidad.

– ¡Ah!... eso me hace recordar de una vez que...

– Eso no es nada...cuando yo era joven...

y como no recordamos cuántas veces hemos contado el mismo cuento, la mente sigue obsesionada en repetirlo hasta que los nietos enojados se paran de la silla y a plena carrera le increpan a uno:

– Ya párela abuelito, si no deja de contar ese chiste no volvemos a hablar con usted.

Yo creo que a todos los viejos les pasa que de tanto exprimir la memoria para recordar llega un momento en que esta se cansa y se dan cuenta de que como ya no tiene más qué recordar, entonces se sientan a esperar la parca.

Otras veces, la línea espaciotemporal se borra y uno no sabe si eso fue que le pasó o algo que va a suceder, si los cantos del baño a pleno chorro de la ducha son pasados o van a ser. Por eso cuando uno se mira al espejo a la hora de afeitarse y ve su rostro senil, la memoria devuelve el casete al momento en que era joven, sin arrugas, sin canas y sin dolores en la mirada ... es el espejo que le habla a uno y la memoria que se presta de alcahueta.

Llegará un día en que por la mañana ni ganas de desayunar tendremos y la disculpa será que como a estas edades la tripa es la víscera más perezosa para animar, es mejor no despertarla abruptamente y dejar que descansa en su letargo. Por no seguir ese consejo, de solo recordar las malas pasadas que nos ha hecho vivir, las mejillas se sonrojan. También nos puede suceder que nuestras manos temblorosas ya no sean capaces siquiera de descascarar un huevo y como si nos sobraran energías tampoco recordaremos tomarnos el brandy que un amigo nos trajo de París con el encargo de beber una copita diaria porque eso es bueno para llamar el sueño. Pero qué vaina, ahora el sueño ya no hay necesidad de llamarlo porque ese desgraciado viene solo y nos pilla sentados en la mecedora y es cuando a uno lo ven los vecinos meneando la cabeza como gato de mostrador.

Los viejos vivimos del aire, lo respiramos, lo vivimos y lo sentimos, pero hay personas tan descaradas que nos increpan porque supuestamente les estamos robando el oxígeno que les pertenece, no hay derecho. Y hay días que el aire penetra pleno en nuestro desajustado carramán, pero hay otros que al igual que los hijos, entre más grandes están se escapan más fácilmente por entre la sedosa debilidad de nuestras canas. Como estas reflexiones son inútiles a no ser que algún desocupado algún día las llegue a leer porque en esta vida todo tiene su carga de relatividad, me acuerdo que mi padre decía que lo más relativo era el amor, al punto que el verdadero amor de una mujer por un hombre solo se conocía a partir de la tercera vez que ella le lavaba los calzoncillos a uno.

De cara a los años que vienen me pongo a pensar cómo será cuando ya las funciones motrices no sirvan ni para envolver bagazo, cuando uno vea por entre las tinieblas de las cataratas pasar un muchacha bonita y no pueda ni siquiera echarle un piropo, o cuando por estar bastoniando de aquí para allá, pase la muchacha del servicio y se dé cuenta de que uno le quiere levantar la falda con ese palito, entonces ella de seguro se volverá toda enojada y lo increpará: ¡Quítese de ahí, abuelito, que usted hace más estorbo que un balón desinflado!, o ¡Usted es más atravesado que la tasa del ají...!

Jugar a la pitonisa para adivinar el futuro es una vaina que me empieza a gustar: Cómo será cuando los tejidos de la nariz comiencen a crecer en la punta y que a medida que crezcan, los mocos blandos y escurridizos asomen coquetos por las fosas nasales y uno no los sienta bajar hasta cuando llegan a las fronteras de los labios, y qué vergüenza cuando sean los invitados en tropel le ofrezcan a uno pañitos húmedos, papel higiénico o hasta papel periódico, para limpiar esa hemorragia mucosa.

Estas reflexiones las hago cuando estoy en la casa de Ibagué, donde vivo con unos parientes en medio de lecturas, charlas y asistiendo a reuniones y tertulias con los amigos de la vieja guardia donde el tiempo va pasando de una manera benévola, el calor de las brisas del Combeima contribuye



a mejorar mi estado de salud que a veces se pone terrible. Cuando voy de viaje en flota se me vienen a la cabeza recuerdos asociados a cada recodo del camino, acciones de los campesinos en cada municipio por donde uno pasa: cursos, luchas callejeras, encuentros y convenciones, donde se discutía de todo y hoy paso a cien kilómetros por hora y los veo así, de ladito.

Esas tertulias o reuniones son en los cafés del centro de la ciudad, allí al amparo de la solidaridad de los pensionados nos tomamos varios tintos y entre sorbo y sorbo se habla de todo: de cine, del último premio nobel de paz, de economía o de literatura y sobre todo de la dinámica de la política y todos asombrados vemos que al igual que en América Latina, en Colombia la extrema derecha se posiciona y muestra sus garras de una manera aterradora, a falta de no más nada, analizamos una a una las volteretas del uribismo para confundir, sembrar el caos y desarrollar su política de odio y desinformación, no le paramos muchas bolas al manejo de las noticias en la televisión porque por viejos que seamos no hemos perdido nuestra capacidad de análisis y de independencia mental; por eso, cuando nos levantamos de la silla para ir a casa a almorzar, las arrugas de las caras se ven más acentuadas, porque todavía nos duele la patria.

En cambio, cuando voy a a Bogotá donde tengo una hija, las vainas se complican... el frío taladra las medias y mordisquea los pies dejándolos morados y entumecidos por dentro y por fuera, entonces, calentar el cuerpo se convierte en una obsesión, voy a la cocina y caliento agua de panela o a las escondidas me tomo dos copitas de aguardiente, aun sabiendo que con los medicamentos pueden ser contraproducente. Mi hija me regaló un calentador para la alcoba y a la sombra de ese extraño zumbido me dedico a ejercitar la memoria recitando poemas enteros de Neruda, me encanta ese que dice: *Me gustas cuando callas porque estas como ausente..., o la Insepulta de Paita, o el Sitio de Stalingrado*, son verdaderas joyas; por andar en esos soliloquios fue que mis nietos me inventaron el cuento de que yo hablo solo.

Pero... lo de hablar solo no es mentira, el otro día la muchacha del servicio, a quien le encanta conversar conmigo porque le parece que soy el papá que nunca tuvo, me contó que una tarde entró a la sala y me encontró sentado en una silla, en una especie de duermevela, que decía en voz baja vainas parecidas a que Fujiyama era un embustero porque no era cierto que llegamos al fin de la historia, que la lucha de clases no había terminado, que el papel de los terratenientes para el desarrollo del país siempre había sido nefasto, que el carácter godo de la sociedad colombiana no se cambiaba con simples movilizaciones a la Plaza de Bolívar y otros razonamientos que me salían por entre los dientes y por eso no se entendían bien.

Que otro día, escondida tras las cortinas escuchó durante dos horas cómo yo le hablaba a un amigo invisible sobre la Plataforma ideológica de

la ANUC, sobre la organización campesina y la hazaña de haber logrado realizar la mayor reforma agraria de la historia de Colombia, sobre las conversaciones en Europa con una tal Social Democracia Cristiana que nos había permitido recoger miles de dólares para patrocinar la lucha de los campesinos contra los terratenientes. Me pedía explicaciones acerca de cada una de estas divagaciones y después de ofrecerme un tinto bien caliente, me decía que a veces le daba compasión verme temblando del frío y que por eso pensaba para sus adentros que yo era más friolento que una oveja paramuna.

También me comentó que en otro de mis soliloquios yo estaba conversando con un tal César Pagano sobre temas musicales en un lugar llamado El Goce Pagano y que el tema de conversación era la música cubana, que hablamos de un señor muy famoso llamado Benny Moré, de otro llamado Daniel Santos, de una orquesta a la que le decían La Fania Old Stars y otra conocida como La Sonora Matancera y cantamos varias canciones de una tal Celia Cruz y de Celina y Reutilio, –y agregó:– que habíamos hablado de unos señores negros que en Estados Unidos se habían inventado unos sones llamados Jazz y Blues y que después de haberlos paseado por salones y bares de toda América del Norte se habían extendido por Centro América y las islas del Caribe, produciendo combinaciones espectaculares como el bolero, el mambo, el merengue, el son y la salsa. Que con los ojos entrecerrados hablábamos de un señor Luis Armstrong y de un cantante con una voz como de dioses que era drogadicto y que lo llamaban Héctor Lavoe; de un bolerista de nombre Felipe Pirela; de un salsero al que le decían Ismael Rivera y de otro genio llamado Dámaso Pérez Prado. No, mejor dicho, una cátedra de música al calor de dos botellas de aguardiente con las que animamos doce horas de conversación y que en medio de una borrachera fenomenal a las seis de la mañana –con la ayuda del profesor Heladio– salimos de ese lugar y nos fuimos a la casa a dormir la moña.

Que los viejos hablamos solos, no es un descubrimiento, pero que haya llegado tan lejos, no me había dado cuenta. Y eso pasa porque como nadie nos escucha, nuestros hijos no tienen tiempo y a nuestros nietos solo de vez en cuando les gusta que uno les cuente ciertas anécdotas y cuentos de terror, de aparecidos, de leyendas y fantasmas, pero no más, por eso busca uno la compañía de los de su generación porque con ellos sí hay diálogo de saberes y recuerdos compartidos. Y a falta de ellos se acude a los amigos invisibles, esos espíritus charlatanes que le pican a uno la lengua y lo hacen hablar en la soledad de la habitación sin que exista manera de detenernos.

Sin embargo, esta niña del servicio me tiene extrañado por su curiosidad y su deseo de saber cosas, con decirles que después del diálogo musical con César Pagano, me tuvo como ocho días con los CDs y los acetatos de esos músicos enseñándole la diferencia entre un bolero y una salsa, una pieza de jazz y otra de regué. Con alumnas así uno no quisiera morir ya que siempre habrá alguien que lo quiera escuchar. Por eso me encanta que ella

me hable porque su voz acariciadora penetra por mis oídos y me causa un placer parecido al sonido de un merengue dominicano, a un son cubano o al merengue que mi padre me obsequiaba cuando nos llevaba a promesas a Chiquinquirá o a Chinavita.

– Y aquí voy llevando la vida a trancas y a mochas, le digo a la muchacha mordiendo un pan de salvado que mis sobrinas me trajeron de Turmequé y que me recuerda los tiempos que en ese pueblo existían como diez molinos de trigo movidos por agua y por la famosa rueda Paltón fabricada por el ingeniero Darío Jiménez Corredor... ja, ja, ja, esos panes los hacía misía Carmen Reyes con el salvado que salía del molino que tenía don Primitivo Toro. A propósito de este señor, nunca se me olvidará la belleza de su hija Reinaide, quien fue reina de las fiestas de Pericles Carnaval, por allá en los años sesenta.

El frío en Bogotá es tan fuerte que sin poder evitarlo me devuelvo a mi época de niño cuando nos tocaba ir al páramo a cuidar las ovejas, y el frío era tan terrible que tiritábamos debajo de los pedazos de ruana que nos daban, hasta las ovejas sudaban escarcha por encima de la lana, una ofrenda de las nubes para adornar la blanca pelusita de esos animales. O cuando nos mandaban con los caballos para Villapinzón a llevar y traer carga por unos caminos de herradura donde el barro le llegaba a la barriga a los equinos y nuestros pequeños pies chapaleando entre esa mazamorra de tierra negra y agua que le impregnaba a uno la ropa.

Y hoy al igual que ayer me levanto temprano y voy a la estufa a buscar algo quemante para equilibrar la temperatura del cuerpo y después de tomar una taza de esa bebida, corro a buscar papel para limpiarme los mocos que por el calor se escurren por mis narices, sin control... Qué vaina ser uno viejo.

Cuando uno llega a estas edades, el tiempo se le descuadra y las horas no tienen la lógica que tenían cuando uno era chino, por ejemplo, el sueño viene a cualquier hora y lo agarra a uno en cualquier parte. Pero hablando de sueños, una noche creí que en esas oscuras tinieblas lloraba sangre y al otro día comprobé sobresaltado que era cierto porque la almohada estaba llena de témpanos de ese líquido rojizo, entonces mandaron traer a un médico y el hombre diagnosticó que era una hemorragia nasal producto de una subida intempestiva de la presión arterial.

En esas noches interminables de duermevela creía soñar con los cuentos que mi padre me contaba sobre la violencia liberal y conservadora, me despertaba y mis pupilas peleando contra las sombras creían ver las cabezas de los liberales cortadas a machete y que aun después de cercenadas seguían gritando: ¡Viva el gran Partido Liberal! A veces creía ver el cuerpo del negro Hinestroza, quien era guardaespaldas de don Pablo Osorio, un líder liberal que tenía una finca en Chiratá y que un lunes

de mercado en un estrecho camino, los godos de Úmbita le hicieron una encerrona y lo asesinaron a piedra, puñal y machete.

Asimismo, hay noches en que se me aparecen los cuerpos de campesinos, hombres y mujeres, decapitados por los bandoleros del Tolima por no ser de su mismo partido y para cobrar venganza por los asesinatos de sus familias, perpetrados por criminales del bando contrario y azuzados por las oligarquías liberales y conservadoras. Qué horrible era verlos con la lengua de corbata y con la barriga abierta y las tripas aun vibrando de la rabia por no haber podido defenderse. O en otras ocasiones despertaba temblando porque en sueños creía ver el cuerpo de mi amigo Felipe Fonnegra, despanzurrado después del bombardeo en el territorio Vásquez, lo que significó el fin de mi primera aventura guerrillera.

Entonces, para derrotar esas visiones me encojo en mi cama ya olorosa a meados y adopto una posición fetal para no presentar un blanco tan grande a los sueños que me atacan sin piedad, así enroscado, con las uñas dispuestas a sacarle los ojos a esos fantasmas, el calor llega más rápido y el sueño aterrizo en los párpados con más libertad, hasta que –sin pensarlo– estoy navegando en el mundo del subconsciente. Pero qué va, es más fácil que un conejo diga misa, a que esos fantasmas de la violencia lo dejen a uno en paz.

Si a esas horas de la noche me pudiera levantar a ponerle la cara al espejo, mis ojos tristes, apagados y ya con las ideas a punto de marchitarse, de seguro seguirían musitando la consigna que desde joven me persigue:

– Ánimo, chino Cuéllar, tú fuiste hecho para cosas grandes, para la sacrosanta aventura de dirigir a tu pueblo por los senderos de la justicia social, para dirigir las organizaciones encargadas de sepultar las ínfulas de la oligarquía y trazar el camino de la liberación... Pero qué vaina, heme aquí todavía creyéndome ese cuento.

Pero bueno, como la vida de un viejo está hecha de un manojo de evocaciones; de un momento a otro la cara de mis compañeros de infancia y adolescencia aterrizo en mi mente, por allí se pasean los rostros de Badoin Vega quien con los años sería Decano en la Universidad Pedagógica, de Eufrasio Bernal, poeta como su padre y uno de los mejores ingenieros geógrafos de Colombia; de su hermano Rafael Humberto, diputado, senador y gobernador encargado; de unas hermanas que tenían, más bellas que los placeres humanos todos juntos; de los Vásquez, hijos de don Marceliano Vásquez y parientes de don Luis Cancino, el viejo más alto, pispo y caballero que había en Turmequé y que se la pasaba con don Salvador Ruiz y un joven llamado Arturo Moreno, tocando violín y tiple y haciendo las delicias de la gente que se aglomeraba en la tienda de su hermana Rosa Ruiz, y cómo no recordar a los Garzón, más godos que el pecho de un burro, apasionados

por la política y enemigos a muerte de los liberales como mi padre y mi tío José de Jesús, el famoso Palo de Haba.

Imposible olvidar al Pote Herrera y a su esposa Maruja, que tenía un restaurante en el marco de la Plaza donde vendían la mejor costilla de chivo de la región. Allí iban a comer personajes como don Floro Quintero, don Gilberto Chávez y su esposa Emma, padres de una legión de muchachas que hacían disparar testosterona a los chicos de la época; por allí pasaban don Antonio Meléndez, rico hacendado y enamorado de profesión; don Jorge Jiménez y sus hijos Joselyn, Gloria y Cecilia, más bellas que las rosas de mi jardín. También frecuentaban este restaurante la familia Cogollos y los González, descendientes de héroes de la Guerra de los Mil Días y que habitaban la casa que según decían había pertenecido al Cacique de Turmequé, Diego de Torres, don Siervo Muñoz y su esposa Rosa, padres del cura Rodulfo, de Carlina y otras bellezas de mujeres que hicieron las delicias como parejas de baile cuando existía el salón social, ubicado en el segundo piso de lo que hoy es el colegio Diego de Torres.

Y si las sillas no alcanzaban, media cuadra abajo estaba el restaurante de doña Rosa Ciriaca, excelsa cocinera que además de costilla de chivo vendía asaduras, guiso de pata, sancocho de pezuña, gallina asada y unas papas saladas con ají que hacían lamer los bigotes a cuanto viejo verde llegaba a saciar sus ganas de comer. También se asomaban don Moisés Vega con Pacho, Maruja y sus demás hermanos, don Otoniel Suárez y su hermano Alirio, padres de una constelación de hermosuras que nos quitaban el aliento, don Siervo Torres con su esposa Francisca, mis tíos Luis y Gustavo Solano con sus socios Luis Muñoz y Pablo Antonio Osorio, comerciantes de cerveza que traían de Bogotá para distribuirla en toda la provincia de Márquez. Estas familias eran lo que se denominaba la alta sociedad del pueblo y que constituía un núcleo muy bien posicionado económicamente y que, por lo tanto, tenían las mejores relaciones con los políticos liberales del departamento, lo que les daba para detentar el poder en todas sus formas.

Eran tan poderosas que un año antes de ser asesinado el caudillo liberal Jorge Eliécer Gaitán visitó Turmequé, en su automóvil buick verde manzana; mi padre y mi tío Luis Eduardo convocaron a los liberales del pueblo y le ofrecieron un agasajo que incluyó discursos, piquete y jugarreta al tejo, por la tarde el whisky corrió a raudales y cuando las sombras de la noche caían como pinceladas negras, el líder del Partido Liberal partió junto con su comitiva para Bogotá.

Los hijos e hijas de estos patriarcas fueron mis compañeros de juegos, los primeros y de parrandas y bailes las segundas; en esos tiempos se practicaba el balóncesto y éramos tan buenos que varias veces quedamos de campeones en diversos torneos intermunicipales que podían contar fácilmente con treinta equipos en la ramas masculina y femenina. Y

después de las competencias... al baile, en las espaciosas salas de las casas de familia, porque aún no existían las discotecas. De hecho, la primera de ellas apareció por allá en 1964 a cargo de Nevardo Ruiz, quien, con la ayuda de Marco Fidel Pulido, hijo del famoso Cojo Pulido, el zapatero del pueblo, pusieron a gozar a la muchachada de esa generación con la que muy poco contacto tuve porque las diferencias generacionales eran muy grandes.

Pero también fueron mis cómplices en una de las aventuras más hermosas que realizábamos sobre todo en época de verano cuando para aprovechar los calores nos íbamos para el río a un pozo que denominábamos "La Piedra", distante quince minutos del pueblo y sitio obligado de paseo con la muchachada de entonces; allí aprendimos a nadar, a preparar las melcochas, pero sobre todo a respetar a las chicas como personas y a acatar las orientaciones de nuestros taitas que no nos hubieran perdonado una escachada con alguna de estas mujeres.

– Tanainas que uno la hubiera embarrado, pero ellos sí lo podían hacer y no pasaba nada...

Pero como antes nombré a don Luis Cancino, no puedo dejar pasar desapercibido lo sucedido alrededor de su muerte. Quienes conocimos a don Luis en sus últimos años, siempre nos sorprendíamos de su enorme estatura, de su don de gentes y su disciplina para ayudar a su esposa Emma en la vigilancia del negocio, que desde hacía más de cincuenta años tenía frente a la puerta falsa de la iglesia y donde además de vender de todo, nos ofrecían unos pastelitos, una especie de milhojas, redondos y de un sabor tan especial que más de uno de nosotros alguna vez rompió la alcancía para ir a comprar las sabrosuras de misiá Emma. Y allí nos encontrábamos con don Luis siempre vestido de paño, camisa blanca y un corbatín de colorines que le daba un aspecto de gran señor; muy parecido a los personajes de las películas mexicanas que los lunes llevaba Cerveza Andina para proyectarlas en la plaza. Caminaba erguido y por la avanzada edad se apoyaba en un bastón, cuya empuñadura decían que era forrada en oro.

Y un día se enfermó, cayó a cama pero transcurrieron los meses y ni se mejoraba ni se agravaba, entonces determinó mandar hacer una caja mortuoria y llevarla a su casa con el fin de presionar a la muerte para que lo visitara lo más rápido posible. Los hijos de don Marceliano, su cuñado, se llamaban Chelo y Manolo y nos contaban que la enfermedad era desconocida, que el pobre hombre ya ni abría los ojos y que solo le daban caldos como alimento, que ya no reconocía a nadie y que ni siquiera se acordaba de su nombre. Los chinos nos decían que el hombre se estaba muriendo era de viejo.

Pero como no hay deuda que no se pague ni plazo que no se cumpla, el día llegó y don Luis Cancino estiró la pata, lo vistieron mejor que en vida y cuando trataron de meterlo en el cajón ... no cupo, las rodillas sobresalían

demasiado, le quitaron el sombrero y los zapatos a ver si se acomodaba y nada, entonces mandaron traer al carpintero y este determinó que había que agrandarlo porque a la hora de la muerte el difunto se había estirado casi quince centímetros. Los familiares fueron sacados de la sala ubicada en el segundo piso, a la espera del arreglo del cadáver. Cuando finalmente esto se resolvió, el cura los había mandado llamar ya como dos veces; subieron apresurados, tomaron en sus manos la caja fúnebre y como la escalera que tenían que bajar era muy angosta y de espiral, la levantaron de la parte de adelante con tan mala fortuna que quien la sostenía de un lado, resbaló y se fue de cabeza escaleras abajo, el peso del muerto arrastró a los demás y el cajón haciendo un estrépito infernal se descolgó y fue a parar al patio del primer piso.

El estupor fue general, repartieron café y aguardiente, algunos rezaban desesperadamente y otros fueron a llamar al carpintero para hacer nuevamente las reparaciones. El cadáver fue sacado del féretro y, sobre una sábana, colocado en el piso. El hombre trabajó lo más rápido posible y media hora después, salieron de la casa rumbo a la iglesia. Lo novedoso de esa jornada fue que el cajón fue reparado a pedazos y parcialmente, colocándole chapetas alrededor para asegurarlo y evitar que nuevamente el difunto saliera a pasear por ahí. Por supuesto que los comentarios alrededor de este suceso fueron la comidilla de todos los chismosos del pueblo y el hazmerreír de quienes como nosotros éramos capaces de sacarle pelos a una calavera. Qué pena con ese gran amigo. Paz en su tumba.

Otra anécdota chistosa tiene que ver con don Alfonso Ibáñez Medina, un joven conservador que llegó a trabajar a la Alcaldía a mediados de la década del cuarenta y se hospedó en la casa de doña Rosa Ruiz, que a la sazón tenía unos cuarenta y cinco años y que además de solterona, las malas lenguas decían que aún estaba virgen, pues bien, como pasaba el tiempo y Alfonso no le pagaba ni el arriendo ni la comida, a los tres años la señorita lo increpó:

– ¡O me paga, o se va...!

El hombre estaba bien recomendado en la Alcaldía, pero su exagerado gusto por el trago y la cerveza no le permitía pagar el hotel, entonces le pidió plazo a la casera, pero como esto ya había sucedido varias veces y nunca cumplía, doña Rosa lo cogió de la solapa del saco y con una voz enronquecida por la rabia le dijo:

– Yo no le creo más sus mentiras... ¡la única manera de que le rebaje la deuda es que se case conmigo...!

Y al pobre mancebo no le quedó otra alternativa que casarse con esa señora, aunque siguió en la juerga, como empleado de la Alcaldía era el maestro de ceremonias en las fiestas, en los aguinaldos de diciembre, con

ocasión de un evento deportivo o cuando llegaba al pueblo un político importante, en esas ocasiones su voz gangosa y su facilidad de expresión se ponían al servicio de la comunidad que aprendió a querer a ese locutor bajito y barrigón, pero de una calidad humana extraordinaria que durante más de cuarenta años se metió en el alma del pueblo.

Otro recuerdo imborrable es el del cantor, don Carlos Pérez, quien por casi cincuenta años interpretó música religiosa en el armonio de la iglesia y que, además ejerció el oficio de fotógrafo con tanto éxito, que hoy el archivo de su trabajo es referente de la historia de todas las familias; gran amigo del cura Jorge N. Becerra y del sacristán Fernando León, con quien todos los días por más de cuarenta años, después del almuerzo se iban a una tienda, se tomaban dos cervezas cada uno y durante tres horas intercambiaban noticias, más bien chismes y anécdotas al por mayor como esta que se volvió popular en el pueblo:

Contaban que una vez el ayudante del cura, un fraile joven de apellido Hernández, enterado de que se estaban presentando casos de infidelidad e incluso de enfermedades de tipo sexual, un domingo en la misa de nueve subió al púlpito e increpó a sus feligreses de la siguiente manera: -A los señores de este pueblo, solteros y casados los quiero prevenir sobre la aparición de una epidemia de enfermedades venéreas cuya causa está en un afán desaforado de hacer culto al pecado de la lujuria, por eso les digo que cuiden a sus mujeres porque si no lo hacen, ahí sí nos jodemos todos... ja, ja, ja...

Los recuerdos brotan a borbotones, pero ese viaje al pasado a veces sirve para camuflar la triste situación de una persona mayor como yo. Por ejemplo, cuando la próstata comienza a doler, se sienten unas picaditas bajitas, parecidas a la picadura de una abeja enana, un escozor al orinar y un goteo imperceptible que hace que los calzoncillos siempre anden mojados por lo que el olor a viejo se siente cada vez más cerquita. Ahí es cuando empezamos a caminar encorvados, como despatarrados y temerosos de exacerbara esa pequeña ducha urinaria que se forma en medio de nuestras piernas.

De solo pensar que esos síntomas son la cuota inicial de un cáncer, se me forma una bola en el tragadero y siento que la inflamación de esa glándula avanza porque la vejiga crece y el bajo vientre se parece a una lombriz cuando se traga una alverja. Ahí es cuando uno piensa que muy pronto lo van a vestir con un pijama de palo, que después traerán una volqueta para llevarlo al cementerio y ubicarlo en un rectángulo forrado en cemento que no es otra cosa que la puerta de entrada a la eternidad.

De joven me asustaba con el fenómeno de la muerte, pero cuando los años le arrugan a uno la piel, uno se familiariza con ella y todos los días los que son creyentes rezan para que cuando llegue los coja confesados,



pero como yo no lo soy, solo quiero que me agarre bien bañado y afeitado para que los amigos que vengan al velorio digan que ahí está un muerto muy simpático. Lo del más allá no me importa porque como decía la abuela Isabel, al fin y al cabo, nadie ha hecho ese viaje a ultratumba y ha vuelto para contar como es eso.

Al pensar en eso, una congoja infinita me entra por las fosas nasales y agolpada en el pecho martillea como si un herrero le diera golpes a un hierro al rojo vivo, carraspeo para no ahogarme, pero la tos viene enseguida y una lluvia de estrellas brota por mis ojos; entonces, entre gallos y medianoche veo moverse tras las sombras a una vieja amiga vestida de negro, con su sonriente calavera agitando una guadaña y haciéndola sonar por detrás de las cortinas de la habitación.

Una claridad lechosa se abre paso y es cuando vienen a mi memoria las veces que logré escaparme de sus garras, en Saldaña (Tolima), volé como un cohete cuando tras un juicio en un parpadeo me fugué, cuando en Caucasia me escapé cuando el ejército nos iba a detener y cuando en Planadas salí corriendo a tiempo, apenas para escapar de las balas asesinas de Desquite y Tarzán que se reían zumbándome las orejas con su dosis de fanatismo.

Es que la cara de la parca puesta en el espejo retrovisor no es nueva para mí y quién sabe hasta cuándo voy a continuar mamándole gallo, porque de todas maneras como decía Miguel Delibes en *La hoja roja*: la vida es una sala de espera y todos estamos en ella y en cualquier momento alguien al abrir la puerta dice: El siguiente, y a ese turno nadie le puede sacar la maleta puesto que de que llega, llega. Y cuando eso suceda ya sabemos cuáles son los pasos a seguir: el médico legaliza el deceso, los deudos contratan la funeraria, los avisos mortuorios, la buseta que lleve a la gente hasta el camposanto y el registro de defunción donde el nombre de uno sirve para que el Estado certifique que uno torció las patas.

Que vaina, durante la mayor parte de la vida luchando contra ese feroz estado burgués terrateniente, para que al final sea ese engendro quien lo declare a uno como fallecido. Me entra una rabia infinita al ver que al susodicho Estado no le pude dejar ni un rasguño en su asqueroso rostro. De tanto toser, mis ojos se tornan sanguinolentos y una angustia enfermiza, del color de este papel se pasea por mi rostro al comprobar que, con cada esfuerzo, un capullo de orines sale de la vejiga desparramándose por ente los húmedos calzoncillos. Esa maldita próstata me está pasando la cuenta de cobro por mi agitada vida sexual y por los desórdenes que sin cuartel festejé en este cuerpo que cada día que pasa está más arrugado que una platada de rubas bien saladas.

– Pero si de desórdenes y locuras se trata, me viene a la memoria la figura de Eutiquio Leal (comandante Olimpo), un guerrillero comunista que operaba en el sur del Tolima y que aplicaba a rajatabla las

orientaciones del Comité Central al punto de ordenar la colectivización de la tierra y obligar a los campesinos a trabajar igual que lo hacían en los campos de Rusia. Pero el hombre llevó las cosas a tal extremo que, en una de sus resoluciones arbitrarias como comisario político decidió colectivizar también a las mujeres, al comienzo el vergajo se dio la gran vida comiendo aquí y allá, hasta que la indignación de sus compañeros colmó la taza y por encima de la disciplina partidista le hicieron un juicio y si no se vuela, lo matan. Es que el fanatismo no tiene fronteras.

Otro ejemplo de la insoportable levedad del ser como dijera Kundera fue el caso de mi amigo Carlos Ve un hombre con varias versiones, valiente y bragado como pocos, compañero en mis retozos en las grandes movilizaciones de los estudiantes en la década del 70 y en esas explosiones humanas que eran las marchas campesinas en las ciudades y en los campos entre los años 70 y 80 y en ese lúgubre trajinar por la carrera séptima a finales de los 80 y comienzos de los 90, cuando el paramilitarismo y la guerra sucia formaron el país y cayeron asesinados candidatos presidenciales, sindicalistas, defensores de derechos humanos y líderes progresistas de todas las tendencias en una orgía de sangre donde la derecha y el narcotráfico aliados, silenciaron las voces de protesta en aras de combatir el comunismo.

Carlos Ve. era tan verraco, que una tarde, en plena carrera séptima, se agarró con unos manes de la tenebrosa Tradición, familia y propiedad (TPF), hija morganática del *Opus Dei*, les rompió las banderas y con un palo que servía de asta le rajó la cabeza a un sujeto alto, mono y que parecía ser el jefe.

Ver a esos sujetos uniformados al estilo de los guardias suizos, unos con sus banderas y gallardetes rojos, verdes, amarillos y blancos, adornados con águilas imperiales y otros, repartiendo volantes llamando a combatir el comunismo en todo el mundo era algo que aculillaba al más valiente. Menos a nuestro amigo. En esos aciagos días, Carlos Ve era secretario político del Nuevo Liberalismo Independiente creado por Clara López Obregón en abierta rebelión a las posiciones caudillistas de Luis Carlos Galán Sarmiento y en ese plan acompañaba a la dirigente a sus giras al lado de Pardo Leal, Bernardo Jaramillo, Pizarro Leóngómez, y más de una vez en medio del traqueteo de las metralletas y el ruido ensordecedor de las motos de los escoltas, se jugó la vida para salvarle el pellejo, por eso esa gran mujer profesa por él una admiración rayana en la devoción.

De su brazo iba en un apretado escuadrón el día del entierro de Pizarro Leóngómez cuando la fuerza disponible de la Policía para repeler el ataque a piedra que unos estudiantes les hicieron, disparó una granada de gas lacrimógeno que le golpeó en el pleno y la tiró al piso; sin pensarlo dos veces, se lanzó sobre ella y la cubrió con su cuerpo; pero al sentir el sofoco de los gases se dio cuenta de la gravedad de la situación y junto con otros

compañeros la llevaron a la clínica San Pedro Claver desde donde salió al día siguiente para el aeropuerto El Dorado, abordó un vuelo charter, rumbo a un hospital de Miami a un tratamiento de desintoxicación que duró dos meses.

La historia de Carlos Ve es tan fascinante que por esos días y sin dudarlo viajó a Puerto Boyacá, ya bautizada como la capital anticomunista de Colombia, a entrevistarse con un cura que era su amigo y paisano, quien le mostró fotos y le informó sobre los extraños movimientos en una hacienda ganadera del pueblo donde mercenarios israelíes estaban entrenando a unos narcotraficantes que más tarde serían los paramilitares encargados de barrer de la geografía colombiana a todo sospechoso de ser guerrillero o comunista.

En compañía del cura asistió la noche siguiente al batallón Bárbula donde conoció al General Faruk Yanine Díaz, al Coronel Echandía, a Jair Klein y su grupo de mercenarios extranjeros, a un tipo alto, de sombrero blanco y de mirada huidiza al que más tarde identificó como Gonzalo Rodríguez Gacha, a los Lesmes, a los Pérez, a Pablo Guarín, al negro Vladimir, a Iván Roberto Duque y otros con más cara de asesinos a sueldo que de hombres al servicio de la democracia, todos afanados por estudiar un documento programático que le daría vida al Movimiento de Renovación Nacional (MORENA), arma ideológica de la oligarquía reaccionaria, de los narcotraficantes y terratenientes para frenar el avance de la guerrilla, impedir la organización de los sectores sociales, los sindicatos y las organizaciones campesinas y sobre todo declararle la guerra a los defensores de derechos humanos, a quienes consideraban como el brazo legal de la subversión.

Luego de una noche donde abundaron los discursos, la buena comida y el mejor whisky, el cura lo hospedó en su casa y al día siguiente salió muy temprano para la capital. Allí se entrevistó con Clarita quien ante la gravedad de lo narrado se reunió con el Comité Central del Partido Comunista para estudiar el documento de ochenta páginas que, a manera de informe, traía nuestro amigo y que además de lo observado y oído traía una bomba: la mafia estaba artillando unas avionetas para bombardear la sede del secretariado de las FARC en Casa Verde el día de la instalación de la Asamblea Nacional Constituyente; pero, qué ironía, a Casa Verde no la bombardearon los mafiosos sino la aviación del gobierno por órdenes del entonces presidente Cesar Gaviria, el día de la instalación de la Constituyente y cuando los soldados llegaron a La Uribe después del bombardeo en medio de las ruinas calcinadas encontraron una biblioteca en la cual había dos libros de poesía: *Pido la palabra* y *Gritos de vida*, medio chamuscados y firmados por nuestro amigo Carlos Ve, el vergajo además de revolucionario era poeta y yo nunca llegué a saberlo. ¿Que cómo llegaron esos libros por allá?, ¡averígüelo Vargas!

Después de esta locura y aprovechando la amistad con el negro Quiñónez y varios líderes campesinos del Magdalena Medio, se infiltró entre esas hordas asesinas y sacó información importante que a pesar de lo valiosa no pudo detener la orgía de sangre que a partir de ahí vivió el país. Hasta que un día, Clara y otros amigos conscientes del peligro que Carlos estaba corriendo le prohibieron volver por allá donde si lo hubieran descubierto los paramilitares, habría quedado como sobrado de tigre, máxime que por esa época nuestro hombre era el vicepresidente de la Asociación Distrital de Educadores y en su calidad de sindicalista esos asesinos no le hubieran dejado ni un hueso bueno.

Ese hombre revolucionario, lector empedernido e intelectual de alto vuelo, frisaba los cuarenta y cinco años, tenía un hogar: una señora y unos hijos educados en la tradición, con los que salía los fines de semana a los parques a comer helados o a los cines a ver las cintas de moda, pasara lo que pasara siempre estaba en su casa, tomaba muy poco, no fumaba y trabajaba como un burro para darle felicidad a su familia; hasta que una noche fue invitado a Barranquilla a un congreso nacional de profesoras de preescolar, y en una parranda a la orilla del mar, amenizada por el Joe Arroyo conoció a Sandra Marcela, una exuberante rubia de cabellos crespos, chispeante mirada color café y un excitante acento paisa, atributos con los que hacía toda clase de picardías en la pista al apasionante ritmo de la salsa. Sus senos de Milo, sus endiabladas caderas y sus macizas piernas enloquecieron a mi amigo, quien a partir de esa noche cambió todos sus hábitos de vida, descuidó su hogar y se dedicó a rendirle homenajes a semejante monumento de mujer.

Los versos de amor brotaban a raudales llenando de pasión las hojas antes pálidas y desteñidas;

*Busco entre tu blusa/dos panes calientes  
hechos de levadura y picos de paloma  
para cubrirlos con mis manos sin dedos ni distancias  
y adornarlos con besos descremados y pistachos de viento.*

Los poemas disparaban pasión por los cuatro costados; esa mujer lo embrujó porque sus locuras eran compartidas, viajaba a Manizales de donde era la chica y allí hasta altas horas de la noche cada quince días en las discotecas y amanecederos exprimían toda su pasión por el baile y en los moteles con una botella de aguardiente entre pecho y espalda, desesperados saciaban su sed de amor. Viajaron por toda Colombia. El hombre alquiló un apartamento en una zona exclusiva y en eventos especiales arrendaba la suite matrimonial de uno de los mejores hoteles de la ciudad a donde iban sus amigos directivos docentes, su socio de la librería y sus amigos teatreros e intelectuales que conformaban su círculo íntimo.

Su auto era un vejestorio modelo 53, dotado de un potente motor que fácilmente los llevaba a la Costa Atlántica, a los tomaderos del río Cauca, a Anserma, a Medellín y a todas las tabernas de la zona rural de Manizales, a eso lo llamaban ir de fonda en fonda y en esos interminables guayabos el poeta escribía toneladas de metáforas para dejar constancia histórica de su locura:

*Te quiero por encima de los vicios, de prejuicios,  
juicios y perjuicios.*

*Te quiero por encima de la ropa,  
por encima de la piel o dentro de ella.*

*Te quiero imperfecta, miedosa y atrevida  
llena de defectos, repleta de virtudes,  
capaz de medirle al mundo el aceite  
con el filo de tu mirada de cuchillo.*

*Te quiero con tu aliento enguayabado  
con tus manos de seda y tu cuerpo que gime  
en los momentos supremos del amor.*

Fue la enajenación total, su empleo de maestro y su cargo en una prestigiosa editorial, su categoría de intelectual de la pedagogía y su calor de hogar poco a poco se fueron diluyendo en el voraz cataclismo de ese amor; hasta que un día en un motel de carretera a las afueras de Manizales, después de tres días de parrandas, su corazón no resistió y su novia en medio de gritos desgarradores descubrió que hacía rato estaba muerto y cuando quiso reaccionar ya era tarde. Sus pequeños hijos Mateo y Sarita que nunca llegaron, aún esperan que ese estupendo padre les de la vida.

La pena a todos nos golpeó, su recuerdo indómito, rebelde y atrevido nos acompañará a cada momento de nuestras vidas. Paz en su tumba.

*La gente dice que quiere con el alma  
el corazón e incluso con el hígado  
yo al igual que los griegos, lo que siento por ti  
sale de las tripas, corre por el estómago y se riega por todo el cuerpo  
obligando a mi mano a escribir cuanto te amo.*

Poema lapidario, testamento de su locura, memorial eterno de su capacidad de amar.

El paso de mis recuerdos es más lento que burro trasnochado y a la sombra de sus rebuznos se aparece la muchacha de servicio y me encuentra llorando, trae en sus diminutas manos un vaso de leche con un bocadillo, me lo pasa por la cara, lo deja en la mesa de noche y al salir me ametralla de nuevo con sus consejos:

– ¡Ay! patroncito, en esta vida no hay que tomarse las cosas tan a pecho porque termina uno más angustiado que gato en parranda de perros, más bien tómese la lechita caliente que eso le sube el ánimo.

– Gracias, hija, pero es que no tengo apetito. Cuando usted sale, pongo a funcionar el reflexiómetro y me digo:

– Tan güevón uno, a mis 75 años he vivido ... 27.375 días, poco tiempo en relación con los millones de años que pasaron antes de que papá y mamá se juntaran para traerme al mundo y con los millones de años que pasarán luego de que yo muera, porque como dijo alguien: la vida es un espacio entre dos eternidades, para fortuna esos miles de días fueron bien vividos, qué carajo. Todo esto lo pienso mientras me limpio de las barbas las gotas de leche que se escurren perezosas.

Mis huecos ojos se pasean por el techo y en mi calculadora mental me pongo a convertir esos días en horas, minutos y segundos, anoto los resultados en una servilleta y después de cuatro o cinco reflexiones concluyo:

– No joda, eso es muy poco tiempo a pesar de todo. Pero si esta energía que tengo atrapada en mis entrañas apenas es un soplo, para unos es un ejercicio vivificante, servicial y con sentido profundamente humano, pero para otros es una obsesión egoísta por ser y tener más como si el día que uno se muera le pudieran echar al féretro todas las maricadas que se consiguieron en la vida.

Entonces se me viene a la cabeza recordar a cuántos entierros he asistido en la vida y los clasifico en varias categorías: los sepelios de mis amigos que perecieron en la montaña en los combates contra el ejército de nuestros enemigos de clase, los asesinados por sus propios compañeros en los mal llamados juicios revolucionarios, los caídos en el Régimen del Terror en los años 80 y 90, con misa y desfile por la séptima hasta el cementerio Central y los funerales de quienes murieron de muerte natural. En conclusión, calculo que entre unos y otros, a mis setenta y cinco años, he acompañado a su última morada a uno diez mil hombres y mujeres a quienes regalé un suspiro y una lagrima al borde de su tumba y prometí nunca olvidarlos. No es para nada halagador que después de compartir tantas cosas uno termine despidiendo a sus amigos con tan pocas cosas.

– Y eso sin contar con los amigos, luchadores sociales que acusados de ser auxiliares de la guerrilla fueron desaparecidos o asesinados y arrojados a los ríos por los paramilitares porque según ellos al masacrarlos les quitaban a las guerrillas sus bases sociales. A esos sepelios no pude asistir porque en la lógica de la guerra esas fuerzas contra insurgentes creían que quien se apareciera a recuperar un

cadáver o darle sepultura también era guerrillero y había que darle plomo. Por eso, para ellos no hubo ni una corona, ni un suspiro, ni una lagrima. Qué hijo de puta país el que me tocó vivir, tanto odio y tanta guerra corriendo por ahí, tenía razón el General Uribe Uribe cuando dijo que a este país lo estaba matando la intolerancia.

Intolerancia que proviene como una herencia maldita del fanatismo religioso que al ser combinado con la política produce una bomba que está a punto de convertirnos en un estado fallido. Sin que la izquierda se escape a esos fanatismos, porque Gilberto Vieira, jefe del Partido Comunista fue un cura jesuita, al igual que Pedro León Arboleda, Caraballo y muchos izquierdosos tan o más dogmáticos y apasionados que los curas fundadores del ELN. La Derecha aún cree que hay que extirpar el Socialismo y el Comunismo y que, como dice Paloma Valencia, trabajar por una democracia donde solo quepan los buenos. Obvio que si continua esta polarización, el proyecto de sociedad se puede convertir en un intento fracasado con todas las terribles consecuencias que esto significa.

Por alguna extraña razón a lo lejos oigo un pitazo largo y prolongado y juro que se parece al del tren en el que andábamos con mi padre cuando yo era chiquito y teníamos que viajar a Bogotá, lo cogíamos en Ventaquemada o en la Nevera cerca de Villapinzón, estaciones a donde se aprovisionaba de agua y carbón y mientras lo hacía, bufaba y botaba humo por debajo de la barriga, varias veces mi padre me sorprendió en cuatro patas y mirando por debajo, entre los rieles y las ruedas de la máquina a ver si descubría el sitio de donde salía esa humareda blanca y lechosa.

Me gustaba la ceremonia de llegar a la estación, comprar el tiquete, sentarnos a esperar y cuando sonaba la bocina del monstruo, dirigirnos al sitio de parada en medio de vendedoras de gallina, arepas, mogollas, masato y chicha. En ocasiones mi padre compraba el comiso envuelto en hojas de rigua para darle materile una vez ocupáramos nuestros asientos, que a veces eran tan duros y rígidos como la madera de la cual estaban hechos y otras veces tapizados, mullidos y suaves, de acuerdo con la categoría del vagón asignado. La pelea para ocupar un buen asiento era a codazo limpio entre campesinos olorosos a sobaco de marrano, viejas con gallinas debajo del brazo, con canastos de comida o mercado, chinos chiquitos con sus narices sucias y llenas de mocos y cuando uno lograba acomodarse aparecía el revisor de los tiquetes, uniformado de azul y con una perforadora en la mano pidiendo que exhibieran ese papelito para marcarlo y no tener problemas.

No recuerdo haber visto nunca que ese agente recibiera dinero en efectivo por el pasaje, todos los comprábamos en la ventanilla de la estación y quienes no lo tenían o se habían montado a hurtadillas, se las arreglaban para escurrir el bulto y no dejarse bajar en la próxima estación. Me fascinaba sacar la cabeza por la ventanilla y recibir en la cara el frío

penetrante del altiplano, asomarme por el hueco que quedaba entre los vagones y ver cómo la paralela de los rieles y los travesaños corrían como locos por debajo de las ruedas, cómo el paisaje volaba tras el humo del buitrón de la máquina que se perdía en ese horizonte montañoso, como un inmenso tabaco en manos de un gigante al galope.

Amaba el tren, hasta el fatídico día de la Semana Santa del año 40 cuando a mi casa de Turmequé llegó jadeante un mensajero de la oficina telefónica con la noticia de que el tren que venía de Bogotá con veinte vagones repletos de pasajeros se había descarrilado antes de llegar a la estación de Ventaquemada y entre los muertos y heridos figuraba mi padre. Mi tío Luis Eduardo y mi madre en un carro Ford propiedad de mi tío Luis Solano raudos fueron al lugar del accidente y a lo lejos contemplaron el tétrico espectáculo que ofrecían dos locomotoras incendiadas y metidas de narices contra el barranco y unos vagones humeantes con los hierros retorcidos, incrustados unos entre otros, desparramados por la ladera y un concierto de ayes y lamentos de quienes aún no habían podido ser rescatados.

Mi tío que era amigo de la policía y las autoridades del pueblo pudo meterse de voluntario a ayudar a sacar cadáveres mutilados y heridos cubiertos de sangre y de barro, allí descubrió entre uno de los vagones de atrás a mi padre que aprisionado entre los asientos gritaba pidiendo auxilio, con barras y picas rompieron el material que atenazaba su cuerpo, lo sacaron, lo llevaron a la estación a una especie de hospital y allí descubrieron que había perdido su pierna derecha, que el muñón sangraba copiosamente y que mi cucho se había desmayado.

Fue remitido a Tunja donde estuvo recluido tres meses, cuando llegó a la casa iba en muletas, pero gracias a las relaciones que tenía en el mundo de la política al año llegó de México la prótesis que lo acompañaría toda la vida. Así pudo volver a caminar con cierta comodidad, pero no pudo evitar que el vulgo del pueblo le pusiera el mote de El Cojo Cuéllar. Le cogí mucha aversión a esos bichos y partir de entonces me subía a ellos por obligación y en una ocasión no pude evitar la pregunta que me ahogaba y le inquirí a mi padre que me contara con detalles lo que había sucedido en ese accidente que les costó la vida a unas ochenta personas y dejó heridas a más de doscientas. Todo pasó así:

– Era un martes santo, en la estación de La Sabana en Bogotá y en la de la calle 63, la muchedumbre que quería viajar era impresionante, por la mañana había salido un tren con quince vagones y gente colgando, al de la tarde les tocó colgarle cinco vagones más y dos de las máquinas más potentes que poseía la empresa. A la una de la tarde el tren cargado hasta la manija ya salía por el puente del Común rumbo a Nemocón, Santa Rosita, Chocontá, Ventaquemada, Tunja y Sogamoso, itinerario de un día normal.



Pero lo que no era normal era que el maquinista de la primera máquina, un hombre de experiencia, viejo conductor de trenes, como que había estado desde la inauguración del ferrocarril Bogotá- Belencito en 1928, ese día, precisamente ese día, llevaba en el compartimento, cómodamente sentada a una amante que se había ofrecido a acompañarlo. Los fogoneros, encargados de palear el carbón del tender a la máquina le recriminaron ese hecho porque estaba prohibido, pero el hizo caso omiso y se dedicó a galantear a su muñeca. En Santa Rosita le compró un piquete que compartieron con el personal de cabina, el frenero y los auxiliares, en Chocontá compró una botella de aguardiente y entre brindis y brindis le iba enseñando a la muchacha la compleja tarea de conducir un tren.

En Villapinzón, compró otra y se demoró más de la cuenta contándole anécdotas de su vida laboral y de lo fácil que para él era manejar ese juguete, de ahí para allá, entre carcajada y carcajada, beso que iba, beso que venía, no se dio cuenta de que habían arribado al Alto de Ventaquemada y se iniciaba un peligroso descenso, más grave todavía por el sobrepeso que llevaba el convoy.

A estas alturas del viaje, el hombre ya iba borracho y terco como una mula desatendió las observaciones de sus compañeros, quienes al advertir que el tren comenzaba a tomar velocidad intentaron iniciar las maniobras de frenado, pero el maquinista lo impidió para impresionar a la novia. Cuando se percató del verdadero peligro ya era demasiado tarde, el pesado vehículo con más de doscientos pasajeros encima y la carga de los equipajes se había vuelto un monstruo indetenible.

Fueron más de cinco kilómetros de loca carrera, en bajada, hasta que faltando quinientos metros para llegar a la estación de Ventaquemada, en una curva la maquina se salió de los rieles y arrastró tras de sí a la otra y a los veinte vagones...lo demás ya lo sabes, no sé por milagro de quién, pero, como yo iba en los últimos vagones, al mío lo frenaron los de adelante y por eso el número de muertos y heridos en la parte de atrás fue menor de los que produjeron los de adelante. Del maquinista y su novia solo rescataron los cuerpos calcinados y media botella de aguardiente, mudo testigo de la mayor tragedia férrea de ferrocarril del Nordeste, en todos los tiempos.

Luego de repasar tan infaustos sucesos, la nostalgia se encaramó entre sus ropas y no hallaba qué hacer para superar esas ganas de llorar, de golpear a alguien o a más no poder, gritar con todas las fuerzas de sus cansados pulmones, en esta debacle emocional lo único que se le ocurrió fue ir a un sitio prohibido para él: el mueble donde guardaban los licores. Prohibido porque la última vez que lo había abierto desocupó una botella de vodka y la que se armó en esa casa fue algo para no mencionarlo. Pero haciendo caso omiso de tan infaustos sucesos se atrevió, a sabiendas de que esta vez el problema podía ser el medicamento que estaba tomando

para la hipertensión, pero como quería desahogarse, de alguna manera se dejó llevar por la tentación y se sirvió un buen vaso de whisky Jameson.

El primer sorbo le supo a gloria, un calorcillo enervante le llegó al cuerpo, con el segundo comenzó el desfile de eventos y personajes en quienes había degustado en licor: el Secretario del Partido Comunista Italiano, el Primer Ministro de Albania, François Mitterrand, antes de ser primer ministro, los consejos de redacción de Prensa Latina con Gabo y Plinio Apuleyo, en el comité de gerencia de La Editorial Oveja Negra, con José Vicente Kataráin a la cabeza, con el ministro Peñalosa Camargo etc....fueron tantos los buenos momentos que merecían varios brindis y entre uno y otro ya llevaba media botella, fue al baño y al meterse dentro de la luna del espejo vio su rostro enrojecido y además sintió unas pequeñas punzadas en la cabeza, asustado se agarró del grifo y se bebió largas bocanadas de agua.

Se arrellenó en un sofá, puso música suave y al vaivén de tan agradables melodías no notó que se estaba poniendo pálido, que un temblor lo acariciaba, que su lengua se estaba volviendo pastosa y que podía oír los latidos de su corazón en la caverna de su cráneo, cuando se dio cuenta del tamaño de su irresponsabilidad, esta salió expulsada de su estómago en tonalidades verde amarillentas que se fijaron a la superficie del tapete, los ojos se le nublaron y la respiración se le hizo difícil. Hasta ahí se acuerda porque al caer se llevó por delante la mesita de centro con la botella y el vaso a mitad de camino. Afortunadamente, a los pocos minutos apareció la hija, quien de inmediato llamó una ambulancia y fue llevado a la clínica Marly.

Pasado el incidente lo llevaron de nuevo a su casa y durante varios días la depresión se apoderó de él, no solo por el cargo de conciencia que su borrachera había producido sino por la cantaleta de su hija y su nieta reprochándole su irresponsabilidad. -Son una parranda de canta mañas como decía mi difunto abuelo. Entonces se iba para el balcón y se sentaba en un asiento de madera, pero como este era muy duro y rígido se sentaba en la orilla para proteger la próstata, pero estando así los pies se le adormecían por la mala circulación, se levantaba, caminaba y echando sapos por la boca farfullaba entre dientes:

- ¡Esta puerca vida cada día está más difícil de sobrellevar...! Se acomodó en su butaca de palo y escuchó sin querer los ruidos de la calle, de pronto vio un coche fúnebre que arrastraba una sirena perezosa y se acordó que apenas hacía quince años le había tocado llevar a su padre en un vehículo de esos después de que una buseta sin frenos lo arrollara cuando salía a comprar el pan, que cinco años después en una andanada de tragedias había llevado al cementerio a su madre Antuca y a su hermano Juan: dos de sus más entrañables seres queridos y que en esa pelea con la muerte en el último año también

acompañó a cinco amigos a su viaje a las fronteras que delimitan el acá con el más allá.

– Y a todas estas el día que yo me carranguee, quiénes irán a acompañarme, a despedirse de este idealista que en la vida no hizo más que alimentar utopías. Esperemos a ver esta vaina como termina. Aunque me hubiera gustado terminar como mi amigo Carlos Ve, en el paroxismo enervante de una pasión amorosa como la que a él lo consumió o de héroe en el campo de batalla luchado fusil en mano contra los ejércitos de la burguesía. Pero como en esta vida no es lo que uno quiera sino lo que le toque.

Y para contrarrestar estos demonios que recorren mis recuerdos leo a dos manos libros y revistas de intelectuales de alto vuelo y escribo casi compulsivamente, produzco columnas de economía agraria y de análisis político que envío a *Caja de Herramientas* y a *Viva la Ciudadanía*, una organización que los jesuitas tienen, donde invitan a los interesados a escribir y a opinar sobre la realidad del país. Varias veces han publicado mis artículos y eso significa un consuelo muy grande porque siento que aún estoy vigente, que mis ideas y experiencias tienen importancia para guiar el pensamiento y la acción en esta guerra contra la Derecha que a sangre y fuego quiere copar todos los espacios.



## CAPÍTULO VIII

---

# Qué vaina ser uno viejo (II)

Alfonso Cuéllar

---

Ayer, mientras iba al médico me encontré con unos compañeros de la vieja guardia que aún están en el Comité ejecutivo de la ANUC y me invitaron a una sesión de la Comisión Sexta del Senado de la República. Como pude y apelando a la gentileza de la cuidadora del ancianato donde vivo, alisté mis mejores ropas, mejores es un decir porque son unos chiros viejos cortesía de los amigos que van a verme y al ver mi terrible situación vuelven con camisas, zapatos, calzoncillos y vestidos de paño a veces más grandes, a veces más pequeños, que no se ajustan a estos huesos repletos de nostalgia y mala vida.

Alguien me regaló para el taxi y llegué al edificio nuevo del Congreso, fui conducido al salón y al cabo de pocos minutos me llamaron para una intervención de quince minutos. En la tarima reconocí a César Pachón, dirigente del paro agrario, a Aida Avella, una de las pocas supervivientes de la UP, a Paloma Valencia, uribista de profesión y a otros personajes de la fauna política de este país y a muchos compañeros de las organizaciones agrarias. Con voz destemplada pero llena de una profunda convicción destapé la caja de mis planteamientos sobre el problema agrario, al fin y al cabo, las ideas del ex presidente Lleras Restrepo siguen vigentes y la situación en vez de mejorar tiende a empeorar. Con un estruendoso aplauso fui despedido y después de recibir algunas contribuciones solidarias volví a la sordidez de mi habitación que comparto con un viejito que ronca como un tracto mula en bajada y huele a meaos, mierda y mal aliento.

La mayoría de mis antiguos camaradas se sorprenden de verme en tan lamentable estado... ¡huy! qué le pasó Juan, cómo está de flaco, y qué pasó con su pierna, por qué está andando en sillas de ruedas, etc...en muchas de esas preguntas noto como un morbo escondido, como unas ganas de echarme en cara mi pasada grandeza, comparada con la cara de lumpen

que hoy paseo por estas desvencijadas calles. Pero qué hacer, si esa es la condición humana.

Días más tarde llegó a mis oídos una noticia: El Presidente Duque va a ir a la casa campesina de la ANUC en el barrio San Javier, a tener un diálogo con los dirigentes para llegar a un consenso sobre las Zonas de Reserva Campesina y sobre la implementación de los Acuerdos de Paz de la Habana en materia agraria. Oportunidad de oro que estaba esperando para cantarle la tabla al gobierno por la manera que está manejando estos temas pues se nota a todas luces que lo que quieren es minimizar estos acuerdos y darles vida a esos famosos tenedores de tierra de buena fe, que no es otra cosa que darle patente de corso a los despojadores para que legalicen la tierra robada a los campesinos.

Un amigo me consiguió la invitación y allá aterricé; en medio de la parafernalia de seguridad intenté ingresar al auditorio de la casa campesina, edificación de estilo republicano y de una manzana de grande que fue conseguida por acción del entonces Secretario Ejecutivo de la ANUC yo, Juan de Dios Torres.

– En el año 1978, intermedíé ante el Padre Campoamor, jefe de una comunidad religiosa e hice que el gobierno la comprara y la entregara a la ANUC. Más tarde, con ocasión de la unificación de la organización, entre la Línea Armenia y la Línea Sincelejo, la casa recibió a sus nuevos dueños quienes por poco la dejan rematar por no pagar ni los recibos de servicios ni los impuestos. Mario Valderrama, antiguo asesor de Reforma Agraria de Carlos Lleras Restrepo, hizo las diligencias para que el inmueble fuera declarado patrimonio arquitectónico de la nación. Así logró salvarla y desde entonces es la sede de la Dirección Nacional de la ANUC.

Dije que intenté entrar a la casa que tantos recuerdos representa, pero por un error de trámite, la guardia no me dejó ingresar pues la sesión era solo para delegados campesinos activos, más tarde me enteré de que mi intervención hubiera sido un verdadero desastre porque la conducta de la dirección actual de la ANUC es llevarle la idea al gobierno para que los apoye en las pequeñas necesidades de la organización y en gabelas para algunos de su dirigentes, pero me dio mucha alegría porque en la calle pude saludar a viejos amigos como Richard May, Octavio Ordóñez, José Martínez y al actual Presidente Luis Alejandro Jiménez, de Samacá, Boyacá, famoso por su capacidad de negociación con los representantes del gobierno, lástima que ya no sea para meterle el diente al problema de la Reforma Agraria sino para buscar la manera de sobrevivir como una organización altamente burocratizada. En este como en otros casos, los tiempos pasados fueron mejores.

Al otro día en la sordidez de mi habitación recibí la visita de Marcelino Chacón y algunos de esos amigos, me contaron algunos pormenores de la reunión con el Presidente de la República y concluyo que tenía la razón: cosas de puro trámite para sacar adelante algunas de las políticas oficiales, pero para el campesino raso... nada.

Disfruté mucho esta agradable compañía y recogí algunos pesos, pero días más tarde el dedo gordo de la pata derecha comenzó a dolerme, no le hago caso porque he llegado a la conclusión de que las enfermedades también son estados mentales que se posicionan y a punta de sugestión se convierten en realidad; por tanto, no le paro bolas a esa molestia y me dedico con ahínco a preparar una conferencia pues me enteré que en el Municipio de Turmequé van a celebrar el 13, 14 y 15 de octubre una gran jornada para recordar la infausta fecha de la llegada de los españoles a ese territorio el 20 de julio de 1537 y el asesinato de la mayoría de los caciques, dos años después, lo que obligó a los aborígenes a buscar refugio en los montes cercanos y a llorar la desgracia de su inminente desaparición como etnia.

La gran Jornada que denominaron del “Llanto Muisca”, contará con la presencia de catorce cabildos de Cundinamarca y Boyacá quienes van a participar en una serie de eventos propios de dicha cultura. En el pueblo, que se considera el epicentro de la vida de esa comunidad ancestral, por tanto, preparo mis apuntes y el domingo muy temprano viajo en bus con la esperanza de ser actor principal de ese programa, pero qué va, todo está ya programado y no hay manera de romper ese protocolo, así que abusando de la gentileza de mi amiga Gloria Jiménez pernocto durante dos días en su hermosa casa colonial, pero el dolor del dedo va en aumento y aprovechando la presencia de un médico amigo de la casa me hago examinar y el diagnóstico no puede ser más desalentador: Gangrena.

El Doctor me remitió de emergencia al hospital Santa Clara de la capital de la República y allí confirmaron el diagnóstico y después de una junta médica recibí otro mazazo más terrible que cualquiera de los que he recibido en la vida: es absolutamente necesario amputar la otra extremidad para detener el avance de esa porquería, hija putativa de la diabetes que no va a descansar hasta llevarme al más allá. De día, sentado en la silla de ruedas contemplo el hormiguero humano que se aposta a las puertas del hospital pidiendo atención, pero prima el negocio a la necesidad y la mayoría es rechazada para que se vaya a morir a otra parte, es la dinámica de la Ley 100 creada por el genio del mal, Álvaro Uribe Vélez y que a pesar de todas las injusticias que encierra la mantienen para que se beneficien las aseguradoras, las farmacéuticas y los negociantes de la salud.

En la noche casi sin alientos, el viento helado se clava en mis pulmones como astillas de palo de acacia. Y vuelve la soledad, la colosal soledad, mi compañera de infortunio que me abraza con sus fauces de perra, muchas

veces sus mordiscos me hacen lloriquear porque a la velocidad de las horas de la noche el sueño no llega y me pongo a discutir con ella a ver si puedo escapar de sus mortíferos mordiscos. Y en esta sala la cosa es más tétrica porque se acompaña con los murmullos quejumbrosos de los treinta pacientes que comparten este cuarto de la muerte; en grupo, pero cada cual sintiendo la soledad que antecede el laberinto de la eternidad, destilando la miel amarga de los recuerdos que se agolpan en procesión tratando de saborear los mejores momentos de la vida. recordando el olor de la leche materna, los regaños de la abuela rezongona, los fuetazos de un padre autoritario, el aleteo de los pájaros al recibir el flechazo fatal, la rugosidad amarillenta de la greda cuando se deslizaba entre los dedos para darle forma al muñeco que la maestra nos había puesto de tarea y las gallinas grandes y robustas que caminaban moviendo la cola de lado a lado en una forma muy parecida a la de la gorda y vieja abuela. Qué vaina... recordar es tan bonito, pero en esta maldita sala de urgencias es como echarle cianuro a un vaso de leche.



## Testimonios sobrevivientes

---

### I - JOSÉ REYES PRADO: LIDER CAMPESINO DEL PACÍFICO COLOMBIANO, NARIÑO Y EL VALLE

Meses antes de morir, me lo encontré en el Charco-Nariño, de pura casualidad. Invitado por el negro Quiñones viajé junto con mi familia hasta Buenaventura y luego en un barco de cabotaje rumbo al Charco, Nariño. Allí se reunía un grupo de líderes de la ANUC y tuve la ocasión de charlar con ellos; al calor de unas frías y acariciado por las brisas del río Tapaje, escuché el testimonio directo de los campesinos, presas de una terrible situación de miseria y abandono, pues los poderes centrales no les sueltan nada, la corrupción de las autoridades locales se chupa el presupuesto y ni migajas llegan a las comunidades, la deforestación y la minería ilegal azotan la selva a un ritmo endemoniado y la plata que va por debajo del poncho hace que nadie chiste nada.

Y lo más grave: la acción del narcotráfico avanza selva adentro tumbando árboles e imponiendo sus condiciones a plomo limpio, el puesto de salud es un remedo donde a punta de Acetaminofén curan desde la malaria hasta una picadura de serpiente; en las escuelas de tabla burra, sin ayudas didácticas los maestros hacen esfuerzos desesperados por sacar corriendo el monstruo de la ignorancia, el puesto de policía es una vetusta construcción donde solo se asoman las ruinas porque en un ataque de las FARC hace unos años fue destruida casi en su totalidad al comprobar que el teniente al mando andaba en tratos con los paramilitares, catorce policías en calzoncillos fueron puestos en una canoa y enviados a Tumaco.

Por sus calles pavimentadas con aserrín y trozos de corteza de madera corren cientos de niños empelotas y decenas de jóvenes raspachines desfilan hacia los burdeles que quedan a la orilla del río cuyos equipos de

sonido no descansan las veinticuatro horas. En las esquinas, las negras improvisan mercados donde ofrecen el pescado, la yuca y el plátano porque los demás víveres se venden en los supermercados locales propiedad de los paisas que son el verdadero poder económico y político del pueblo.

El ejército patrulla el río en unas grandes lanchas piraña armadas hasta los dientes, pero como también a las fuerzas militares las corroe la corrupción los militares venden la gasolina en las bombas y la mayor parte del tiempo permanecen quietas. Por ejemplo, la noche de nuestra llegada fuimos llevados a la casa de unos amigos del negro que tienen el negocio de la venta de gasolina y mientras saboreábamos un whisky, en un potrillo o canoa pequeña llegaron cuatro tipos, subieron a la empalizada y se presentaron como miembros de las FARC que venían a cobrar la cuota que se había comprometido el patrón.

– La guerra es muy cara y entre todos tenemos que costearla.

El administrador fue llevado detrás de unos tanques y bajo la amenaza de llevárselo, lograron que se comunicara con el patrón que vivía desterrado en Medellín, vía telefónica le ordenó sacar la plata y pagar, allí frente a nuestros ojos se llevaron diez millones de pesos, esa noche en su recorrido por el comercio local los guerrillos se llevaron más de cien millones de pesos. Al otro día los militares corrían como locos por las estaciones pidiendo que les regalaran gasolina para perseguir a los sediciosos que a estas alturas estaban en sus cuarteles de la selva contando su dinero.

– Con un ejército así... nunca se ganará la guerra...sentenció alguien escondido tras el ruido de la música.

– Es que la situación en estas latitudes es desesperada, comentó José Reyes, quien como líder llevaba más de veinte años capoteando situaciones como estas, varias veces fue llevado a prisión acusado de ser colaborador de la guerrilla, a sabiendas que la ANUC desde siempre había condenado la lucha armada como instrumento para acceder al poder y en muchos escritos denunciaba la actitud del Partido Comunista y de las guerrillas porque su lucha no era consecuente y en nada ayudaba al avance de la causa campesina.

Esa política fue orientada desde el Comité ejecutivo de la organización entre otros, por los compañeros Juan de Dios Torres y Alfonso Cuéllar y fue la clave para que nosotros pudiéramos trabajar con cierta independencia y que no nos vivieran jodiendo por ser supuestos auxiliares de la guerrilla.

-Por ejemplo, prosiguió José Reyes, el año pasado por estas épocas, la FARC asaltó en alta mar un barco carguero y se llevó sesenta toneladas de comida en cuatro planchones, los víveres fueron repartidos entre la

guerrillerada y a varios campesinos, pero el ejército en el colmo de las actitudes encontró un mercado de esos en la casa de un compañero nuestro y se lo llevaron prisionero acusado de colaborar con la guerrilla.

Pero la acción que más nos ha conmovido en la historia de este pueblo fue el intento que el gobierno de Uribe Vélez hizo para liberar a los diputados del Valle. Veamos cómo fue la vaina:

– Yo ya estoy cansado de tantos rumores... rumores que van, rumores que vienen... son simples rumores...

Una rockola cercana vomitaba su música favorita para amortiguar los calores de la tarde... Todo comenzó con una oleada de rumores... que el ejército había detectado el sitio donde estaban los diputados del Valle, que el sitio estaba en el margen izquierdo de este río, selva adentro, que iban a hacer una operación a gran escala por tierra y aire para bombardear el lugar, que no.... que sí... y en medio de esa barahúnda el pueblo comenzó a llenarse de ejército, la base no daba abasto y les tocó apelar a las casas particulares. Los mineros artesanales y los cultivadores que tenían sus parcelas bien arriba les fue restringida su movilidad, la orden era permanecer en casa porque algo raro iba a suceder...

La base militar situada a la orilla del río, allí no más, se convirtió en un importante centro de operaciones, se sabía de asesores gringos que entraban y salían, de altos oficiales del ejército que la supervisaban, que en sus bodegas se almacenaban enormes cantidades de armas, municiones y comida, pues se preparaban para una gran ofensiva contra ese grupo de secuestradores y de facinerosos. Ja...el rumor como pieza clave de la guerra psicológica.

Una noche del mes de mayo del año 2007, un barco sin bandera atracó mar adentro y de allí descendió un grupo como de trescientos soldados, pero qué raro, esos no eran de por aquí, no había negros, mulatos, mestizos o blancos como son la generalidad de los soldados, no... estos eran altos, rubios, peluqueados a la usanza militar y de unos treinta y cinco años en promedio. Apenas llegaron fueron acuartelados de inmediato. Por los intrincados caminos de la selva patrullaba el ejército, patrullaban los paras, patrullaban las FARC, todos haciendo inteligencia y cogiendo a cuanto campesino encontraban para sacarle información a punta de tortura. Por esos días un compañero nuestro miembro de la Junta Municipal de la ANUC desapareció y entre todos organizamos la búsqueda hasta que lo encontramos amarrado a un árbol de Palo Santo descuartizado por la acción de estas terribles hormigas.

Y en medio de la desazón y la confusión, el asunto se complicó porque cesaron los vuelos de los helicópteros y los aviones de combate. Un silencio de camposanto se apoderó del pueblo, por las calles no se veían soldados,

por el río dejaron de pasar las lanchas rápidas y la lluvia densa, lenta, picante como los zancudos de la noche era una terrible pesadilla pues alimentaba el insomnio con el que todos convivíamos.

Una madrugada nuestros espías vieron salir de la base a esos personajes que parecían gringos o europeos, con la cara pintarrajada, vestidos de camuflaje, armados hasta los dientes con instrumentos de última tecnología, y con unos morrales inmensos a sus espaldas, por ello dedujeron que esos no eran soldados regulares sino mercenarios... que fueron embarcados en las lanchas y enviados a lo más profundo de la selva a la búsqueda de un objetivo que ya había sido detectado por el satélite y por tanto se sabía de su exacta ubicación.

El calor insoportable, hermano gemelo de las alimañas de la selva, del pito, del zancudo, del mis-mis, de las serpientes, de los alacranes se filtraba por nuestras ropas y las hacía sudar.

A esa hora en la profundidad de la jungla se vivía otro drama igual o peor de tenebroso, la guerrilla tenía en su poder un botín de guerra de incalculable valor: los doce diputados del Valle, secuestradas en la sede de la duma departamental hacia cinco años.

Por eso uno de sus mejores comandantes era el encargado de custodiarlos junto con doscientos de los más curtidos hombres que conformaban dos anillos de seguridad, que seguían órdenes del Comandante del frente y este a su vez de los miembros del Secretariado. Acostumbrados como estaban al vuelo rasante de los helicópteros y de los Súper Tucanos y la sorda explosión de sus bombas, les produjo extrañeza que de la noche a la mañana cesara la acción de sus ruidosos motores que como fantasmas todos los días peluqueaban las copas de los árboles.

El comandante puso a sus hombres en alerta máxima, todo el mundo a aguzar sus sentidos, pero a pesar de esto, nada sucedía, secuestrados y secuestradores vivían al acecho de cualquier ruido o movimiento extraño: pasos medidos, respiración contenida, hablando bajito, cocinando sin señales de humo y esperando una siempre posible sorpresa de fuego.

Y aunque los mercenarios estaban preparados para todo, el insoportable calor húmedo disparaba la transpiración y esta convocaba a miles de mosquitos y zancudos que se lanzaban en picada a saborear la sangre fresca de esos fortachones individuos. Los mercenarios ya tenían ubicada la guarida guerrillera, pero estos apelando a su experiencia de combate los detectó con bastante anticipación y se preparó para la defensa, los plagiados fueron ubicados en el centro del primer anillo, se dio aviso a los frentes más cercanos y al Secretariado y en menos de lo que canta un gallo se prendió la pelea.

En las primeras de cambio la guerrilla retrocedió ante el poder de fuego del enemigo y después de varios días de repliegue recuperó el dominio e hizo retroceder varios kilómetros a los empleados de la guerra. En los primeros quince días de combates, los muertos y heridos de ambos bandos se contaban por centenares.

Según se supo después, los organizadores de esta operación tenían un doble propósito. Uno de índole militar, aprovechar el factor sorpresa y la superioridad tecnológica, cercarlos y en el cruce de disparos llevarse por delante a los rehenes. Sería una operación de incalculables consecuencias. El otro era de índole político, pues muertos los rehenes era fácil culpar a los secuestradores de esta tragedia, decir que fueron asesinados con tiros de gracia y aprovechar la influencia de los medios para hacerlos aparecer como asesinos sin entrañas y seguirlos considerando como un grupo terrorista. Así era fácil no hablar de negociación ni despejar el territorio de Pradera-Valle, ni darles categoría de beligerantes, ni de acuerdos humanitarios...nada de eso.

Más tarde supimos que esta operación fue rigurosamente planeada por estrategias del Ministerio de Defensa, la CIA y la Embajada gringa.

Un mes completaban las operaciones y ningún bando cedía, los secuestrados corre que corre en medio del anillo de seguridad que no permitía que las balas mercenarias los tocaran, pero ya estaban extenuados, mal alimentados, amarrados por la cintura y en fila india y a cada rato tendidos boca abajo, quietos y en silencio. Porque si los ubicaban todos morirían.

Los rehenes no salían de su asombro por la capacidad de combate y la resistencia de los guerrilleros en la selva, se movían como pez en el agua, el comandante con su guardia personal estaba al tanto de todo: de la comida, del agua, de las medicinas, de la atención de los heridos y la evacuación de los muertos, pues por filosofía y formación a nadie dejaban abandonado.

En el pueblo veíamos el desfile de las lanchas rápidas llevando para el frente cajas, costales, lonas, municiones, armas; y de regreso costales plásticos y alargados con cargas humanas que eran bajadas con cuidado y entregadas a la base..." Son los muertos de la guerra", murmuraban los chismosos, que espionando tras de los árboles satisfacían su morbosa curiosidad. "Miren como llegan con la jeta llena de moscas y las patas pa' delante", comentaban otros parroquianos en voz baja. "A joderse por guevones, quién les mandó meter las narices donde no les convenía", apuntaban los demás.

Llovizna, calor, insectos, culebras y hasta ranas venenosas se topaban cada rato con las botas militares MADE IN USA de los mercenarios o las de caucho, Croydon, industria colombiana, de los guerrilleros. Y en la manigua,

el combate parecía no tener fin, Allí también operaba el correo de las brujas... Que otro batallón de mercenarios venía desde el occidente., que del oriente tres frentes de las FARC se acercaban y que la tenaza se iba a cerrar muy pronto hasta sacar corriendo a esos hijos de putas mercenarios... que el país y el mundo ya estaban enterados de esas operaciones de guerra y que una comisión de la OEA y de la ONU intervendrían para poner fin a tan feroz masacre.

A estas alturas los dos bandos estaban que no daban más, a pesar de que eran unos auténticos profesionales de la guerra. Los mercenarios sentían el peso de una escaramuza librada en tierra extraña, pero estaban muy molestos porque los refuerzos prometidos no llegaban, por la mala comida que les enviaban y la pésima calidad de los pertrechos... ja, ja, ja se rumoraba que en la base se robaban los de buena calidad y les enviaban lo peor. Y sobre todo, estaban muy enojados por la prolongación de los combates pues les habían prometido que en ocho días máximo despacharían el asunto y que el grupo insurgente no tenía más de cincuenta forajidos, pero qué va, esos H .P. eran duros de pelar, expertos en la guerra nocturna, conocedores del terreno, salían por donde menos los esperaban, duchos para armar minas quiebra patas, minas de altura, caza bobos y de otras clases que en un abrir y cerrar de ojos dejaban sin piernas o sin cara a los invasores, desde una lata de sardinas hasta una botella de gaseosa, todo era bueno para el efecto. Y en el combate cuerpo a cuerpo...bravos para el machete y el cuchillo.

Ellos, excombatientes de Kosovo, Afganistán, Irak, etc., helos aquí enfrentando a un grupo de fantasmas, que no se dejaban ubicar, que caían sobre ellos a la velocidad de la luz, que además de matarlos, les robaban sus armas y provisiones y que de un machetazo eran capaces de partir en dos sus atléticos cuerpos. Era una experiencia de las más bravas pues a estas alturas del paseo ya les habían matado a unos cien compañeros y la cosa iba empeorando. Su resistencia comenzaba a flaquear y ya se hablaba de abortar la operación y regresar, pues ni las armas súper modernas que portaban, ni los equipos de comunicación digital que llevaban, ni la ayuda satelital que les brindaban, todo eso de nada servía en esa horripilante selva, Solo su experiencia, su coraje y su entrenamiento para ir al máximo en cada combate, harían que salieran vivos.

Por los lados de la guerrilla las cosas no iban mejor: el grupo estaba muy diezmado, la superioridad tecnológica del enemigo era evidente, la escasez de armamento, de municiones y de comida. (A pesar de tener muchas reservas escondidas por ahí). La capacidad de fuego demoledora y la resistencia de esos súper hombres los tenía asombrados. Solo su amor por la causa, (aunque muchos sabían que el secuestro era un arma de doble filo), su verriquera, su experiencia y su malicia indígena los mantenían a flote.

Y así hubieran podido seguir peleando hasta el infinito si no hubiera sucedido algo terrible para los insurgentes: los secuestrados se negaron a seguir caminando, se sentaron y se resignaron a morir. Los custodios los levantaron a la fuerza y trataron de hacerlos andar, pero nada, los mercenarios estaban muy cerca y la balacera era incontenible y por lo tupido del follaje era imposible mover a los cautivos. Así que se quedaron en la espesura a esperar, perdiendo así su ventaja comparativa: Los mercenarios atrincherados tras los árboles, cerraban cada vez más el círculo y disparaban sin compasión, los cuidadores de los diputados hacían lo mismo, todos gemían, gritaban, lloraban y parecía que el infierno había trasladado su sede a estos lugares. Los once capturados se resignaron a su suerte y solo se acordaban de su compañero Sigifredo López, que un día antes del asalto por razones disciplinarias había sido trasladado de lugar y por eso sería el único sobreviviente.

Alguien del grupo mercenario se dio cuenta de que los rehenes no se movían y que sus guardianes habían desaparecido. Comunicó esta novedad al jefe e iniciaron la retirada. Solo oían los quejidos lejanos de alguien que agonizaba, de resto...nada...silencio absoluto. Llamaron a su enlace en la base y les enviaron lanchas para regresar. Entrada la noche, los asustados habitantes del pueblo vimos salir de la base a un grupo de no más de cien hombres, se montaron en las lanchas Piraña rumbo al barco sin bandera que estaba fondeado mar adentro. Los soldados del ejército colombiano volvieron a salir a las calles, otros ocuparon sus lanchas rápidas y reemprendieron las labores de custodia de "la soberanía nacional"; al día siguiente, aparecieron de nuevo los helicópteros y un avión fantasma ejecutó varias maniobras.

En la selva, la guerrilla se reagrupó, contaron sus efectivos vivos, heridos y muertos, a estos últimos los sepultaron con honores y por fin entendieron el objetivo del operativo: Matar a los diputados. Llamaron por radio al Secretariado y recibieron instrucciones, los jefes no estaban de buen humor y dieron libertad al comandante para que decidiera qué hacer con los cuerpos de los secuestrados. Quien temeroso de que el ejército ingresara al lugar y se apoderara de sus cuerpos, ordenó trasladarlos a otro lugar donde los sepultaron envueltos en dobles bolsas plásticas. Allí los encontró la comisión de buena voluntad encabezada por Álvaro Leiva D. días más tarde.

Al caer la tarde, los noticieros de prensa, radio y televisión difundieron la noticia todavía sin confirmar: que en un encuentro entre dos grupos de las FARC habían sido asesinados los once diputados del Valle, otros dijeron que los habían masacrado al verse descubiertos por el ejército. Por la noche apareció el Presidente de la República y dijo que habían sido asesinados por la guerrilla y descargó toda la responsabilidad de ese genocidio en los insurgentes, pues al verse cercados por el ejército procedieron a masacrarlos con tiros de gracia, así a sangre fría.

Raúl Reyes, vocero de las FARC, en un comunicado difundido por ANCOL contó que un grupo de mercenarios había penetrado en la selva y luego de ubicar el sitio donde tenían a los diputados iniciaron un combate y que después de un mes, en el cruce de disparos habían sido asesinados. La revista *Semana* recogió esa hipótesis y la planteó en la edición 1313 de julio de 2007, diciendo además que esto no era descabellado porque el gobierno de Uribe jamás había renunciado a los rescates inclusive utilizando mercenarios extranjeros, con tecnología de avanzada, altamente capacitados y con mínimos riesgos políticos.

– Tal y como nos decían los compañeros Alfonso y Juan de Dios en los cursos de capacitación que cada rato nos daban en estas latitudes: Quien vaya a la guerra, no espere que le den flores y, en la guerra la primera sacrificada es la verdad, pues aquí estamos sorprendidos por la capacidad del gobierno de inventar mentiras y por la terquedad de la guerrilla para dar papaya y seguirla cagando, jugando de la manera más estúpida con la vida de personas inocentes a las que expone a operaciones como estas donde la Derecha sale fortalecida y les da la disculpa para ocultar los verdaderos problemas de las regiones que como la del Pacífico colombiano sigue en el más absoluto abandono; no vemos el progreso, la agricultura es de sustento básico, nadie invierte un peso y los únicos que tienen plata son los grupos ilegales que se pasean por todas partes infundiendo el miedo en nuestros corazones y el ejército que ve en cada uno de nosotros un enemigo al cual hay que aplastar porque supuestamente somos amigos de los alzados en armas, sin saber que esos también son responsables de todas nuestras desgracias.

Si hoy pudiera hablar con Alfonso y Juan de Dios no tendría palabras para expresarles mi gratitud y la de los campesinos de esta región por su entrega a la causa, pues desde el momento en que nos conocimos en el Segundo Congreso de la ANUC reunido en Bogotá, siempre se distinguieron por su don de gentes y su capacidad teórica y práctica para orientar las acciones de la regional de la ANUC, del Pacífico colombiano.

José Reyes Prado era un campesino oriundo de la costa nariñense, hijo de familias de modesto origen, se distinguió porque desde muy joven trabaja con las juntas de Acción Comunal, luego participó en los procesos de capacitación que el gobierno organizó en todo el país para conformar la ANUC y en el II Congreso reunido en Sincelejo ya era de la Junta Nacional, terminado el evento fue elegido fiscal suplente al lado de Francisco Barrios. En el Tercer Congreso reunido en Bogotá fue elegido para el Comité ejecutivo en representación del litoral Pacífico. En el Cuarto Congreso en Tomalá fue reelegido por la misma zona. Desde entonces siguió siendo el representante de los campesinos de la Costa Pacífica y como tal ocupó asiento en muchas de las entidades del Estado



El 20 de julio de 1992, con la ANUC ya reunificada, José Reyes Prado fue condecorado con la Orden del Mérito Campesino, junto con el expresidente Carlos Lleras Restrepo.

## II - RODRIGO ZAPATA: DIRIGENTE AGRARIO DEL META

Con Rodrigo, en su rol de Secretario Ejecutivo de la ANUC, en representación del departamento del Meta, tuvimos ocasión de compartir debates no solo al interior de la organización sino acompañarlo a las correrías que desarrollaba para atender las Asociaciones Municipales de su Departamento, que luchaban abiertamente contra una clase terrateniente feudal y atrasada.

En el año 1972 como docente de una escuela de la vereda La Chaparrera en Yopal, fui testigo de la primera oleada de toma de tierras que en Casanare tuvo bastante relevancia, allí conocí a José Rodríguez, miembro de la junta departamental y a otro grupo de líderes que años más tarde fueron asesinados por los paramilitares quienes bajo las ordenes de la British Petroleum y al amparo del gobierno de Pastrana, liquidaron a plomo limpio a más de diez organizaciones de la comunidad que se oponían a que la petrolera se asentara en el Cusiana. Esta empresa se hizo a los servicios de los mercenarios Steven Gander y William Jhon Nixon para que asesoraran a los Paras y sacaran corriendo a tanto indeseable que se oponía al progreso del Casanare; esto significó la rotura del tejido social del Departamento pues las víctimas eran quienes reclamaban inversión social, respeto a las organizaciones de base y al medio ambiente, reparación de daños y mejores condiciones laborales. La alianza entre la BP, los Paras y el ejército (según Noche y Niebla. CINEP) se tradujo en autoritarismo, control territorial, miedo y un silencio condicionado por las fuerzas del terror. Clima que afectó terriblemente el accionar de la ANUC no solo en Casanare sino en el Meta, Arauca y el Guaviare.

Rodrigo se refería a la influencia que líderes como Alfonso y Juan de Dios tenían sobre la organización, el uno como Asesor Político y el otro como Secretario Ejecutivo, fue muy pródigo al referirse a los cientos de cursos que, en ramadas, bajo los palos de mango o en escuelas dictaron estos dos personajes durante varios años y que significó la consolidación de la organización en el oriente colombiano. La claridad de la línea política que debería seguir la organización pues tenían claro que el Estado a través del ejército, la policía y las fuerzas de seguridad estaban para cuidar la propiedad de hacendados y burguesía, que la acción del Partido Comunista y de las FARC era tan o más peligrosa porque ilusionaban a las masas para que a través de la lucha armada se tomaran el poder, cosa que nunca iba a suceder en Colombia entre otras cosas porque las tácticas y estrategias que usaban eran de una torpeza rayana en la ignorancia sobre el complejo tema de la lucha por el poder. Por tanto, enseñaban a los campesinos a no confiar en las promesas de los gobiernos y de los políticos que los defendían. Solo

la fuerza organizada de las masas era la garantía para la defensa de las reivindicaciones.

A los líderes de la ANUC de esas regiones les preocupaba mucho la expansión de las autodefensas y recordaban el papel que había jugado la familia Buitrago en su conformación, quienes tomaron las armas para defenderse primero de los abigeos y después de las guerrillas de las FARC y el ELN, acciones que les valieron el respaldo de los gobernantes y del ejército y que en la década del noventa crecieron alrededor de las instalaciones petroleras y bajo la sombra protectora de personajes siniestros como Víctor Carranza, Rodríguez Gacha, Leonidas Vargas, Víctor Feliciano y su familia quienes aprovecharon para ampliar las fronteras de sus hatos ganaderos.

Una tarde en Yopal después de una reunión sindical en el marco de un congreso departamental nos reunimos en casa de Luz Mila, líder sindical del magisterio del Casanare y común amiga y allí salió a bailar la historia de Héctor Germán Buitrago Parada, más tarde conocido como Martín Llanos. Él y su familia en asocio con los Feliciano, tomaron el hato El Capricho, entre Maní y Tauramena como sede de sus operaciones y con el apoyo de ganaderos, narcos y el ejército rápidamente coparon los territorios desde Villavicencio hasta Paz de Ariporo.

Tiempo después unificaron mandos con las estructuras de las AUC de Carlos Castaño. Ya el grupo completo despertaba terror al solo oír cuáles eran sus comandantes: Manuel de Jesús Pirabán (Pirata), José Baldomero Linares (Guillermo Torres, hombre de confianza de Víctor Carranza), Jesús Darío Orjuela (Solín), el Boyaco Miguel, Nelson Buitrago (El Caballo), Luis Eduardo Vargas (H.K), Gustavo Ramírez (El Tábano), Carlos Guzmán (Salomón), junto con Chubasco, sus jefes políticos. Todos bajo la asesoría de Oliverio Guerrero (Cuchillo) y de El Loco Chepe Barrera, quienes, con el apoyo del gobierno, los partidos y los gremios se repartieron todo el territorio. La revista *Semana* en un artículo sobre estos bandidos, los responsabilizaba de la muerte de más de dos mil personas, todas ellas acusadas sin prueba alguna de ser colaboradores de la guerrilla.

Carlos Castaño muy preocupado por el posicionamiento territorial que estaba logrando Martín Llanos, viajó varias veces a la región en compañía del Coronel Bautista y en helicópteros del batallón se reunió con Llanos a quien le exigió apoyar la política de paz del Presidente Uribe y aceptar la autoridad nacional de las AUC; ante el rechazo de estas exigencias envió un frente completo de las autodefensas para combatirlo y progresivamente expulsarlo del territorio. Este batallón de los Urabeños al mando de Miguel Arroyave (Arcángel) estaba conformado por soldados jóvenes y expertos en el combate, la mayoría de color que sembraron el terror en la llanura pues la gente decía que tenían pacto con el Diablo porque ni las balas los impactaban. Pero además del control territorial estos grupos se disputaban

la contratación y en vísperas de elecciones reunieron cada uno por su lado a los candidatos a la gobernación, asambleas, alcaldías y concejos municipales para hablar de un nuevo pacto político que tenía como objetivo la repartición de la contratación en el Departamento y en todos los municipios, según Claudia López, más de quinientos mil millones de pesos de las regalías se esfumaron, producto de este negocio.

Para las organizaciones campesinas este fue un golpe mortal pues en esos años la interlocución con las autoridades locales fue nula porque estas solo escuchaban el sordo rumor de los fusiles. A cambio los paramilitares en su guerra sin cuartel llenaron de fosas la llanura y el Pie de Monte, más de cien docentes y líderes agrarios fueron masacrados, los cadáveres de muchos de ellos fueron tirados en el sitio La Colina, entre Agua Clara y el Secreto, eran llevados en volquetas de la gobernación y en vehículos del ejército y de particulares, igual sucedió en la recta Macuco-La Nevera, utilizada también para el aterrizaje de aeronaves que traían armamento y provisiones para el bloque Centauros, consentido por el ejército nacional de los batallones Guías de Casanare y Ramón Nonato Pérez.

Pero además de lo anterior, los Paras obligaron a punta de pistola a votar por su candidato Álvaro Uribe y los políticos de su preferencia a las corporaciones públicas.

Los Urabeños al mando de Miguel Arroyave, con más de mil efectivos, sembraron el terror en la llanura y como solo se movían de noche propinaron serias derrotas a las tropas de Martín Llanos, cuyos efectivos (más de dos mil combatientes), eran casi niños y para contrarrestar los poderes especiales de sus enemigos fueron sometidos a rezos y tratamientos por brujas y hechiceras para inmunizarlos, pero esto tampoco les valió. Martín Llanos estableció su cuartel general en el hato El Miedo, en las costas del río Meta a donde llegaban cientos de niños y jóvenes reclutados de las correccionales de Bogotá y de otras partes para recibir entrenamiento rápido y llenarles el cuerpo con armas como granadas, pistolas nueve milímetros, machetes y fusiles R-15 que soltaban muertos del pánico cuando veían venir a los Urabeños.

Hoy, cuando se hacen exploraciones de sísmica por todo el llano, en unas macoyas, envueltas en plástico se encuentra material de campaña, botas de cuero casi nuevas, morrales y radios de campaña, proveedores, gorras y balacas militares marcadas con el nombre Contraguerrilla, a lo largo del hato Barley y El Capricho se han encontrado decenas de esas macoyas.

Según los contertulios, el hato El Miedo se convirtió en la fosa común más grande que existe en el llano, pues ahí traían a los enemigos o sospechosos de serlo y después de torturarlos los enterraban en los alrededores de la casa y según ellos ahí están sepultadas más de mil personas. Después de varios meses de combates, Llanos fue derrotado, entre otras cosas porque

además de las tropas de Miguel Arroyave, Macaco y Don Berna, le tocó pelear contra el ejército, quien prestó a las AUC sus fuerzas de tierra, ríos y aire.

Tiempo después Miguel Arroyave fue asesinado por sus socios Pirata y Cuchillo, Martín Llanos con la complacencia del ejército se refugió en sus propiedades y al igual que el Loco Barrera, años más tarde, fue capturado en el exterior.

– Hoy la llanura es una inmensa fosa común, hay muertos por centenares en Villanueva, Monterrey, Sabanalarga, Tauramena, San Luis de Palenque, etc. y ni la Fiscalía ni ningún ente investigador le ha metido la muela a aclarar estos terribles hechos y el papel que jugaron los Partidos, los gobiernos, el ejército y la sociedad quienes hoy tapan con el manto del silencio esta oprobiosa página de la historia y que para la ANUC significó casi su completa desaparición.

La ANUC del Meta, en esos aciagos días, retomó su línea organizativa y junto con cuadros valiosos como José Martínez Guchuvo, Jairo Durán y otros prestigiosos activistas, recorrían el Departamento dándole ánimo a los líderes municipales que casi en la clandestinidad desarrollaban su trabajo de representación campesina y a veces les tocaba ir de la mano con el ejército, la policía y las autoridades locales para evitar que la guerrilla y los paramilitares los asesinaran. A mediados de la década del ochenta José Martínez fue Diputado a la Asamblea del Meta aliado con el Partido Liberal y como tal fue testigo de la barrida que paramilitares y Estado hicieron de las fuerzas de la naciente Unión Patriótica, el Presidente de la Asamblea y un diputado comunista de apellido Yaya fueron asesinados en las calles de Villavo y varios alcaldes, concejales y líderes agrarios fueron masacrados con la complicidad y ayuda del DAS, la policía y el ejército. No sé cómo logró salvarse José y pasar de largo ese clima de violencia y exterminio de líderes populares.

Pero sin duda el depredador más grande del movimiento campesino en Casanare y en el Meta fue Víctor Carranza quien a finales de la década del ochenta y con el apoyo de los militares de Villavicencio y Yopal fundó el temido grupo de Los Carranceros que se dedicó a asolar la llanura, pescando supuestos o reales colaboradores y auxiliares de la guerrilla, iban de fundo en fundo, hacían tender a la gente en el suelo y la obligaban a denunciar a diez colaboradores de la guerrilla y luego los mataban, se movían desde las costas del Ariari hasta el Meta y no descansaban despojando sus tierras hasta el día que orgullosamente reunió a la clase política y empresarial del Meta y en una fiesta digna de las que hacía Pablo Escobar en la hacienda Nápoles, les anunció que había “comprado su hectárea número UN MILLON”.

Esto se supo gracias a un debate que el Senador Iván Cepeda realizó en el parlamento para denunciar la escalofriante concentración de la tierra en Colombia y que tenía como caso emblemático el de Víctor Carranza y el de la acción coordinada de los paramilitares que con la mirada auspiciadora del gobierno de Pastrana y Uribe permitieron que la Contra Reforma Agraria lograra el despojo de más de cuatro millones de hectáreas a los campesinos de Colombia.

### III - HERNÁN QUIÑONES: MAGDALENA MEDIO

Desde muy joven estuvo vinculado a las reivindicaciones de su gente, natural de Puerto Boyacá donde estuvo muy cerca de las organizaciones armadas que se constituyeron después del triunfo de la Revolución Cubana, adquirió nociones básicas sobre el manejo de explosivos y de minas, uso de armamento y algunas otras lecciones para aprender a defenderse, pero muy pronto se decepcionó de esas prácticas terroristas casi siempre a espaldas de la gente.

En el año 1974 ya estaba vinculado a la ANUC como activista, en Boyacá ayudó a la preparación del Tercer Congreso de la organización y allí fue elegido para conformar la Junta Nacional al lado de Emilio Cadena y Jesús Farfán, las teorías básicas las recibían de sus maestros Alfonso y Juan de Dios y con ellos recorrió el Departamento dictando cursos de capacitación, ensayando formas organizativas y conociendo de cerca la problemática agraria de la región.

Boyacá, fue uno de los departamentos que llevó delegados de casi todos los municipios, por ejemplo, la delegación de Ventaquemada estaba conformada por Luis Aníbal González, Jesús Farfán y Dioselina Gómez, de Puente de Piedra; de Nuevo Colón Emilio Cadena, Jorge Moreno, Rafael Callejas, Joaquín y Ricardo Gil, Ana Elvia Vergara y Natalia Gamba; por Tibaná iban Sigifredo Coronado, Martín y Rufino Casallas, Humberto Arias y Benjamín Páez; los delegados de Boyacá, Boyacá fueron el viejo dirigente Daniel Moreno, la de San Eduardo Zenón Martínez, Melco Martínez, Laureano Moreno, José Patiño y otros que en su mayoría murieron asesinados años más tarde por los paramilitares. La delegación departamental era de las más numerosas del país porque el trabajo de organización y promoción del Congreso fue muy intenso.

Ese Tercer Congreso sesionó del 31 de agosto al 4 de septiembre en Bogotá y nuestros delegados fueron testigos del desmadre y capacidad de sabotaje de todas las organizaciones de izquierda y los esfuerzos por tomarse la Dirección Nacional de la ANUC de la cual ya era Secretario Ejecutivo Juan de Dios Torres.

La actividad del Negro Quiñes como cariñosamente le decíamos, era muy intensa. En Puerto Boyacá además de tener al día la directiva

municipal se propuso la tarea de organizar la Asociación Colombiana de Pescadores Artesanales ANPAC, de la cual fue su Presidente por mucho tiempo. En medio de ese ajetreo varias veces lo acompañé en su recorrido de La Dorada a Puerto Wilches en una lancha que la diócesis de la Dorada le prestaba para esa tarea. Todas esas funciones las cumplía con la asesoría de Alfonso y Juan de Dios quienes permanentemente lo acompañaban en los cursos de capacitación que ofrecían a los riverseños del río Magdalena.

Pero además de su trabajo de líder campesino le tocó presenciar el surgimiento de las fuerzas del paramilitarismo colombiano, pudo ver de cerca el trabajo de Yair Klein y sus mercenarios para adiestrar a los sicarios que primero ajusticiaron en las calles del Puerto a Martín Torres, Concejal del Nuevo Liberalismo, luego a Faustino López viejo dirigente agrario y Concejal del Partido Comunista y a Miguel Ángel Díaz, dirigente sindical de Fenaltrase, más tarde con el pánico pintado en sus ojos vio cómo de allí salieron los sicarios que asesinaron a prestantes líderes como Jaime Pardo Leal, Luis Carlos Galán S., Carlos Pizarro Leóngómez, Bernardo Jaramillo Ossa, José Antequera, Guillermo Cano y otros destacados compatriotas que cayeron por no estar de acuerdo con el narcotráfico y la política anticomunista que desde Puerto Boyacá se ofrecía como una salida a la problemática del país.

Bajo el lema anticomunista este pueblo se convirtió en el eje de una múltiple actividad criminal y delincuencial pues además de la eliminación física de los sospechosos de ser comunistas y guerrilleros, los jefes ( Iván Roberto Duque, Los Pérez, Los Lezmes, Pablo Guarín, El Negro Vladimir, etc.) financiaban sus acciones con el robo de mercancías y gasolina que extraían del oleoducto que por allí pasaba, (el Flaco, le decían), con la expropiación de la tierra de los campesinos, la producción y comercialización de cocaína y el destierro o asesinato de todo aquel que les llevara la contraria. Para ello contaban con el patrocinio de la organización gremial ACDEGAM y la protección del ala militar bajo el mando de Ramón Isaza, alias El Viejo; Arnubio Triana, alias Botalón y de Luis Eduardo Cifuentes, El Águila y con la ayuda del ejército, el DAS, en manos del tristemente célebre General Maza Márquez y la policía a cargo del General Peláez Carmona, ambos implicados en el asesinato de Luis Carlos Galán Sarmiento.

El Negro Quiñones antes de salir desterrado de su tierra, fue secuestrado primero por las FARC para castigarle su pensamiento político anti mamerto y luego por los Paras quienes durante un tiempo lo obligaron a trabajar en proyectos productivos que pretendían disimular su catadura criminal, pero al no poder aguantar esa presión prefirió huir a la Costa Pacífica para seguir trabajando la línea política de la ANUC.

Fue testigo de la rabia que en ese Puerto produjeron los intentos de consolidar un proceso de paz entre Pastrana y las FARC en la zona del Caguán y del estallido que se dio cuando dicho Presidente anunció una zona

de despeje para llevar adelante un proceso de diálogo con el ELN, cuestión a la que los Paramilitares y su partido MORENA se oponían con todas sus fuerzas. Pero inquieto y deseoso de conocer a profundidad las intenciones de este ejército irregular se hizo elegir como delegado de Puerto Boyacá en la organización que los Paras montaron desde el Sur de Bolívar hasta La Dorada para impedir que a el ELN se le diera categoría de beligerancia y se sentara a negociar con el gobierno en el municipio de San Pablo. Este hecho unificó a ganaderos, narcos y terratenientes, con el ejército, sus brigadas y batallones que desde Mariquita hasta Bosconia ejercían un control territorial absoluto, claro que ahora delegado a las hordas del paramilitarismo para que hicieran justicia con mano propia.

La disputa territorial se daba en dos frentes, el cívico y político donde Paras y Militares buscaban ganarse a la población civil y el frente militar donde la cosa era más dura pues una guerrilla desgastada por años de presencia física en la zona donde a veces los errores eran superiores a los aciertos, tenía que enfrentarse a una nueva fuerza, mejor equipada y apoyada por narcos, ganaderos y ejército con todos los recursos tecnológicos y económicos a su favor. Y esa nueva fuerza arrancó con todo, ubicando y dándole duro a los supuestos o reales colaboradores de la subversión: destierro, secuestro, desaparición forzada o asesinato, todo en medio de una orgía de sangre que a muy pocos conmovía. Durante años el río Magdalena y sus afluentes se tiñeron de la sangre de miles de supuestos colaboradores de las fuerzas de la subversión. Civiles todos ellos porque la AUC rara vez se enfrentaban a tiros con los guerrilleros.

Esa zona de despeje recibió el apoyo de los partidos tradiciones, de la cúpula del ejército y las instituciones del Estado, pero la Derecha a nivel nacional reaccionó con furia. Desde la brigada XIV de Puerto Berrio, los generales conocedores de las experiencias exitosas vividas en Córdoba, Antioquia, el Bajo Cauca y otras regiones hicieron un llamado a los ganaderos y terratenientes para impedir que el ELN concretara sus propósitos. En febrero de 2001 en una carta dirigida al Presidente Pastrana con el respaldo de más de 20.000 firmas rechazando esta idea anunciaron la creación de ASOCIPAZ y de la Asociación de Alcaldes del sur de Bolívar y del Magdalena Medio para oponerse a este proceso y evitar que esa guerrilla se saliera con las suyas, porque en el fondo lo que querían era controlar la zona petrolera de Santander, la navegabilidad de los ríos Magdalena y Cauca, el usufructo de la explotación de unas diez mil hectáreas de coca y un gran proyecto minero en la serranía de San Lucas.

Según Moreno M. (2014), rápidamente los Paras eligieron delegados de todos los municipios de la zona y con los 30 alcaldes a la cabeza montaron un comité organizador de la mayor protesta social que se haya conocido en la región para obligar al gobierno a desmontar esta idea. Ernesto Báez, líder indiscutible de este proceso en carta dirigida a la sociedad civil de la región explicaba el riesgo que para la región implicaba dejar que esa guerrilla

se concentrara en su jurisdicción. Carlos Castaño también se pronunció a través de una carta al gobierno reclamando el legítimo derecho de las comunidades a su defensa y negando que los paramilitares a su mando estuvieran comprometidos en la protesta. Mejor ejemplo de la doble moral nunca se ha visto.

Los voceros municipales elegidos nombraron a Carlos Clavijo como su delegado. Clavijo era amigo personal del entonces candidato Álvaro Uribe Vélez y muy cercano de Báez, del Comandante de la brigada, del Coronel Villar Jiménez, Comandante de la Policía del Magdalena Medio y de los Generales Bonnet Locarno, Bedoya y Faruk Yanine D. asumió su trabajo para sabotear los acuerdos Gobierno-ELN, relativos al cese al fuego y a una zona libre para negociar. El comité de los 30, Clavijo y Báez, con la asesoría telefónica de Álvaro Uribe V. diseñaron una política anti subversiva basada en rechazo al diálogo, a la entrega de territorio y a la no repetición de la experiencia del Caguán. Igualmente rechazaron todo tipo de consideraciones políticas para con la guerrilla pues: eran subversivos, una plaga que había que exterminar a puro plomo y paralelo a eso en una acción conjunta entre paramilitares y ejército se iniciaron acciones para acorralar a las guerrillas y expulsarlas lo más lejos posible de la supuesta zona de despeje.

Los habitantes del Sur de Bolívar y el Magdalena Medio fueron obligados a participar en marchas y movilizaciones y a quedarse en las carreteras, por eso tenían que traer mosquiteros, hamacas y morrales con ropa y menaje de cocina pues el bloqueo de las vías iba a ser largo y conflictivo. Cuando estas acciones estaban en pleno apogeo, Báez tenía el descaro de afirmar ante los medios de comunicación que esto era una acción espontánea de las masas y que ellos, las Autodefensas, no tenían nada que ver. Campesinos ricos y hacendados fueron conminados a aportar ganado, comida, leche y dinero, a los agricultores y comerciantes se les obligó a contribuir con productos básicos y abarrotos pues sostener semejante acción de masas costaba un montón muy grande de dinero y provisiones, que según los entendidos en los días pico llegó a tener más de 30.000 personas en las carreteras principales y secundarias. El mayor punto de concentración fue en La Lizama (Santander).

A las caravanas de camiones y tractomulas les robaban sus mercancías y se decomisaban los alimentos que transportaban, los buses y carros pequeños fueron inmovilizados durante el tiempo que duró la protesta. Las pérdidas fueron incalculables pero los culpables nunca fueron investigados. El gobierno nacional nunca reprimió esta protesta, piquetes de soldados y policías eran apostados a prudente distancia de los manifestantes y allí permanecían pasivos y tranquilos, nunca hubo gases, ni detenidos, ni judicializados. Y como cosa rara, el temido ESMAD terror de estudiantes, obreros y maestros cuando salían a protestar en defensa de sus derechos, nunca actuó, pero, oh sorpresa, sí intervino para animar a los manifestantes.



Al interior de la protesta, los Paras del Bloque Central Bolívar y su jefe Ernesto Báez controlaban todo. Los líderes de los municipios con fichas especiales administraban la comida, el agua, los primeros auxilios y sobre todo el control a los posibles infiltrados. A los sospechosos de ser de izquierda o de no compartir estos métodos no los dejaron asomar ni a la esquina. En todas las poblaciones se suspendieron las clases y los profesores obligados a marchar y a quienes no obedecían los expulsaban de los pueblos y quedaban fichados, pero durante los más de los sesenta días que duró esta acción, ni los alcaldes ni los jefes de núcleo pasaron informes al Ministerio de Educación donde María Cecilia Vélez se había distinguido por ordenar descuentos cuando los maestros siguiendo órdenes de FECODE salían a reclamar.

“El grupo de los 30 y sus asesores nos reuníamos todos los días en una espaciosa casa de Puerto Araújo, dotada con todas las comodidades y las condiciones de seguridad. En una de esas reuniones un grupo de campesinos nos pareció correcto redactar una carta dirigida a los jefes para que aprovechando esa coyuntura se elevara un pliego de peticiones al Gobierno Central para exigirle una serie de reivindicaciones muy puntuales en torno a crédito a los campesinos, vías, escuelas, mejorar la seguridad de la zona, etc. Pero por motivos que aún desconocemos la carta cayó en poder del jefe del batallón quien estalló en un ataque de rabia jamás vista en él.

-¡Vida H.P., que es esta mierda, idiotas útiles de la subversión!, esto es un malparido mico comunista, nosotros no somos hermanitas de la caridad para estarle pidiendo al Estado guevonadas. Nos hemos unido para sacar a esas ratas de la región, no para pedirles comodidades para los idiotas que los siguen... ¿entendido? Y diciendo estas palabras sacó su pistola y descargó una ráfaga contra la ventana, luego llamó a lista a los firmantes de la carta y nos ubicó de frente a la asamblea. Nos salvó la llegada del Comandante Báez quien traía noticias de última hora pero que no perdió el tiempo para llamarnos la atención sobre esta supuesta cagada y después de un discurso que duró como dos horas, me quedé dormido y al otro día desperté tapado por la cobija que alguien puso sobre mi cuerpo.

El 18 de febrero de 2001 en el Diario El Tiempo apareció una nota en la cual el Ministro de Gobierno Humberto de la Calle Lombana anunciaba el uso de la fuerza para levantar los bloqueos y la judicialización de los promotores de la misma, enviaron un contingente de fuerzas combinadas del ejército y la policía compuesto por unos mil hombres que al llegar a la zona se dedicaron a ayudar a que la protesta fuera pacífica, a evitar los desmanes, a repartir agua y comestibles y a prestar ayuda sanitaria a los insolados y enfermos...se veía a leguas que se entendían con los jefes paramilitares.

El 26 de abril, ante el hecho de que el gobierno no siguió con la idea de su zona de despeje y creo yo, mediante un acuerdo secreto, la protesta se

levantó y cada uno se fue para su casa con protección militar y paramilitar a bordo. El 3 de agosto, ante la grave violación de los derechos humanos por parte del ejército y los paras, 180 organizaciones internacionales y nacionales impulsaron una caravana por la vida y alcanzaron a llegar hasta San Pablo después de sufrir toda clase de hostigamientos y amenazas. Llevaban ayuda humanitaria y lograron sacar de la zona a muchos líderes sociales que de otra manera hubieran sido asesinados. Al Gobierno Nacional le tocó emplearse a fondo para evitar una masacre.

Después de esta jornada contra el despeje, en marzo de 2002 se celebraron las elecciones para Presidencia, Cámara y Senado. La extrema Derecha fortalecida se posicionó en la zona, el Bloque Central Bolívar apoyó directamente a Carlos Arturo Clavijo quien sacó más de cien mil votos de los cuales la registraduría le anuló más de treinta mil. Fue tal el descaro la forma de marcar tarjetones sin temor a que las autoridades descubrieran el más grande fraude electoral de la historia que sirvió entre otras cosas para elegir a Álvaro Uribe Vélez como Presidente.

De todas maneras, Clavijo se posesionó como Senador y como Representantes Carlos Higuera Escalante y el Tuerto Luis Alberto Gil. Gil, quien había sido líder sindical y militante del M-19, se coló en las listas del Partido Liberal recibiendo el apoyo de los Paras en el Magdalena Medio santandereano y obtuvo 73.000 votos cuando su capital electoral solo fue de 9.000 para la Asamblea. De todas maneras, los tres fueron enviados a prisión y sus curules inhabilitadas cuando se les comprobó que sus votos habían sido obtenidos en forma ilegal. Clavijo, un hombre que tenía un perfil bajo como político y líder gremial, con la ayuda de su amigo Ernesto Báez logró ser Senador, pero una vez en prisión tanto el Presidente como sus amigos lo olvidaron por completo.

Pero esta jornada electoral sirvió para poner en el ojo de la opinión pública a Sandra Ceballos, asesora personal de Álvaro Uribe V, quien con el apoyo de Luis Alfonso Hoyos y el Partido Convergencia Popular Cívica de Caldas salió elegida con más de cien mil votos, todos a punta de pistola y bajo las órdenes del Bloque Central Bolívar, de cuya estructura hacía parte al lado de Oscar Iván Zuluaga, como lo consignó en sus investigaciones Claudia López.

De todas maneras, la jornada de No al despeje sirvió para elegir varios senadores y representantes y más tarde alcaldes, gobernadores, concejales y diputados. También fue el laboratorio de lo que más tarde sería la política de Seguridad Democrática de Uribe Vélez, una idea nacida de los militares, ejecutada por los paracos y aprovechada por los políticos de extrema Derecha que supieron capitalizar las cagadas de la guerrilla y su falta de olfato político. Una idea impuesta a los campesinos colombianos a punta de pistola y que significó la contra reforma agraria más grande la historia al robar para los terratenientes más de cuatro millones de hectáreas, producir

la expulsión de más de tres millones de campesinos hacia las grandes ciudades, la migración de más de seis millones de personas, la desaparición de más de un millón, más de doscientos mil muertos y la no despreciable cifra de diez mil falsos positivos, crímenes por los que se espera que la justicia colombiana actúe o en su defecto la Comisión Interamericana de Derechos Humanos o la Corte Penal Internacional CPI.

Por esos días, igualmente, ACDEGAM y sus aliados ya estaban preparando el lanzamiento del Movimiento de Restauración Nacional MORENA, vinculado estrechamente con los ganaderos, la oficialidad del ejército, los narcos, los grupos paramilitares y sus bandas de sicarios y bajo la tutela ideológica de Tradición, Familia y Propiedad que cuentan con un programa mínimo de fácil explicación: No a la Reforma Agraria, No a la Negociación de Paz, Defensa de la Tradición, la Familia y la Propiedad, Respaldo incondicional a las Fuerzas Armadas, Rescate de los valores Cristianos y profundo sentimiento Anticomunista. Fue este el programa que permitió llevar al Uribismo al poder y con el que aún mueven la opinión nacional.

Todo esto llevó a afirmar a la investigadora Claudia López que esta política llevó a que Uribe y sus socios Refundaran la Patria después de tener un parlamento con el 35% de senadores y representantes que llegaron allá con ayuda del Paramilitarismo y el narcotráfico.

Antes de huir al Pacífico colombiano el negro Quiñones me dejó en un papelito unos datos, que hoy me hacen dar escalofríos:

- En la época dorada del paramilitarismo en la Caja Agraria de Puerto Boyacá usando cuentas paralelas se pagaba sueldo a mil doscientos paramilitares. En algunos casos los curas bajo las órdenes de Escobar o Rodríguez Gacha bendecían las motos de los sicarios antes de los atentados. Estos capos tenían muy buenas relaciones con el Arzobispo de Medellín Alfonso López Trujillo a quien yo vi personalmente, varias veces visitando la Hacienda Nápoles.
- En la campaña Presidencial de 1984, Pablo Escobar le organizó una reunión en la hacienda Nápoles al entonces candidato Liberal Alfonso López Michelsen a la cual asistió con su estado mayor de la campaña compuesto por María Helena de Crovo y Elenita Vargas, Santofimio Botero, Quevedo Lucena, Arias Carrizosa, Víctor Renán Barco, Guerra Serna, César Pérez García, los Espinoza Valderrama y Álvaro Uribe Rueda, su jefe de campaña. Fue una verdadera orgía que duró tres días.
- En la época en que Faruck Yanine Díaz estuvo de comandante del Batallón Bárbula en Puerto Boyacá apadrinó a más de quinientos

chinos, los buscaban junto con Iván Roberto Duque (Ernesto Báez) quien a esa fecha tenía más de mil ahijados en el Magdalena Medio.

– Cuando llegó el proceso de desmovilización de los paramilitares, en Puerto Boyacá las AUC no tenían más de doscientos combatientes, pero a la hora de la entrega de las armas aparecieron unos setecientos supuestos milicianos, muchos traídos de las barriadas de Medellín y de las correccionales de Bogotá, con el objetivo de que se ganaran el salario ofrecido por el gobierno de don Álvaro Uribe Vélez.

– Muchos de ellos fueron contactados por los pastores evangélicos quienes a punta de diezmos y contribuciones hicieron que esos dineros llegaran a sus arcas, pues solo de esa manera la justicia divina les perdonaría sus crímenes. El que reza y peca empata...

Y heme aquí, en esta fría noche recordando al Negro Quiñones y su papel protagónico en las luchas de la ANUC pero sobre todo como testigo presencial del nacimiento y florecimiento del paramilitarismo en Puerto Boyacá y en el resto del país.

#### IV - JESÚS ORDÓÑEZ: DIRIGENTE AGRARIO DEL CAQUETÁ

Chucho es uno de los dirigentes históricos de la ANUC, pues ya desde 1972, estuvo al frente del Paro Cívico del Caquetá, al celebrarse el Tercer Congreso Campesino en Bogotá en el año 1974, la organización campesina de esa región era de las más dinámicas y de las que más había tenido que sufrir la arremetida de los terratenientes y del movimiento guerrillero. Una de las primeras escaramuzas la vivió con ocasión de la Novena Junta Nacional que se celebró en Florencia en agosto de 1973 pues el gobierno envió a más de quinientos soldados y policías a impedir que las marchas y la reunión de los directivos pudieran realizarse.

Entonces la táctica utilizada fue la de mover grandes cantidades de manifestantes para rodear los sitios donde deliberaban los dirigentes, pero como la militarización fue total, el vuelo rasante de los helicópteros, los gases y los disparos, lo único que lograron fue radicalizar la protesta y al finalizar el día el número de detenidos en las cárceles era superior al de las gentes que protestaban en las calles. La política del Presidente Pastrana quien por medio del fraude se hizo al poder, era ilegalizar la protesta campesina, militarizar las invasiones y darle duro a la dirigencia.

El líder agrario de la Costa Atlántica Jesús María Pérez, en sus memorias, cuenta que la arremetida fue total al punto que quien fuera detenido en una invasión o protesta era juzgado hasta por cinco cargos: asociación para delinquir, daño en cosa ajena, despojo, violación de domicilio y abigeato. La manguala entre policía, ejército, alcaldes y jueces era total, con el fin de

detener la avalancha de tomas de tierra que ponía en aprietos la estructura de la propiedad agraria en el país. Después se supo que fue en un congreso de FEDEGAN en Barranquilla donde por consenso los ganaderos y el gobierno acordaron aplicar estas medidas para destruir la ANUC por medio de la violencia.

Y en el Caquetá la violencia no se hizo esperar, la persecución a los líderes, el seguimiento y el amedrentamiento a los campesinos. Por eso fue que Chucho, Alfonso Bolaños, Leonidas Rico, Manuel Molina y su esposa, Jeremías Mendoza, Gonzalo y otros dirigentes varias veces fueron a parar con sus huesos a las cárceles, pero poco se demoraban allí porque los abogados y la presión ciudadana era tan intensa que tenían que ponerlos en libertad.

Ese compromiso con la causa hizo que, en los actos preparatorios del Tercer Congreso, Chucho junto con Juan de Dios Torres, Olga Lucía y Elizabeth, formaran parte de la comisión de credenciales que por poco no puede atender a los miles de aspirantes a entrar a las deliberaciones del evento, pero cuyo objetivo final no era contribuir al éxito del evento sino a pugnar por tomarse el control del Congreso y del poder. Después del Pacto de Chicoral, el Presidente Pastrana enfiló toda la fuerza del ejército y los servicios secretos del Estado a la destrucción de la ANUC.

Con ocasión de un viaje académico al que fui invitado por AICA para dictar un curso de capacitación al magisterio de Florencia, entre cerveza y cerveza, entre anécdota y anécdota, Chucho fue desgranando sus recuerdos sobre la cantidad de acciones de enfrentamiento con los terratenientes y las autoridades que los defendían en la década del setenta y ochenta, acompañado del inevitable enfoque político de todas esas acciones.

– La tierra en un país con mentalidad feudal, siempre se convertirá en foco de alteración del orden público, pues como los terratenientes viven con un pensamiento atrasado solo los sacará de sus privilegios un gran movimiento de masas que con claras intenciones políticas y sociales les arranque esos privilegios, mientras eso no suceda, siempre tendrán el poder con artimañas y leguleyadas para permanecer y disfrutar de él.

Con ese discurrir Chucho justificaba las tomas de tierra que se realizaron en la Costa Atlántica, Llanos de Casanare y Meta, el Eje Cafetero, Huila, Antioquia, etc., es decir en los dominios del poder feudal terrateniente. Y en medio de ese recorderis salió a relucir lo que sobrevino después de que el M-19, entrara a la arena política y militar con sus atrevidas acciones como lo que sucedió en octubre de 1981 cuando secuestraron un helicóptero cargado con más de media tonelada de explosivos y lo aterrizaron en una carretera cerca a Florencia, o cuando días más tarde alquilaron un avión carguero de Aero Pesca y lo llevaron rumbo a la Guajira, lo cargaron de

armas, lo hicieron declarar en emergencia, atravesaron el país de norte a sur y lo hicieron aterrizar de barrigazo en las turbulentas aguas del río Ortegua, en las selvas del Caquetá. Días más tarde, el ejército encontró una enorme caleta en plena selva donde estaban escondidas la mitad de las armas traídas de la Guajira. (Lara P. 1982)

Posteriormente hallaron el avión flotando en el río y cuando lo inspeccionaron encontraron unas pocas cajas con armas y municiones pues todo lo demás se lo habían llevado los guerrilleros del M-19, que orientándose por su ruido lo esperaban muy cerca de allí. Comenzaron los combates, el Caquetá fue militarizado y al ejército le quedó fácil implicar a los líderes de la ANUC en estas operaciones de las cuales salieron muy bien librados por el hecho de que nunca congeniaron con la lucha armada y el terrorismo propio de esas organizaciones gracias a la línea política construida desde el Comité Ejecutivo, que con sus enseñanzas permitieron que a la ANUC jamás la pudieran acusar de nexos con el movimiento guerrillero.

Y cuando se presentaron casos relacionados con esa problemática se actuaba con prontitud. Por eso en 1978 el Comité ejecutivo de la ANUC expulsó de su seno a Víctor Félix Pastrana (entonces miembro de la Junta Nacional por el Caquetá), luego de comprobarse su militancia clandestina con el M-19. En octubre de ese mismo año Pastrana es fusilado por ese grupo insurgente al demostrarse que este había sido reclutado por los organismos de seguridad del Estado para desarrollar una labor de infiltración y espionaje.

Y la charla continuó muy animada hasta que llegó a nuestra memoria el caso del compañero Jeremías Mendoza, dirigente campesino de la ANUC del Caquetá, asesinado por las FARC en 1982. Eran tiempos en que la organización y sus cuadros tenían mucha importancia por sus acciones a favor del campesinado y con un grupo dirigente conformado por Juan de Dios, Alfonso, Miguel Gamboa, Rodrigo Zapata, Jesús Ordóñez, José Martínez, Noel Montenegro, Daniel Ochoa, Carlos Alméciga, Hernán Monsalve, José Reyes Prado, Froilán Rivera, Óscar Sánchez, y tantos otros que se abrieron paso en medio de la más dura confrontación ideológica con todas las tendencias de izquierda; bebiendo en las fuentes del Marxismo-Leninismo y del pensamiento Mao Tse Tung pudieron construir un movimiento de masas con una política muy clara: combatir por igual al Imperialismo norteamericano y al Social Imperialismo soviético, por lo cual el Partido Comunista Colombiano era uno de sus más duros contradictores.

Jeremías, junto con los líderes y activistas de la Junta departamental libraron importantes luchas que los pusieron en el ojo del huracán de las fuerzas represivas del Estado y aunque por esa época los casos de asesinatos de líderes populares por parte del movimiento armado eran muy escasos, el de Jeremías fue muy significativo puesto que él personificaba

una tendencia que rechazaba la lucha armada y tenía profundas diferencias con la izquierda tradicional. A Jeremías lo mataron por dos razones: Una, por su posición anti-mamerta y dos, por sus denuncias contra los desafueros que las FARC cometían en todo el Departamento, contra los campesinos organizados o no y, lo más imperdonable, lo mataron por oponerse al reclutamiento forzado para las filas guerrilleras de sus dos hijos adolescentes.

Claro que también por esos días se regó la noticia que las FARC estaban comenzando su incursión en el narcotráfico y que para ello habían delegado al Comandante Richard para que se trasladara a las selvas del Yarí a buscar negociaciones con los narcos. Esta denuncia no les gustó a los comandantes y por ello se enfrascaron en una guerra de acusaciones contra nosotros que desembocó para el caso del Caquetá en la muerte de Jeremías.

Así privaron al movimiento popular de un gran líder y de un buen padre, en una equivocada táctica de golpear y eliminar físicamente a supuestos enemigos de clase y, así, limpiar de contradictores el camino. Jeremías: Paz en tu tumba.

Tu recuerdo ha guiado la lucha de los campesinos colombianos por una Reforma Agraria Integral y Democrática (sin ella jamás habrá paz en Colombia), por el desarrollo económico y social, por una sociedad más igualitaria, por la defensa de la producción nacional y contra los Tratados de Libre Comercio, por la verdadera independencia nacional en contra de las multinacionales que imponen su voluntad y reducen por hambre y miseria la voluntad de los pobres, contra una burguesía arrodillada y proclive a los amos del Norte y contra la burguesía financiera que en su desaforado afán de lucro, arrasan con el trabajo de los ahorradores, sus pequeñas parcelas, sus viviendas y los sueños de felicidad de sus hogares.

Tu lucha al igual que hoy, sigue vigente. Tu aliento de bravo campesino nos llena de valor. Tu ejemplo será tea que iluminará el deseo de justicia y paz que vive en la mayoría de nosotros.

## V - EL TESTIMONIO ANÓNIMO DE LOS LÍDERES DE LA ANUC EN LA COSTA ATLÁNTICA

El Centro Nacional de Memoria Histórica en 2009 se dio a la tarea de recoger los testimonios de quienes desde antes de la fundación de la ANUC participaron en las luchas por una Reforma Agraria para los campesinos y en el Capítulo 4 sobre las luchas por la tierra nos ofrece un panorama muy amplio sobre la situación vivida en esa región a partir de la creación de la ANUC y sobre todo desde la fecha más importante para el movimiento campesino a nivel nacional: el 21 de febrero de 1972.

Algunas evidencias parten de recordar lo que otros líderes ya nos han contado en capítulos anteriores, pero igualmente recuerdan que las primeras recuperaciones se dieron en Sucre: (Morroa, Corozal, Los Palmitos, Coloso, Ovejas, Tolú Viejo, San Onofre y San Pedro), en Córdoba: (Cereté, Ciénaga de Oro y Montería), pero fue en San Bernardo del Viento, San Pelayo, Cotorra, Tierra Alta y San Antero, donde la represión de los terratenientes y la policía se dio con más fuerza.

En los primeros años de existencia de la ANUC en estas regiones se produjo la recuperación de más de 800 predios debido a la radicalidad y a la fortaleza organizativa del movimiento en reacción al bajo impacto de la tan anhelada Reforma Agraria. Estas invasiones en la práctica fueron la mejor escuela de capacitación política para los noveles dirigentes y fue la expresión clara de la autonomía de los usuarios frente a los gobiernos de turno, los terratenientes y la política oficial.

La beligerancia de estas acciones obligó al gobierno a dar representación a los campesinos en los Consejos Asesores de Reforma Agraria y allí podían apoyar o vetar las negociaciones que sobre los predios se hacían con los terratenientes. Otro factor fue la solidaridad de la gente con los invasores, por ejemplo, en la toma de la hacienda Guayabetales, cerca de Montería, ADEMACOR el Sindicato de Maestros, estudiantes de secundaria, universidades y el comercio ayudaron con todo lo que tenían a su alcance en la tarea de lograr que los campesinos se convirtieran en sujetos de derechos y en actores decisivos de la transformación de la economía en el campo, donde las organizaciones armadas y el uso de la violencia estaban proscritos. La lucha por la independencia era integral pues no aceptaban ni al Estado, ni al ejército, ni a la guerrilla.

En la toma y negociación de la finca El Prado en Tolú Viejo, la policía nacional mató al inolvidable líder Anselmo Mendoza y los campesinos respondieron con una movilización y la toma de la Plaza principal por tres días. Igual cosa sucedió cuando asesinaron a los líderes campesinos Ismael Bertel y a Manuel Hernández, el Boche, líderes muy queridos por sus comunidades e inmortalizados por el artista vallenato Máximo Jiménez, preso y condenado a quince años por el delito de rebelión y proscrito y rechazado en los festivales de la leyenda vallenata por cantarles la tabla a los terratenientes costeños.

Después de su muerte y como un homenaje póstumo se organizó la toma de la hacienda Corinto, propiedad del Gallino Vargas en Buena Vista. Allí en el predio y al calor de las fogatas se hicieron talleres y se constituyeron grupos de estudio y alfabetización usando la pedagogía del maestro brasileño Paulo Freire, experiencia que fue reproducida en todo el país en algunos casos asesorada por el grupo La Rosca del sociólogo Orlando Fals Borda. Todo esto era posible debido a la presencia de grupos de izquierda como los Troskistas, los Socialistas, los M.L. los de Base y al



Comité ejecutivo de la ANUC orientado por líderes de peso como Juan de Dios Torres y Alfonso Cuéllar S.

Pero además de la acción directa, el acceso a la tierra también se daba a través de la negociación y concertación con los terratenientes, el INCORA y LA ANUC. Las invasiones eran ferozmente reprimidas: balaceras, golpizas, cárcel, gases lacrimógenos y hasta disparos al aire ...de los pulmones y la excusa era que la gente estaba metida con las guerrillas.

La pelea por las haciendas La Mula y El Carbonero no se hubiera podido dar sin una estructura interna muy fuerte lo que llevó a nivel nacional a constituir el movimiento agrario más importante del Siglo XX. Sin la acción intrépida y la herencia de formas organizativas como las realizadas por Vicente Adamo y la Sociedad de Obreros y Artesanos de Montería, de la corozalera Juana Julia Guzmán, (Sociedad de Obreras Redención de la Mujer 1913- 1919), de la negra rebelde Felicita Campos, en San Onofre o un hombre resistente y aguerrido como Manuel Hernández, El Boche, asesinado en la toma de la hacienda Misigua, las cosas no se hubieran podido dar.

El Boche fue un líder bueno  
su muerte es imaginaria  
porque nos trazó el camino  
de la lucha libertaria  
(Máximo Jiménez)

Igualmente, digna de recordar es la lucha de los sindicatos tabacaleros de Ovejas y el Carmen de Bolívar. Juana Julia Guzmán, en nuestras tomas de tierra, como la de la hacienda La Cerbita en Cereté, ya muy viejita asistía y animaba a la gente contándole cómo era la pelea por la tierra en la década del cincuenta, nos hablaba de las motivaciones, el estado de ánimo y la manera como se organizaban. Un verdadero elixir para la conciencia de estos aprendices de rebeldes. Nos recordaba que todas esas experiencias provenían de la década del veinte bajo el influjo del recién creado Partido Socialista de María Cano y Torres Giraldo y ya en la década del 40 dirigidas por las Ligas Campesinas del Partido Comunista y años más tarde por FANAL.

Tanto era el fervor de nuestra causa que la gente se apoderaba de la tierra sin temor a la represión, al asesinato de sus líderes y el endeudamiento, pues cuando se negociaba con los latifundistas se contraían deudas a veces superiores a las capacidades de pago.

Según ella, la importancia de las luchas campesinas después de la década del setenta fue darle un golpe a la vieja tenencia de la tierra donde los gamonales y los grandes señores feudales fueron humillados por la contundencia del Movimiento. Pues además de un ataque a

fondo contra la estructura tradicional de tenencia se quería obligar a los grandes propietarios a tributar, a volver sus tierras productivas y el esquema de Reforma Agraria de Lleras Restrepo, así fuera una aplicación de los principios de la Alianza para el Progreso o una concepción de su pensamiento Liberal, fue la caja de Pandora que liberó los viejos demonios y se convirtió en un instrumento que permitió a los sirvientes de los ricos convertirse en propietarios.

Lleras Restrepo y el sector más progresista de la burguesía le temían a una posible expansión de los bastiones de las autodefensas campesinas dirigidos por los Comunistas y porque tenían la necesidad de reconstruir su ascendencia política sobre las masas, por eso acentuaban la urgencia de hacer concesiones al campesinado, como lo planteó Zamoc. Todas estas reformas eran necesarias para evitar un estallido revolucionario en América Latina y en Colombia, uno de los países más atrasados en materia agraria.

La estrategia de Lleras era muy clara: retener al campesino en sus tierras usando para ello programas de bienestar, crédito, mercadeo y asistencia técnica para incrementar el bienestar de la población y debilitar las tensiones sociales convirtiendo a los arrendatarios y aparceros en propietarios. Pero una cosa piensa el burro y otra el que lo está enjalmendo, porque la visión de los campesinos era diferente. Por eso con la invasión de la hacienda Camajones, primera acción de este género en la Costa Atlántica, dirigida por Froilán Rivera y el Comité Ejecutivo, se inició un proceso intenso de educación política y alfabetización para elevar el nivel educativo de la gente y de esta manera superar las deficiencias políticas y culturales de los campesinos. En todo ese proceso el Trabajo de Juan de Dios y Alfonso fue determinante. De otro lado, en octubre de 1970 en Simijaca se produce el primer enfrentamiento entre el Ministro de Agricultura de Pastrana, J. Emilio Valderrama con los ejecutivos de la ANUC encabezados por Jaime Vásquez y Francisco Barrios, seguidores de la vertiente ideológica de Apolinar Díaz Callejas.

Este enfrentamiento llevaría más tarde al resquebrajamiento de la ANUC porque los Conservadores comenzaron a hacer tolda aparte en respaldo al Presidente Pastrana (Leonel Aguirre y Carlos Ancizar Rico, de los sindicatos de la Acción Campesina Colombiana). En junio de 1971 en La Villa del Rosario de Cúcuta los independientes presentaron su Plataforma Ideológica y en la V Junta Nacional de Fúquene dieron a conocer su famoso Mandato Campesino, que radicalizaba su lucha y que para la burguesía no era otra cosa que un instrumento para la toma del poder mientras que para los campesinos era una proclama modernista y un ejercicio político para lograr la tan anhelada Reforma Agraria.

Después de la ruptura, en Córdoba, la ANUC Línea Armenia se alió con otras organizaciones como FANAL, la ACC, FENSA y el MOIR,

quienes consolidaron sindicatos agrarios, los unos y otros organismos de corte católico u organizaciones más beligerantes en el campo M.L. En el Huila se creó la Asociación de Propietarios Rurales bajo la dirección del terrateniente Alfonso Tobar Fierro quien además contrató pájaros (mercenarios) para asesinar a los líderes de la ANUC.

En el Congreso organizado por FEDEGAN por esa época, José Guerra Tulena presentó un documento llamado “El Negocio de las Invasiones” donde negaba categóricamente la necesidad de la redistribución de la tierra y la ubicaba más bien como un plan político de la subversión. En plena crisis de la ANUC en 1987 se realizó un Congreso de unidad en el cual se constituyó la ANUC Unidad y Reconstrucción, más tarde se fortaleció el Comité Agrario Nacional CONA (de FENSA) que evolucionó hacia la Coordinadora Nacional de Organizaciones Agrarias, la Asociación Nacional de Trabajadores Agrícolas ANTA y más tarde la Federación Sindical Agropecuaria, FENSUAGRO, organización que sería prácticamente barrida por los paramilitares, especialmente en el Urabá antioqueño.

De todo lo anterior la gente concluía que, si en los años 70 y 80 la ANUC había fracasado por la presión del Estado y los terratenientes, por las divisiones y el cerco económico a la que fue sometida, en la conciencia del pueblo la consigna “La Tierra Pal que la Trabaja” tenía vigencia y era estratégica porque este problema seguía estando en el centro del debate de la política colombiana.

Años más tarde siendo Ministro de Agricultura Gustavo Dager Chadid, el Comité ejecutivo de la ANUC hizo un acercamiento a sus políticas lo cual provocó una aproximación entre los sectores 21 de febrero con Alejandro Suárez, Ramiro Jiménez y Tulio Olivera, la Junta Reorganizadora Campesina con Vicente Carrascal, los del PC M.L. sector consecuente y clasista con Iván Salgado e Isidro Mercado, estos últimos, asesinados más tarde por el ejército. Este acercamiento produjo un acuerdo para realizar el quinto Congreso de la ANUC lo que resultó un intento fallido.

En el año 1985 mataron a Juan Elías Lázaro y la gente como protesta se tomó durante tres días la iglesia de Ovejas. En esos años bajo la batuta de la Democracia Popular liderada por Miguel Gamboa y Froilán Rivera se eligieron en alianza con el Nuevo Liberalismo de Luis Carlos Galán S. varios concejales y diputados en todo el país, pero en la Costa los políticos y sus aliados, los dueños de la tierra, no permitieron que prosperara esa experiencia y asesinaron entre otros al líder cívico Luis Miguel Vergara acusándolo de ser auxiliar de la guerrilla.

En el año 1984 aparecen en el espectro político nuevos movimientos que, como la UP, después del Acuerdo de Paz con Belisario Betancurt se lanzan a conquistar el poder local. La burguesía y los narcos, reaccionaron asesinando a más de 4.000 de sus líderes a nivel nacional. Este ha sido el

genocidio político más grande de la historia sin que hasta ahora se haya castigado a los responsables que según evidencias fue cometido por fuerzas combinadas del Estado (DAS, F2), narcotráfico y extrema Derecha por el delito de intentar socavar el poder regional y porque según ellos eran comprobados aliados de la guerrilla de las FARC.

Pero el castigo no solo fue para la UP ya que además fue asesinado el dirigente de ANTA Felipe Galeano en San Antero ejecutado por el ejército, quien junto con los Paras asesinó al también dirigente Jesús Álvarez en el mismo municipio por meterse a ser candidato al Concejo Municipal; por ese mismo motivo también asesinaron a Guillermo Montero en Chalán. Los Mesa y los Meléndez, terratenientes de la zona, aliados con los Paramilitares asesinaron a Iván Salgado, Ramiro Jiménez y a José Narváez en el Piñal, en San Rafael a los tres hermanos Narváez, a Alberto Romero en San Pedro, Gary Suárez en Corozal, en San Antero a Felipe Galeano y a Daniel Espitia en Montería, todo bajo el amparo del estatuto de seguridad del Presidente Turbay Ayala quien acusaba a los campesinos de ser guerrilleros vestidos de paisano.

Pero a pesar de esta ola de terror en la Costa Atlántica se dio un boom re-organizativo pues quienes se salieron de la ANUC Línea Sincelejo querían retomar el rumbo y optaron por meterse de lleno a trabajar en las organizaciones cívico populares llamadas por Gonzalo Sánchez y su equipo "Las hijas de la ANUC". La educación política y la capacitación gremial impulsadas desde el Comité ejecutivo por Alfonso y Juan de Dios seguían dando buenos resultados.

Después del 97 los Paras realizaron varias masacres donde cayeron destacados líderes, acusados de ser auxiliares de la guerrilla. Don Gabriel, Chengue, Macayepo, El Salado, Salitral y Chalán, todo esto alimentado por la presencia en la zona de organizaciones guerrilleras como el PRT, EPL, ELN, Quintín Lame y FARC; sin embargo, hay que aclarar que los Paras nunca le planteaban pelea de frente a estos insurgentes armados, sino que le caían a la población civil pues según ellos era el soporte de sus luchas y de su ideología.

La supuesta relación entre la guerrilla y las organizaciones campesinas permitió al Statu Quo confeccionar un discurso político que le dio alas al paramilitarismo para incursionar en las regiones donde los campesinos estaban organizados para asesinar a sus dirigentes y al pueblo en general porque según ellos había que meter miedo para que no volvieran a tocar la propiedad privada.

Otra faceta de esta guerra fue el asesinato de líderes indígenas como Kimy Pernía Domicó, opositor número uno a la construcción de la represa de Urrá, su nombre en Embera Katío significa Punta de Lanza y para defender su territorio se tomó la Embajada de Suecia en 1996

para denunciar los atropellos a su pueblo. En Canadá y EE.UU. denunció el exterminio de su gente con la pretensión de construir la represa, fue asesinado junto con otros líderes de su etnia, tales como Alonso María Jarupia y Lucindo Domicó, crímenes ordenados por Salvatorre Mancuso siguiendo órdenes de políticos de Córdoba como Salomón Nader, Julio Manzur, Julio César Guerra Tulena, Pepe Géneco (pariente de Viky Dávila directora de la revista Semana) y Mario Uribe Escobar (familiar de Pablo) quien junto con su primo Álvaro estaban interesados en las fértiles tierras de las sabanas de Córdoba y luego fue condenado por paramilitarismo.

Corrió riesgos, asumió las amenazas, entendió que la movilización era la mejor arma de combatir las pretensiones del Estado y sus testaferros para lograr ser visible frente al Estado guardando dentro del corazón sus miedos. Fue desaparecido y asesinado en Tierralta en junio de 2001.

La ola de asesinatos contra los líderes populares no se detuvo, mataron a Oswaldo Terán en Tuchín otro de los teóricos del movimiento indígena, o Alejandro Perales, Arturo Luca, Porfirio Ayala y a otros líderes del pueblo Zenú. Especial mención merece el asesinato del dirigente y organizador popular Pedro Hernández, a quien el propio terrateniente, dueño de la hacienda Nueva Colombia, después de liquidarlo, le enterró dos clavos en la cabeza.

Según evidencias de varios líderes, a partir de 1990 la ANUC y toda su descendencia en la región fue prácticamente acabada a plomo y a quienes no los eliminaron los sometieron. En medio de ese clima de violencia en el año 1998 se creó un movimiento campesino democrático llamado CAMPO y se presentaron a elecciones al Senado, la lista la encabezaba el líder de la ANUC José Martínez y por segunda vez en cuatro años sacaron los mismos 13,000 votos, fracaso parcial porque en las siguientes elecciones ganaron la Alcaldía de Corozal, con Luis Miguel Vergara; en Ovejas Edison Zamora; en Chalán Raúl Tovar y en Morroa, Víctor William. Esas experiencias permitieron que se volvieran a juntar las tres tendencias: Matías Funes y Héctor Conde (Línea Armenia), José Padilla (ANUC UR) y José Montero (ANUC Línea Sincelajo). Su proceso unitario estuvo atravesado por la recuperación de 75.000 hectáreas en Chalán, Ovejas, Coloso y San Onofre; La Mojana, Caimito, la Unión y San Marcos; Since, El Roble, San Pedro, El Retorno y San José.

Este proceso estuvo dirigido por nuevos líderes como William Gustavo Jaime, Adolfo Chavarría, Marcial Victoria, Manuel Lara, estos líderes en su mayoría fueron asesinados por los Paras, junto con otros como Julio Contreras, Oswaldo Espitia Barrocal, Clovis Flores de FESTRACOL y el presidente de la ANUC de Monte Líbano, Teobaldo Ordoñez.

Pero si bien es cierto que la violencia aniquiló parcialmente a la dirigencia de la ANUC, en Córdoba no lo pudo hacer con el Movimiento

Campesino y Popular porque aún sobreviven la Asociación de Usuarios del INCORA, ASOCOBRA, la ACC, la Asociación Nal. de Mujeres Campesinas e Indígenas ANMUCIC, FANAL, FENSUAGRO, La ONIC Y FESTRACOL, quienes con un bajo perfil continúan en la lucha no solo por la tierra sino por otras reivindicaciones sociales como la salud, la educación, las vías, servicios públicos, etc. y acuden constantemente a las movilizaciones y a la protesta popular y de masas para conseguirlas.

Muchas de esas organizaciones Cívico Populares son consideradas como hijas de la ANUC de los años setenta, como lo ha dicho Gonzalo Sánchez. De otro lado, se considera que si a gran parte de la ANUC la mató la violencia de los Paras, la reacción de los terratenientes, las políticas oficiales y la antropofagia de la izquierda, en el corazón de los campesinos todavía arde el deseo de buscar nuevas formas organizativas porque la lucha por la tierra no perderá vigencia hasta que en el país se haga de verdad la Reforma Agraria.

---

# Conclusiones

Luis Bernardo Díaz. Editor

---

La Asociación Nacional de Usuarios Campesinos ANUC cumplió 50 años de existencia. En medio de sus grandes debates ideológicos, logró tener cinco líneas, desde la ultraizquierda línea pekinés Mao Tse Tung, hasta la conservadora. Las tomas de tierras y los Congresos de la Anuc están allí presentes. Después vendría la arremetida paramilitar. Liborio Balcázar Morón era mi profesor de Derecho Agrario y decía en los 80 que eso no servía para nada, pues los que lo aplicaban eran la guerrilla, los narcos o los paras.

Dicha plataforma ideológica (Villa del Rosario de Cúcuta, 1971) según Richard May, “es hoy ejemplo de coherencia política y de claridad ideológica para saber interpretar la coyuntura histórica que se vivía, Contemplaba aspectos como: independencia de la ANUC frente al gobierno y los partidos tradicionales, expropiación sin indemnización, Derecho de los campesinos a organizarse, Reforma Agraria integral y democrática, límite racional a la propiedad, apoyo al proceso de cooperativización de los campesinos, dotar de servicios básicos al campo, nacionalización del crédito y seguro de cosecha, nacionalización de la importación y producción de la maquinaria y los insumos agrícolas, no a la importación de excedentes agrícolas norteamericanos (hoy TLC), elevación del salario mínimo en el campo y jornada laboral de ocho horas, integrar a los indígenas como personas con plenos derechos a los servicios del Estado. Asegurar los derechos de la juventud campesina, respeto a la ocupación de los latifundios baldíos por parte de los campesinos, servicios básicos a las familias en las zonas de colonización, liquidación de todo tipo de servidumbre en el campo: arriendo, aparcería, porambería, medianería, etc.”.

En una serie de entrevistas semiestructuradas y análisis etnográficos, el autor describe lo que fue el decurso de la principal organización campesina

de Colombia, valiéndose de las experiencias de dos dirigentes como Juan de Dios Torres y Alfonso Cuéllar, líderes históricos de este movimiento. En una rica narración, describe la tragedia humana de Juan de Dios Torres, el cual quedó en la miseria y afectado por la diabetes vivía en un ancianato olvidado y con dos piernas amputadas. El Covid le daría la estocada final.

Un dato importante que demuestra el canibalismo de la izquierda tiene que ver con: "Preferimos entendernos con los godos antes que afiliarnos al sindicato a ANTHOC que era la asociación gremial de los mamertos, nuestros enemigos ideológicos." Era el viejo y clásico enfrentamiento entre la Línea Pekín (PC-ML) y la línea Stalinista de Moscú.

El aspecto de la religión también pesa en un pueblo católico hasta los tuétanos en la década de los 60: "Y el fanatismo se tomó el pueblo, al grito de brujos...comunistas... ateos, la gente atacaba a mi madre, a mi padre, a mi familia y a los adeptos de esas nuevas creencias, les tiraban tomates, papas pichas, botellas y llegaron hasta la agresión directa. Los ofendidos ponían las quejas ante las autoridades, pero estas se hacían las de la oreja gocha. Después de este acto vandálico nos hicieron saber que más tarde irían a volver mierda nuestra casa pues el pueblo no toleraba más a esta clase de demonios ateos." Intentar cambiar es patrón cultural era muy difícil.

Reivindica la Carta Campesina, medio de comunicación popular de clara inspiración comunista (PC-ML, tendencia maoísta).

Los violentólogos poco estudian el tema de la guerrilla Organización Revolucionaria Popular ORP, como brazo armado de la ANUC . Aquí se hace referencia a la misma, la cual finalmente fue desarticulada. También aborda la relación con Lleras y la lucha contra los marxistas soviéticos.

En 1997 realizamos con AESCO en España el I Congreso Internacional de DDHH y Paz, y asistió José Martínez Guchuvo en representación de la ANUC. Se denunciaron las actividades paramilitares.

El Caso Gloria Lara fue uno de los más fuertes en la historia de la ANUC. Froilán Rivera Mesa, Emperatriz Santander Cancino, Miguel Gamboa López, Tadeo Espitia Supelano, Hernando Franco, Betty Suárez, y en total 15 dirigentes populares de la ANUC que fueron detenidos y torturados, salvo Gamboa que tenía fuero parlamentario pues era representante a la Cámara por el Nuevo Liberalismo. Era el año de 1982 y recién se posesionaba Belisario Betancur, luego de un cuatrienio horroroso de Turbay Ayala, donde la tortura fue el método de la confesión. Pues aquí ocurrió otro tanto, y en la Brigada de Institutos Militares se torturó a estas personas, obligándolas a confesar el crimen de Gloria Lara de Echeverry, una dama de la alta sociedad bogotana que estaba embarazada y casada con un magnate. Después se descubriría que Iván Darío Murcia Rojas, un



exjuez de Caicedonia fue el autor del secuestro y asesinato y utilizó la sigla de la ORP para despistar a las autoridades, las cuales desesperadas se decidieron por la vía fácil de capturar y torturar a los inocentes. Después este sujeto secuestró al Vicepresidente de la BP en Colombia Kenneth Bishop, y fue detenido y logró escaparse con un compinche de la cárcel Modelo en Bogotá volando con explosivos una tapia, como en las películas de Hollywood. Todo esto está debidamente documentado en “Tras la Huella de la verdad” de Jaime Gómez, el cual posteriormente en 2006 fue desaparecido y asesinado, se sospecha que por haber publicado ese libro. También Claudia Julieta Duque escribió “Mártires del rumor”, donde narra las torturas, la cual fue detenida y torturada por agentes del extinto DAS. Eduardo Umaña Mendoza, que fue abogado de las víctimas, fue asesinado por un grupo sicarial en su propia Oficina finalizando el siglo. Toda esta cadena hace ver cómo hay una “mano negra” que está actuando a ciencia y paciencia del Gobierno. Fabio Mojica, que conoció del tema y hacía parte de las JOC Juventudes Obreras Católicas ligada a la teología de la liberación del Grupo Golconda, había sido torturado por Turbay junto a su esposa Rosa en la dictadura de Turbay. Amnistía Internacional fue testiga de los abusos y les tramitó el asilo político a los líderes de la Anuc en varios países europeos, donde permanecen varios de ellos en una nueva vida, como la de Miguel Gamboa que escaló importantes posiciones en la Universidad de Graz. La justicia no operó y el crimen de Lara quedó en la impunidad. Sin embargo, su hija escribió un libro donde les achaca el crimen a los dirigentes de la ANUC, aún muchos años después, lo cual hace muy difícil que ellos regresen a su patria, además porque los victimarios están vivos. Se parece al caso de Hernando Valencia Villa que tuvo que exiliarse en España ante las amenazas del Coronel Velandia y no pudo volver. Graves circunstancias heredadas de la Guerra Fría y ligadas a la toma y contratoma del Palacio de Justicia.

El libro cobra especial vigencia. De 45 millones de hectáreas aptas para la agricultura, 40 millones las tienen los ganaderos, los narcos o el lavado. 4,5 millones de hectáreas la tiene la agroindustria: palmeros, arroceros, etc. Sólo 800.000 hectáreas la tienen los campesinos, que son los que proveen el alimento. Expresidentes de Colombia y el Director de la DIAN, entre otros, figuran en Pandora Papers.

Se requieren 7 millones de hectáreas señaladas para el Fondo de Tierras del Acuerdo de Paz, que el Gobierno no ha constituido. No le interesa. Protege a los despojadores.

Desde los 60 se lucha. Ley 200 del 36, el Pacto de Chicoral fue regresivo, son ejemplos de ello.

La Anuc se dividió en Línea Sincelejo y Línea Armenia.

Hoy ya no es “La tierra para el que la trabaje”, pues las multis se apropiaron (Cargill, Fazenda, Manuelita, etc)

Desarticulación administrativa: (antes había Incora, hoy ya no), había IDEMA, ya no. Incoder, Agencia Nacional de Tierras, Agencia de Desarrollo Rural, con cruces competenciales. Los Pdts y los Penis sin recursos y con otras agendas distintas a la paz. Ello disparó las disidencias de las Farc. La delimitación de páramos enredada y el derecho al agua pospuesto. Extractivismo a la orden del día, fracking. Glifosato cancerígeno. Altos costos de producción. Descampenización (debe buscarse la reparación colectiva)

En pandemia se perdió un alto porcentaje del empleo. Se disparó la inseguridad. La pobreza extrema pasará del 4,5% al 16, 7 %. 54% de colombianos no consumen las 3 comidas diarias. Hay 560.000 niños con desnutrición crónica. Colombia desperdicia el 34% de la producción de alimentos. Ley de restitución de tierras en veremos y la de sustitución de cultivos ilícitos. Ley de Víctimas muy atrasada. 7 millones de desplazados sin reparación. 9 millones de víctimas del conflicto armado y social.

Volvimos a Agroingreso Seguro con el Ministro Rodolfo Zea, Línea de crédito Colombia Agro Produce, a través de Finagro, para los ricos, por \$230.000 millones. “Sustitución de importaciones” dijo el Ministro. ¿Cómo lo va a lograr? ¿abandonando el campo, prefiriendo los TLCs, no suscribiendo la Declaración de los Derechos de los Campesinos de la ONU? El Partido Conservador generalmente maneja la cartera de agricultura, merced a que el campo le produce copiosos votos. Pero no ha sido dicho Partido generoso con los campesinos, como con la SAC y los grandes propietarios o terratenientes. Tampoco el Partido de la U ni el CD que han tenido el Ministerio. La Contraloría inició juicio fiscal al Ministro porque repitió lo de “Uribito”: Robin Hood al revés.

Los agrotóxicos generan cáncer. La salud es precaria para los campesinos. Se dispararon los cánceres de estómago por helicobacter pilori.

Preguntamos: ¿En qué quedó el Paro Agrario y César Pachón? La película “Sumerced” es interesante.

Se dice en el libro que hoy la ANUC con Luis Alejandro Pedraza es una organización burocratizada. ¿El Partido Verde es de izquierda? Quizá Jorge Guevara o Antonio Sanguino lo sean, pero no Londoño ni Sandra Ortiz, por citar ejemplos de senadores o Carlos Amaya candidato presidencial, que es un saltimbanqui.

¿Cuál es el papel del Centro Nacional de Memora Histórica –CNMH– frente a recoger la historia de la ANUC? Ello podría sustentar las

reparaciones colectivas de la ANUC, como sucedió con los comunales en algunos sitios. Sin embargo, con un epistemicida como Darío Acevedo lo veo difícil.

El libro es interesante y deja en punta algunas reflexiones sobre cómo la derecha en Colombia, con el apoyo de paramilitares, narcos y el Estado mismo, ha logrado vencer las políticas agraristas sobre la división de las fuerzas progresistas. Quizá por ello en 200 años de vida republicana no tengamos Reforma Agraria y continúe el conflicto armado en Colombia, mientras en otros países ese tema ya fue superado hace décadas. Ese factor es uno de los detonantes de la desintegración nacional. Ojalá el pueblo reaccione en las urnas contra la posverdad.

